

GRUPO DE UR Y OTROS

LA MAGIA COMO CIENCIA DEL ESPÍRITU

TOMO I



Ediciones



Heracles

GRUPO DE UR Y OTROS

LA
MAGIA

COMO CIENCIA
DE LE SPÍRITU

TOMO I



Ediciones Heracles

Hecho el depósito que marca la Ley
Buenos Aires - Septiembre de 1996
(Impreso en la Argentina)
ISBN: 987-95138-5-1

® Ediciones Heracles, 1996

Traducción del italiano y estudio preliminar a cargo de:
ALBUS

Ilustración de portada:

El *Rebis* de Basilio Valentino;
reproducción del *Aurelia Occulta Philosophorum*,
Teatrum Chemicum, Argentorati, 1613, tomo IV.

*Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación
o de fotocopia, sin permiso previo del editor.*

PRÓLOGO

Los grupos de Ur y de los Dioscuros: dos intentos de recrear una Orden

En esta obra, en la que se combinan un conjunto de monografías elaboradas por dos grupos iniciáticos que operaran en Italia en este siglo, se intenta dar una aproximación acerca de lo que es la Magia comprendida, de acuerdo a la definición dada por ROGERIO BACON, como **metafísica práctica**.

La Magia es, según el esoterismo y prescindiendo aquí de todas las vulgarizaciones que se han dado de esta disciplina, una ciencia práctica encargada de llevar a cabo lo que formula la metafísica en un plano teórico. Es su objetivo principal alcanzar en primer término la supremacía activa en uno mismo del Yo superior sobre el inferior, del espíritu sobre la materia, de la parte más profunda del alma sobre las ligadas al cuerpo y aun sobre éste en su conjunto.

Análogamente con la física experimental en el plano de la naturaleza, la Magia es una ciencia aplicada cuya finalidad es operar sobre el ente; lograr su transformación, pero en una esfera distinta de la de la materia, en un ámbito de carácter inextenso, eterno y espiritual; convertirlo a su vez en impasible ante las influencias del mundo exterior y de su yo psicológico; y finalmente en dominador de ambas dimensiones.

Pertenecen al léxico de la magia entendida con tal sentido estos cuatro términos fundamentales: *iniciación, rito, ascesis y símbolo*. La *iniciación* tiene que ver con un *segundo nacimiento* que acontece en la esfera del espíritu. Así como existe un acto de nacer que es relativo al cuerpo y al alma, por el que un ser pasa de la potencia al acto a partir de una sustancia vital que lo precede, del mismo modo hay también un nacimiento espiritual por el cual el espíritu, que se encuentra en potencia en el ser humano viviente, pasa al acto a través de un conjunto de acciones puntualmente preestablecidas. Sin embargo hay una diferencia entre ambos nacimientos. En el biológico tanto el nacer como el crecer, como todas las demás etapas de desarrollo, acontecen de acuerdo a momentos temporales precisos que, si bien a veces pueden sufrir retrasos o avances, siguen siempre una cierta regularidad; en el metafísico en cambio no intervienen las edades. Se puede

ser iniciado a una edad muy avanzada, como también en una relativamente joven. La *iniciación* sobreviene como una iluminación instantánea por la que, de repente, aunque siendo precedida por otras acciones rituales muy precisas, el sujeto se descubre como diferente, como perteneciente a otra naturaleza. Además desde una perspectiva iniciática es un hecho que no en todos brota el espíritu, no todos logran doblegarse a sí mismos y ser señores de sí. No todos conquistan la inmortalidad.

El *rito* es una praxis divina y espiritual por la que el sujeto participa en manera activa de una dimensión superior a su yo habitual. El mismo está compuesto por un conjunto de normas repetitivas y establecidas con un orden que no puede ser transgredido a costa de producir severas regresiones y consecuencias negativas de parte de quien lo produce. El rito va asociado a la iniciación, forma parte de ésta, aunque no todo rito sobrelleva forzosamente la iniciación. Es necesario para ello que el rito logre realmente evocar y hacer descender las fuerzas de lo alto y que haya a su vez en el sujeto que de él participa una actitud simultáneamente receptiva y activa respecto de las mismas. Es por ello que, en razón de la gravedad e importancia de tal acción, que no se encuentra al alcance de cualquiera, sino de personas especialmente calificadas, todo *rito e iniciación* necesitan de un *maestro* que las conduzca ¹.

La *ascesis* es tal acción iniciático-ritual comprendida como acto de vencimiento de uno mismo. Todo *rito* es realizado en función del fortalecimiento del Yo superior en su lucha contra su dimensión inferior. El mismo es pues hecho en función de la *iniciación* y toda *iniciación* implica una ascética previa del yo. El *rito* es un punto de apoyo, un sostén que carece de cualquier valor si no tiene por fin tal combate interior espiritual. Necesita del acto de reconcentración del sujeto en esa ardua y difícil batalla interna, de lo contrario se convierte en árido, inútil y superfluo y no sobrevendrá por lo tanto la meta final que es la *iniciación*.

El *símbolo* es finalmente el modo de ver la realidad desde un punto de vista metafísico. El *símbolo* es el *dato* que nos conduce desde esta esfera física a una superior; es también, como el *rito*, un punto de apoyo. Pero si el primero se refiere a la inteligencia (no la racional, sino la intuitiva), el segundo en cambio se vincula a la voluntad. No se trata pues aquí de negar la realidad, sino de interpretarla de un modo distinto. El *símbolo* es pues una lectura trascendente de lo real; es, como el *rito*, un sostén para

¹ Sin embargo en casos muy especiales es posible una "autoiniciación".

la transformación ascética interior que conduzca a la *iniciación*. **Para el iniciado verdadero, de acuerdo a su visión metafísica, toda realidad debe llegar a convertirse en un símbolo y toda acción en un rito.**

Pero la Magia tiene otro sentido que no se remite tan sólo a lo interno. De acuerdo a la analogía existente entre el macro y el microcosmos, entre la pequeña y la gran guerra santa, entre el universo interior y el exterior a uno mismo, **la Magia implica también una operación de carácter metafísico no sólo hacia adentro, sino hacia afuera de sí.** Del mismo modo que, a través del Yo, se intenta doblegar a las fuerzas íferas y materiales que actúan en lo interno de uno mismo por medio de una acción metafísica y ritual, así también se trata de una técnica de *sugestión* y de acción transformadora por la cual el Yo resulta capaz de generar una fuerza tan fuerte como para poder influir decisoriamente sobre el mundo externo. Tal acción se efectúa *en cadena*, a través de la colaboración de otros Yo reconcentrados todos en un mismo fin mágico-metafísico e iniciático. **Se intentaría crear así una fuerza reconcentrada, la que debería llegar a constituir un ente superior con potencia y posibilidad de operar sobre la realidad.**

En la actualidad podría decirse que tal acción resulta decisiva e indispensable, mucho más que en épocas anteriores. Ante el estado de *solidificación del mundo* en que nos encontramos, en razón de la faz final de la Edad de Hierro que vivimos, acontece que la parte inferior del yo encuentra a su alrededor sostenes superabundantes y fuentes de energía multiplicada que antes se hallaban limitados y reducidos al mínimo mediante *encuadres simbólicos* operantes desde lo alto con los que se disminuía y anulaba su potencia. Del mismo modo, a la inversa, una vida puramente espiritual, en un mundo que tenía ritos precisos e instituidos y símbolos venerados y respetados por toda la comunidad, era anteriormente posible para el sujeto en tanto encontraba a su alrededor un orden externo que le brindaba adecuados puntos de apoyo existenciales aptos para su elevación. Hoy, a causa del sobredimensionamiento de lo físico y material, las puertas han quedado así abiertas para lo que es inferior a lo psíquico y personal, para aquello que pertenece a las zonas íferas del yo. Sucede así que, cada vez que acontece una victoria de la parte superior en su acción de doblegamiento, miles de fuerzas afines a ese mundo ífero circundante, en razón de no haber barreras de contención, acuden rápidamente a ocupar el lugar dejado vacante y multiplican la energía opuesta. Ha sucedido actualmente que el hombre moderno se ha convertido en

un ser sin defensas de ningún tipo ante las influencias que provienen del mundo ífero, en tanto se ha hecho ignorante de cualquier otra realidad que no sea la material y sensible. Por tal razón, a causa de esta ceguera metafísica, se ha transformado en un vehículo inapreciable de tales fuerzas maléficas. Como bien dicen los *Dioscuros*: **“Este es el tiempo en el cual los demonios de la mente se funden en una legión única con los demonios del mundo, (de modo tal que) también la Pequeña (exterior) y la Grande (interior) Guerra Santa tienden a coincidir”**.

Solo una acción puede detenerlo y dislocarlo, aquella que simultáneamente con el doblegamiento de sí se dirige hacia afuera y en *cadena iniciática* intenta efectuar una *sugestión* inversa, pues es importante señalar que, en razón de tal ceguera, resulta imposible influir en el hombre moderno a través de evidencias y de argumentos racionales relativos a una esfera en la cual se ha hecho absolutamente ignorante. Por ello hay que presentarle una fuerza poderosa, de otra dimensión, capaz de impactarlo, la cual, si podrá atraer a sí a algunos, a otros al menos podrá paralizarlos.

La batalla es entonces eminentemente metafísica. Al fin de cuentas la única guerra verdadera es la que pueda existir entre dos tipos de magia distintas, entre una “*magia negra*” que intenta hundir al hombre desde la esfera natural hasta la de la infranaturaleza, hasta las dimensiones sutiles y demoníacas de su ser, y es lo que sucede actualmente con total asiduidad, y una “*Magia Blanca*” que en cambio intenta elevarlo hacia lo alto, hacia el espíritu que también le resulta inmanente.

Es dentro del contexto de esta lucha entre sugerencias diferentes que puede ser captado el sentido esencial de esta obra que aquí iremos presentando en tomos sucesivos.

Se trata aquí del intento por querer constituir una *cadena iniciática*, plasmada a través de una *Orden* que, de manera orgánica y sistemática, sea capaz de influir en el mundo moderno creando sustitutiva y alternativamente una *fuerza metafísica* que actúe sobre los acontecimientos, marcando un determinado rumbo distinto del actual. El mismo, si bien con ribetes diferentes, tuvo estas dos expresiones importantes en este siglo, a través de los grupos de *Ur* y de los *Dioscuros* en períodos diversos. A fines de la década del 20, en el primer caso y en la década del 70 en el segundo. De la primera experiencia, de la cual existen bastantes datos debido al tiempo transcurrido y a los diferentes estudios realizados, por lo que incluso sabemos quiénes participaron de ella a pesar del anonimato

y las razones de su fracaso ². Citamos aquí textualmente lo que nos relatará en forma retrospectiva su principal gestor, el tradicionalista italiano JULIUS EVOLA en su obra autobiográfica “*Il Cammino del Cinabro*”. Respecto del *Grupo de los Dioscuros*, en cambio, es muy poco lo que se sabe de ellos, y aun queda en pie la posibilidad de que no se encuentre aun disuelto del todo, por lo que extractamos parte de un texto de quien en la actualidad representa uno de los mayores exponentes del tradicionalismo italiano, RENATO DEL PONTE, en su obra “*Il movimento tradizionalista romano del Novecento*”, en donde se nos da alguna noticia sobre el mismo. Agreguemos que en nuestro país el periódico **El Fortín** se encarga en la actualidad de reproducir fragmentos de los trabajos anónimos de los *Dioscuros*, casi todos publicados en Italia pero con escasísima difusión y algunos de ellos inéditos.

“El *Grupo de Ur* (la palabra “*Ur*” era recabada de la raíz arcaica del término “fuego”, pero había también otro sentido agregado, relativo a “primordial”, “originario”, tal como significa en el prefijo alemán)... nos remite al dominio del esoterismo. Ya en su momento REGHINI, director de las revistas *Atanor* y luego *Ignis* (dos publicaciones que tuvieron muy escasa vida) se había propuesto tratar las disciplinas esotéricas e iniciáticas con referencias a fuentes auténticas y con un espíritu crítico. El “*Grupo de Ur*” retomó la misma exigencia, pero acentuando en mayor medida el aspecto práctico y experimental. Bajo mi dirección hizo editar unos fascículos mensuales de monografías destinadas a ser reunidas en volúmenes a fin de que pudiesen estar coordinadas de modo que en gran medida se tuviese un desarrollo progresivo y sistemático de la materia. Se adoptó el **principio del anonimato de los colaboradores**, los cuales firmaron todos con un pseudónimo puesto que, se decía en la introducción, “no cuenta su persona, lo que puedan decir de válido no es creación de ellos, sino que refleja una enseñanza supraindividual y objetiva”. Cuando se volvieron a editar tales monografías en tres tomos, con el título de *Introducción a la Magia*, en 1955 (ediciones Bocca) no figuraba ni siquiera mi nombre. Si bien entre

² Sabemos actualmente que, además de JULIUS EVOLA, componían el grupo de Ur el masón y pagano ARTURO REGHINI, el tradicionalista católico GUIDO DE GIORGIO como figuras principales. De REGHINI podría agregarse que trataba de recrear el origen iniciático de la masonería en su faz operativa, tratando de restaurar sus ritos iniciales y apartarla del desvío especulativo, sobrevenido tras la influencia del iluminismo. A él se debe la refundación de la *Academia Pitagórica* en Reggio Calabria, que sigue existiendo en la actualidad.

los colaboradores se hallaba alguna personalidad conocida que aceptó la regla del anonimato, había también personas que antes no habían nunca escrito y de las cuales yo mismo anoté algunas enseñanzas, dándoles luego una forma adecuada, tras su aprobación definitiva del texto. (...)

En la introducción, como punto de partida se ponía aun una vez el problema existencial del Yo, la crisis de quien no cree más en los valores corrientes, en todo lo que habitualmente, sobre un plano, sea intelectual, como práctico, como humano, da un sentido a la existencia. El presupuesto consecuente era que, frente a tal crisis, no se descartase, no se recurriese a lenitivos, pero que tampoco se cayese en la desesperación y el colapso; que en base al hecho irreversible ya determinado se estuviese en vez absolutamente decididos “a disipar la niebla, a abrirse una vía”, dirigiéndonos hacia “el conocimiento de sí y en sí, del ser”. Este conocimiento era presentado como un conocimiento trascendente, que presuponía un “cambio de estado”, y como una realización absolutamente positiva. La *opus transformationis*, “la mutación de la propia naturaleza más profunda es lo único que cuenta para alcanzar el conocimiento superior”. Y bien, se afirmaba que para una tal obra hubo una *ciencia*, “una ciencia precisa, rigurosa, metódica, transmitida en cadenas ininterrumpidas, si bien muy raramente manifiestas al profano; una ciencia que, aun no teniendo que ver con fenómenos externos, sino vertiendo sobre las fuerzas más profundas de la interioridad humana, procede experimentalmente, con los mismos criterios de objetividad y de impersonalidad que las “ciencias exactas”. A ella se le vincula una “tradición única que en diferentes formas de expresión se puede reencontrar en todos los pueblos, ahora como sabiduría de antiguas *élites* regias y sacerdotales, ahora como conocimiento trazado por símbolos sagrados, mitos y ritos cuyos orígenes se pierden en los tiempos primordiales, por Misterios y por iniciaciones”.

Tal como lo he mencionado, cuando fueron recogidas en un libro y luego en su primera reedición tras diecisiete años el título de las monografías fue *Introducción a la Magia* (se agregaba: “*cual ciencia del Yo*”). Al respecto, sea en el texto, como en la misma introducción, hemos tenido cuidado en advertir que el término “Magia” debía ser tomado en sentido figurado, que no correspondía al popular y ni siquiera al que fue usado en la antigüedad, puesto que no se trataba de ciertas prácticas, reales o supersticiosas, dirigidas a la producción de algún tipo de fenómeno extranormal. Al hablar de Magia se quería más bien significar que la atención del grupo se dirigía esencialmente hacia aquella especial formulación del saber

iniciático que obedece a una actitud activa, soberana y dominante respecto de lo espiritual.

La monografías del “*Grupo de Ur*” querían pues dar direcciones, sugerencias, esbozos para la ciencia antes mencionada, en primer lugar y sobre todo a través de la “exposición de métodos, de disciplinas y de técnicas” junto a una profundización del simbolismo, en segundo lugar “relaciones de experiencias efectivamente vividas”, en tercer lugar se debía apuntar a la “reedición o traducción de textos, o partes de textos, raros o poco conocidos, de las tradiciones de Oriente y de Occidente, oportunamente esclarecidos y anotados”(…), en cuarto lugar “encuadres doctrinarios sintéticos” y puestas a punto críticas. Direcciones múltiples de diferentes escuelas eran presentadas para que el lector tuviera manera de elegir en base a sus particulares predisposiciones o inclinaciones.

La monografías salieron publicadas durante tres años, desde 1927 hasta 1929. (...)

Lamentablemente hacia el final del segundo año aconteció en el grupo una escisión por causas oscuras, pero sobre todo como consecuencia de un intento fraudulento por quitarme de las manos la publicación para hacerla controlar por elementos que (como luego, cuando no fue más peligroso políticamente decirlo, fue expresado en forma publica) mantenían en vida a la masonería a pesar de su supresión en el período fascista. Habiendo fracasado el intento, se trató de impedir que yo continuase a publicar los fascículos. Pero tampoco esto tuvo éxito. El único efecto deplorable fue la defección de uno de los más válidos, si bien no de los más asiduos, colaboradores, a causa de sus susceptibilidades y por vínculos oscuros que lo relacionaban con un individuo sospechoso ³.

(...) Entre los pertenecientes a este grupo operativo por lo menos dos estaban dotados de reales poderes. En cuanto a las finalidades del mismo, la más inmediata era la de despertar una fuerza superior que sirviese de auxilio al trabajo individual de cada uno, fuerza de la cual eventualmente

³ La persona a la cual EVOLA se refiere es ARTURO REGHINI, con quien rompió violentamente relaciones a causa del entredicho aquí apuntado. El otro miembro del grupo con el que REGHINI mantenía un “oscuro vínculo” es GUIDO PARISE. A causa de la ruptura la revista *Ur* pasará a denominarse en lo sucesivo *Krur*, siempre bajo la dirección de EVOLA, y REGHINI y PARISE editarán otra revista denominada *Ignis*, de la cual saldrá tan sólo un número, dedicado casi en su totalidad a atacarlo a EVOLA. Para mayores datos acerca de los entredichos y vínculos entre los miembros del grupo *Ur* puede verse la obra de RENATO DEL PONTE, *Evola ed il magico “Gruppo di Ur*, Borzano, 1994.

cada uno pudiese hacer uso. **Había sin embargo también un fin más ambicioso, es decir la idea de que sobre aquella especie de cuerpo psíquico que se quería crear se pudiese despertar, por evocación, una verdadera influencia de lo alto. En tal caso no habría estado excluida la posibilidad de ejercer, tras los bastidores, una acción incluso sobre las fuerzas que predominaban en el ambiente general de entonces.** En cuanto a la dirección de tal acción, los puntos principales de referencia habrían sido aproximadamente los de *Imperialismo pagano*⁴ y los ideales “romanos” de ARTURO REGHINI.

No se llegó a nada de todo esto. El grupo operativo se disolvió ya en el segundo año, a causa del cisma aludido. Al no haberse realizado las premisas, no se pensó más en aquella influencia insensible a ser ejercida sobre lo externo, mientras que había, sobre todo de mi parte, reservas respecto de cualquier especie de operaciones colectivas.”⁵

“...Entre fines de los años sesenta y comienzos del setenta comienza a actuar el “*Grupo de los Dioscuros*”, con sede principal en Roma y ramificaciones en Nápoles y Mesina. Parece ser que en lo interno de tal grupo se tomaron temas y prácticas ya en su momento en uso en el “*Grupo de Ur*” y es por lo menos probable que el mismo EVOLA estuviese al tanto de ello.

El hecho es que en los cuatro “*Fascículos de los Dioscuros*”, que salieron en esa época, la idea de Roma por un lado y la de un Centro escondido por el otro, a lo que el tradicionalismo debería hacer referencia, vuelven a tomar pie con gran evidencia.

Para el autor anónimo del primer “*Fascículo de los Dioscuros*”, titulado *Revolución tradicional y subversión* (Roma, 1969), el mérito mas grande de EVOLA es el de “haber hecho presente el destino de *Roma* cual portadora del Imperio Sagrado Universal y de haber recabado de tal verdad las

⁴ *Imperialismo pagano* fue un libro juvenil de EVOLA, editado en 1927 en donde efectúa una encendida apología del paganismo. Formaba parte de un proyecto político cultural de influir sobre el fascismo, a fin de evitar que, tras firmarse el Concordato con el Vaticano, se abriese un rumbo güelfo en el seno de tal movimiento. La expresión *Imperialismo pagano* había sido usada por primera vez por REGHINI, el cual a su vez lo acusará a EVOLA de haberlo plagiado. Es de notar que tal actitud cerrada y crudamente pagana será luego rechazada por el EVOLA maduro quien se opondrá en vida a que esta obra sea reeditada.

⁵ J. EVOLA, *Il cammino del Cinabro*, Milán 1982, págs. 83-89.

necesarias consecuencias en relación con las ideas-fuerza que deben ser movilizadas por una verdadera revolución tradicional” (pág. 20).

(...) El “*Grupo de los Dioscuros*” tuvo una notable importancia como consciente reconexión con las anteriores experiencias sapienciales y como indicación, para algunos elementos particularmente sensibles del área de la derecha radical, de posibles direcciones y rumbos del “tradicionalismo romano”, si bien la particular vía operativa elegida y, sobre todo, la falta de calificación de algunos componentes, llevara muy pronto a la destrucción desde lo interior del Grupo mismo, del cual no se volverá a sentir hablar ya antes de la mitad de los años Setenta (se nos ha dicho que franjas dispersas del grupo continuarían subsistiendo sobre todo en Nápoles) ⁶.”

Esta colección de monografías sobre la *Magia como ciencia del espíritu*, que inauguramos con este primer tomo, es extractada de diferentes estudios publicados originariamente por las revistas *Ur* y *Krur*, revisados y corregidos por EVOLA en sucesivas ediciones algunos de ellos, otros en cambio no aparecidos en la edición original de *Introducción a la Magia*, título en el cual se condensa la mayoría de tales artículos. Asimismo agrupa también en forma simultánea monografías más actuales del *grupo de los Dioscuros*, formando todas ellas, a nuestro entender, un verdadero cuerpo doctrinario perfilado en función de la ya impostergable tarea de constitución, aquí en el sur del continente americano, de una *Orden* operativa en esta época de disolución arimánica.

ALBUS

⁶ RENATO DEL PONTE, *Il Movimento Tradizionalista Romano nel Novecento*, Scandiano, 1987, págs. 47-49.

I

INTRODUCCIÓN

En la vida de algunos hombres hay momentos en los cuales ellos sienten como que todas sus certezas vacilan, que todos sus conocimientos vienen a menos, que callan las voces de las pasiones y de los afectos y de todo aquello que animaba y movía su existencia. Una vez que ha sido reconducido hacia su propio centro, el individuo advierte entonces en manera cruda el más importante de todos los problemas: *¿Qué soy yo?*

Surge entonces casi siempre también la sensación de que todo lo que se hace no sólo en la vida ordinaria, sino también en el campo de la cultura, en el fondo sirve sólo para *distraerse*, para crearse la apariencia de un fin, para tener algo que permita no pensar profundamente, para ocultarse a sí mismos la oscuridad central y para sustraerse de la angustia existencial.

En algunos casos una crisis de tal tipo puede tener una salida catastrófica. En otros en cambio se reacciona. El impulso de una fuerza animal que no quiere morir se reafirma, inhibe entonces aquello que ha aparecido a través de tales experiencias, hace creer como si se tratase tan solo de un íncubo, de un momento de fiebre de la mente y de desequilibrio nervioso. Y entonces se busca un nuevo reacomodamiento, para volver a la "realidad".

Está también aquel que descarta. El problema existencial, que él ha sentido, se convierte para él —impotente en asumirlo plenamente— en un "problema filosófico". Y el juego recommienza. Con algún tipo de sistema de especulación se finge hallar una luz en la oscuridad y se da un nuevo aliciente a la voluntad de continuar. Otra solución equivalente es la pasiva referencia a estructuras tradicionalistas, a formas dogmáticas vaciadas de un contenido viviente y que se presentan como simples complejos dogmáticos y devocionales.

Otros sin embargo se mantienen firmes. Algo nuevo e irrevocable se ha determinado en su vida. Ellos se desapegan de las fés, se desapegan de las esperanzas. Quieren disipar la niebla, abrirse una vía. Un conocimiento de sí mismo y, en sí mismo, del Ser: esto es lo que ellos buscan. Y para ellos no existe un volver hacia atrás.

Este es uno de los modos con los cuales, sobre todo en la época moderna, algunos pueden acercarse a las disciplinas que, en general, son designadas como *iniciáticas*. Otros, en vez, son conducidos al mismo punto por una especie de recuerdo y de natural dignidad, que suscita la sensación neta de que este mundo no es el verdadero mundo, que existe algo más alto que esta percepción de los sentidos y de cuanto recaba su origen de lo humano. La visión directa de la realidad, *como en un completo redespertar*, es aquello a lo cual ellos aspiran.

En un caso como en otro, en un momento determinado uno se dará cuenta de no estar solos. Se sentirán, cercanos, a *otros*, arribados por otra vía; o que quizás siempre estaban allá. Y se aprenderá su verdad:

Más allá del intelecto raciocinante, más allá de las creencias, de los sentimientos, de aquello que hoy vale en general como cultura y como ciencia, existe un saber superior. En el mismo cesa la angustia del individuo, en éste se disipa la oscuridad y la contingencia del estado humano de existencia, en el mismo se resuelve el problema del ser. Este conocimiento es trascendente también en el sentido de que el mismo presupone un *cambio de estado*. Sólo se lo consigue transformando un modo de ser en otro modo de ser, cambiando la propia conciencia. Transformarse, ésta es la premisa del conocimiento superior. El cual no sabe de “problemas”, sino tan sólo de *deberes* y de *realizaciones*.

Tales realizaciones deben ser comprendidas como algo *positivo*. Vale aquí como presupuesto una mirada capaz de considerar sólo la concreta, real, cruda relación de sí consigo mismo y con el mundo. Para el hombre moderno en especial, tal relación es la condicionada, extrínseca y contingente, propia del estado físico de existencia. En cuanto a las variedades de aquello que desde hace tiempo es llamado “espíritu”, ellas son demasiadas veces un simple correlato de la existencia física, tal que con todos sus valores -bien y mal, verdadero y falso, superior e inferior- no cambia aquello que es el Yo, como hombre, en la jerarquía de los seres. He aquí porque es necesaria la fuerza de poner a un lado todo, de desprenderse de todo. La mutación de la propia estructura más profunda es aquello que sólo cuenta a los fines del conocimiento superior. Este conocimiento —que es a un mismo tiempo sabiduría y potencia— es esencialmente “no-humano” y a él se llega a través de una vía que presupone la superación activa y efectiva, ontológica, de la condición humana.

Ya desde hace tiempo el hombre, aferrado en una especie de círculo mágico, se encuentra hoy en día con no saber más nada de semejantes

horizontes. No sólo ello, sino, como alguien ha justamente resaltado (J. DE MAISTRE), aquello que en nuestros tiempos se jactan con el nombre de “científicos” han urdido una verdadera y propia conjura, han hecho de la ciencia una especie de monopolio propio y no quieren absolutamente que se sepa *más* que ellos y en manera *diferente* de ellos.

Esto sin embargo no impide que este saber diferente y superior *exista*. Mucho más que la creencia predominante en Occidente, la enseñanza de la que aquí se trata, puede hacer propio el dicho: *quod ubique, quod ab omnibus et quod semper*. Corresponde a ello una tradición única, que puede reencontrarse bajo variadas formas de expresión en las tradiciones de múltiples pueblos: ahora como sabiduría de antiguas *elites* regias o sacerdotales, ahora como conocimiento encubierto bajo símbolos sagrados, mitos y ritos cuyos orígenes se pierden en tiempos primordiales, ahora como escritos alegóricos, misterios e iniciaciones, como teurgia, yoga o alta magia y, en los tiempos más recientes, como sabiduría secreta de corrientes subterráneas afloradas de aquí por allí en los tramos de la historia occidental, hasta los Hermetistas y los Rosacruces.

Aquí a una metafísica le corresponde una técnica la cual, aun no teniendo que ver con fuerzas y fenómenos externos, al referirse a las energías más profundas del ser humano, tiene el mismo carácter objetivo y experimental que las denominadas ciencias exactas. Esta “técnica divina”, tradicional en sentido superior, ofrece posibilidades reales a quien, tras la crisis profunda antes mencionada, haya encontrado en sí la capacidad de superarla positivamente y de recabar de ella un desapego de todo lo que es sólo humano. Y ella ofrece al mismo tiempo posibilidades reales a otra categoría de seres, a aquellos pocos en los cuales por vías misteriosas reaflore una herencia remota, casi como instinto de *otra raza*, desaparecida en los milenios.

Todo aquello que podía dar el cerebro humano, ya lo ha dado. Así pues en lo particular se trata también de ser capaces de convertir al cuerpo en su totalidad en un instrumento de la conciencia que, superando la limitación individual, deberá penetrar en los estratos en donde actúan las fuerzas oscuras y profundas de un Yo superior: hasta hallar la entrada de la vía que conduce al “palacio cerrado del Rey”.

El conjunto de monografías que aquí presentamos pretende dar indicaciones, sugerencias y direcciones de tal ciencia secreta. Se ha seguido el criterio de evitar lo más posible cualquier discurso *alrededor* de las cosas y de dar en vez la esencia de ellas, sin descuidar nada para hacer enten-

der de manera distinta. Allí donde sin embargo subsistiesen oscuridades, ello no dependerá de nuestra voluntad, sino más bien de la naturaleza misma del tema. El conocimiento superior es, en todo y por todo, *experiencia*. Pero todo lo que es experiencia se vuelve inteligible sólo en el presupuesto de tener una experiencia análoga. Toda comunicación escrita, es más tipográfica, hallará siempre un límite, removible sólo de parte de quien es capaz de asumir la “sede” que corresponde a una o a otra enseñanza.

Nosotros limitaremos nuestros tema a:

- 1) Exposiciones de métodos, de disciplinas, de técnicas.
- 2) Relatos de experiencias efectivamente vividas.
- 3) Publicación y traducción de textos, o partes de textos raros o pocos conocidos, de las tradiciones de Oriente y de Occidente, oportunamente esclarecidos y anotados y presentados de modo tal que puedan proveer orientaciones y abrir nuevas perspectivas.

4) Encuadramientos doctrinales sintéticos, aptos para remover la imagen vuelta rígida del hombre, del mundo y de la vida que ha venido a prevalecer con la civilización moderna, que sirvan para actuar como trasfondo de la práctica y para esclarecer sus presupuestos.

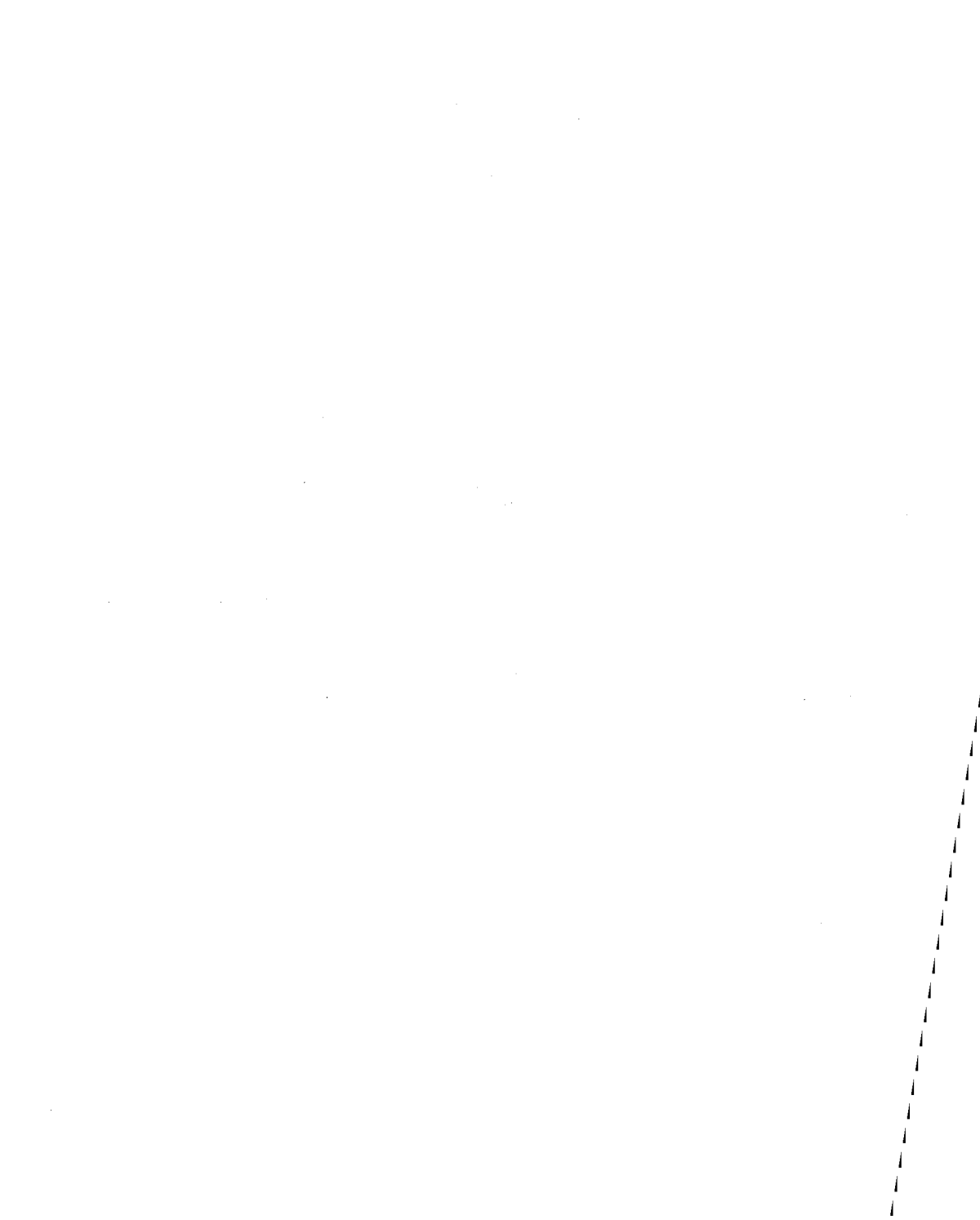
Las diferentes monografías pueden completarse recíprocamente. Ellas han sido ordenadas así, de modo tal que en precedencia son ya dados todos los elementos necesarios para la comprensión adecuada de cada una de ellas. Los colaboradores han asumido en gran medida partes orgánicas de un deber único, retomando, integrando o desarrollando desde perspectivas diferentes y mutuamente, las cosas dichas por cada uno.

Siguiendo con una costumbre que se encuentra sea en el Oriente antiguo como en nuestras escuelas medievales, entre los Pitagóricos, como entre los Hermetistas, en las organizaciones iniciático-corporativas y en los Rosacruces, para concluir en ciertos autores monásticos y en parte, en los mismos Jesuitas; se ha creído oportuno adoptar el principio del anonimato de los colaboradores. Esto, en la medida que su persona no cuenta, pues lo que ellos pueden decir como válido no es una creación o reflexión propia, sino que refleja una enseñanza supraindividual y objetiva. Y ha sido obra de quienes, en su momento, han dirigido la organización de este grupo de monografías a hacer de modo tal que las mismas se resientan lo menos posible de las particulares corrientes que uno u otro autor puede haber tenido como más familiares, de modo tal que las exposiciones viertan en vez sobre las “constantes” presentes en toda auténtica disciplina iniciática.

Como máximo, en tanto particularización se podrá hallar aquí aquella para la cual en el título de los sucesivos volúmenes figura el término “*Magia*”. Se verá que, más que referirnos a lo que en la misma antigüedad se entendió por tal palabra, “*Magia*” a tal respecto asume un sentido metafórico, sirve para resaltar sólo una asunción particularmente activa —común en mayor o menor medida a todos el grupo de los colaboradores— de las disciplinas tradicionales e iniciáticas. Por lo demás pertenece a ROGER BACON la definición de la *Magia* comprendida como “*metáfísica práctica*”.

Y respecto de los colaboradores también les es común un preciso rechazo de las variedades de aquello que hoy se entiende como “*espiritualismo*”: desde el vulgar espiritismo hasta el teosofismo anglo-hindú, hasta el “*ocultismo*”, la antroposofía y tantas otras corrientes similares. En todo ello nosotros vemos desviaciones, que no tienen nada que ver con la auténtica enseñanza iniciático-tradicional, una mezcla híbrida de fragmentos de verdades antiguas, de deformaciones mentales modernas, de flujos visionarios y de pésima filosofía, aparte de una salsa moralística y evolucionista-humanitaria. Ha sido un máximo cuidado de quienes organizaron estos trabajos el de dar al lector el sentido más neto de un desapego de estas formas confusas y falsificadas, que reflejan sólo el marasmo, la falta de principios y el confuso impulso hacia la evasión propios de esta época.

El lector de esta obra podrá muy difícilmente encontrar en otro lado un conjunto similar de enseñanzas especializadas, dadas con precisión y claridad. A él sólo le quedará decidir hasta qué punto él pretende restringirse a la simple lectura para información y hasta cuál en vez, descubriendo una vocación superior, precedentemente sólo sentida oscuramente, pretenda osar, operar y callar. Es enseñanza iniciática, por lo tanto, que aquellos que con una íntima, ferviente seriedad intentan, difícilmente serán dejados solos. Es pues posible que para ellos el intento sostenido por “*Ur*” sea sólo un primer contacto y que otros podrán luego seguir, con un alcance diferente y en el momento oportuno; para aquellos que, habiendo ya dejado una orilla, y aun siendo aun tomados por las “*aguas*”, ya tienden hacia la otra.



PEDRO NEGRI

SUB SPECIE INTERIORITATIS

“Coelum..., nihil aliud est quem spritualis interioritas”.

(GUIBERTIUS - *De pignoribus Sanctorum* IV, 8)

*“Aquila volans per aerem et Buso gradiens
per terram est Magisterium.”*

(M. MAYER - *“Symbola Aureae Mensae duodecim
Nationum”*, Frankfurt, 1617, pág. 192).

Han transcurrido ya muchos años desde cuando tuve, por primera vez, conciencia de la *inmaterialidad*. Pero, no obstante el fluir del tiempo, la impresión que probé de ello fue tan intensa, tan abarcadora, de haber permanecido aun hoy en la memoria, por más que sea posible comunicar y retener en ella ciertas experiencias trascendentes; y yo intentaré hoy expresar, *humanis verbis*, esta impresión, volviendo a evocarla desde los íntimos rincones de la conciencia.

El sentido de la realidad inmaterial se me manifestó improvisamente, sin hechos que lo precedieran, sin ninguna causa aparente o razón determinante. Hace cerca de catorce años me encontraba un día, firme y de pie, sobre la vereda del palacio Strozzi en Florencia, conversando con un amigo; no recuerdo acerca de qué era, pero probablemente acerca de algún argumento concerniente al esoterismo; cosa por lo demás sin importancia en razón de la experiencia que tuve. Era un día totalmente similar a lo otros, y yo me encontraba en estado de perfecta salud, tanto psíquica como corporalmente, no hallándome cansado, ni excitado, ni ebrio, libre de preocupaciones y de apremios. Y, repentinamente, mientras hablaba o escuchaba, he aquí que *sentí* diversamente: la vida, el mundo, todas las cosas; me *di cuenta* súbitamente de mi incorporeidad y de la radical, evidente, inmaterialidad del universo; me di cuenta de que mi cuerpo *estaba* en mí, que todas las cosas estaban interiormente en mí; que todo se refería a *mí*, es decir, al centro profundo abismal y oscuro de mi ser. Fue una improvisa transfiguración; el sentido de la realidad inmaterial, despertándose en el campo de la conciencia, e insertándose con el habitual sentido de la realidad cotidiana, maciza, me hizo ver el todo bajo una nueva y diferente luz; fue como cuando, por una improvisa rendija en una densa mata de

nubes, pasa un rayo de sol, y la llanura o el mar que se encuentran debajo súbitamente se transfiguran en una leve y fugaz claridad luminosa.

Sentía ser un punto indeciblemente abstracto, adimensional; sentía que en el mismo se encontraba interiormente el todo, en una manera que no tenía nada de espacial. Fue la transformación completa de la ordinaria sensación humana; no sólo el yo no tenía más la impresión de estar contenido, si bien localizado, en el cuerpo; no sólo había adquirido la percepción de la incorporeidad del propio cuerpo, sino que sentía al propio cuerpo adentro de sí, sentía todo *sub specie interioritatis*. Para entenderlo bien es necesario buscar aquí asumir las palabras: adentro, interno, interior, en una acepción ageométrica, simplemente como palabras aptas, en la mejor manera, para expresar el sentido de la inversión de posición o de relación entre cuerpo y conciencia; porque, por lo demás, hablar de conciencia contenida en el cuerpo es tan absurdo e impropio como hablar de cuerpo contenido en la conciencia, dada la heterogeneidad de los dos términos de la relación.

Fue una impresión abarcadora, omnicomprendiva, superabundante, positiva, original. Se manifestó espontánea, sin transición, sin preavisos, *como un ladrón de noche*, deslizándose hacia adentro e insertándose con el habitual y vulgar modo de sentir la realidad; afloró rapidísima afirmándose y permaneciendo netamente, de modo tal de consentirme vivirla intensamente y darme cuenta de ella en forma segura; después se desvaneció, dejándome pasmado. “*Era una nota del poema eterno lo que yo sentía...*”; y, al volver a evocarla, siento aletear aun en lo íntimo de la conciencia, su hierática solemnidad, su calma y silenciosa presencia, su pureza estelar.

Esta fue mi primera experiencia acerca de la inmaterialidad. Al exponerla he buscado sólo brindar fielmente mi impresión, a costa también de incurrir eventualmente en la objeción de no haberme debidamente atendido a las normas de una precisa terminología filosófica. Puedo también reconocer que mi competencia filosófica no estaba y no está a la altura de estas experiencias espirituales, y puedo también admitir que, desde el punto de vista de los estudios filosóficos, sería deseable que fueran hechos partícipes de tales experiencias tan sólo aquellos que poseen grandes méritos filosóficos; pero, expresada la pena al respecto, hay que reconocer sin embargo que el punto de vista de los estudios filosóficos no es el único admisible, y que el *espíritu sopla donde quiere*, sin tener en cuenta especialmente la capacidad filosófica.

En el caso específico de mi experiencia personal, el pasaje aconteció independientemente de cualquier especulación científica o filosófica, de cualquier trabajo cerebral; y me veo más bien propenso a reputar que esta independencia no ha sido fortuita y excepcional. No parece en verdad que la especulación racional pueda conducir más allá de una simple abstracción conceptual, de carácter más que nada negativo, e incapaz de sugerir o provocar la *experiencia* directa vivida, la *percepción* de la inmaterialidad.

El modo habitual de vivir se engrampa con el sentido de la realidad material, o, si se quiere, con el sentido material de la realidad. Existe aquello que resiste, lo compacto, lo macizo, lo impenetrable; las cosas *son* en cuanto existen, ocupan un lugar, afuera de y también adentro de nuestro cuerpo; ellas son por decirlo así, tanto mayormente reales cuanto más sólidas, impenetrables, inatacables. El concepto empírico y ordinario de materia, comprendido como una *res* que está por sí misma, que ocupa un lugar, que se toca y que ofrece resistencia al tacto, es una función de la vía corpórea; las necesidades de la vida en un cuerpo sólido, denso, pesado, habituado a apoyarse sobre el terreno sólido y estable, generan el hábito de identificar el sentido de la realidad con este modo particular humano de sentir la realidad, y hacen nacer la convicción apriorística de el mismo sea el único posible y de que no haya ni pueda haber otros.

No es sin embargo verdad que estos caracteres típicos de la realidad material se van gradualmente atenuando y desvaneciendo cuando de la materia sólida se pasa a la líquida, a la fluídica y a la gaseosa; y el análisis científico conduce, a través de los sucesivos estadios de la desintegración molecular y atómica, a una concepción de la materia muy alejada de aquel concepto empírico primitivo, que parecía un dato tan seguro e inmediato de la experiencia. A la universal desmaterialización de los cuerpos le corresponde necesariamente, pasando de la ciencia a la filosofía, la abstracción conceptual idealista, la resolución del todo en el yo; pero el reconocimiento conceptual de la espiritualidad universal no conduce a la conquista o a la adquisición efectiva de la *percepción* de la realidad espiritual, y es posible seguir una filosofía idealista continuando a ser ciegos espiritualmente tanto como el más crudo materialista; es posible decirse filósofos idealistas y creer haber tocado la veta del idealismo a través de la simple y laboriosa conquista conceptual, aun excluyendo o no pensando para nada en la posibilidad de una percepción *ex imo*; es posible confundir, y pensar que se tenga que confundir cualquier epifanía espiritual con un simple acto del pensamiento.

Naturalmente con semejantes clavos en la cabeza se puede seguir un trecho y treparse a los perales del idealismo absoluto sin otro efecto que el de arrancar alguna rama sobre la cabeza de los colegas en ascenso. ¡En verdad no vale la pena mirar con tanto desdén a los viejos filósofos positivistas, víctimas pobres, es cierto, pero también honestas de una simplificadora aceptación del criterio empírico de la realidad material! Quitar a este sentido empírico materialista de la realidad su carácter de unicidad, de positividad y de insustituibilidad, no significa en verdad quitarles todo valor, sino sólo definir su valor. El mismo sigue teniendo derecho de ciudadanía en el universo, junto y al lado de otros eventuales modos de sentir la realidad.

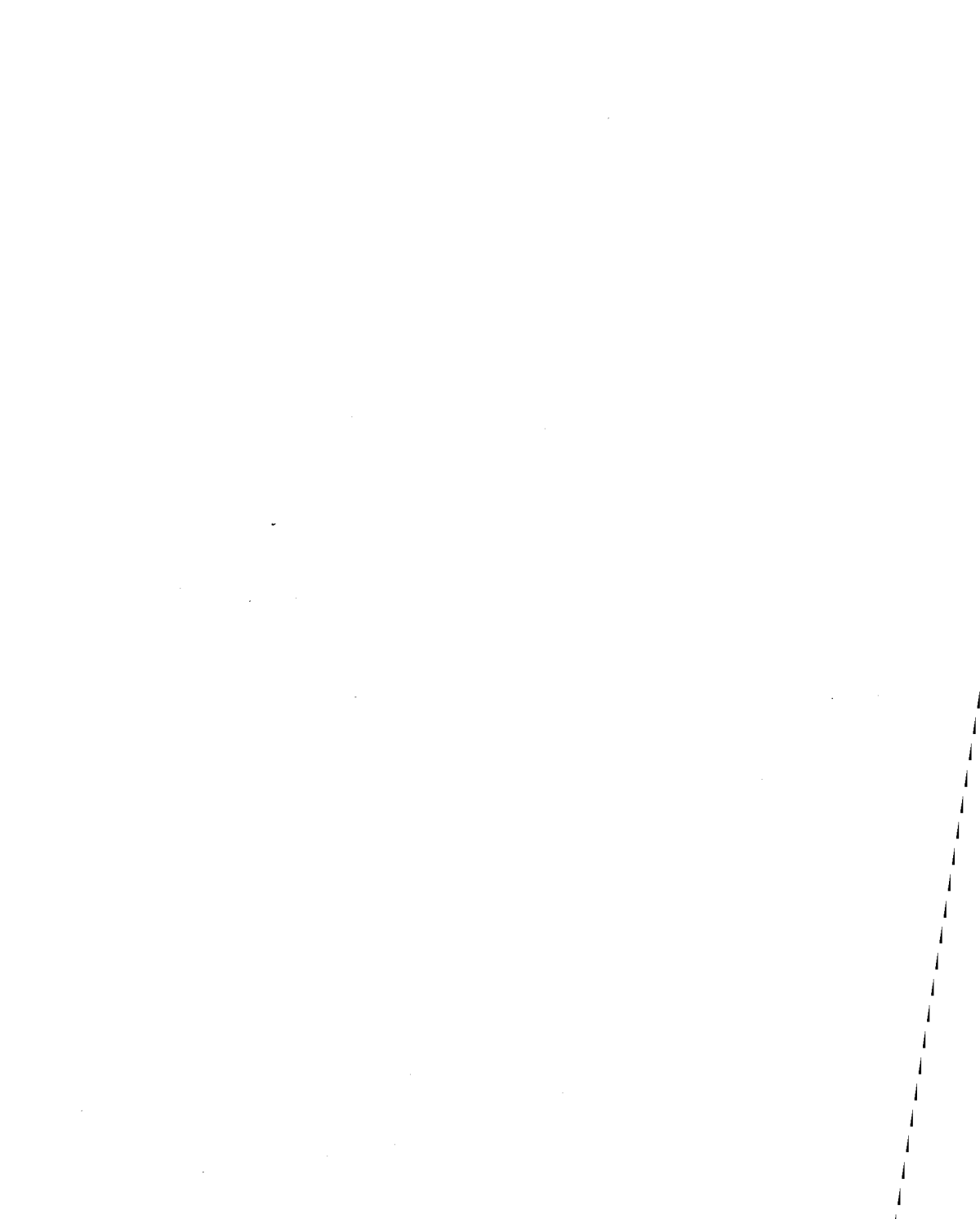
Alcanzada la abstracción idealista conceptual, no es pues el caso de entonar los cantos de victoria. Y, para la existencia y la entrada en el campo del sentido de la realidad inmaterial, no se sigue al mismo tiempo, comprendámonos bien, que se tenga que dar vuelta la posición, acordando al nuevo sentido de la realidad los privilegios del antiguo, exaltándolo a expensas del otro. La verdad del uno no conlleva la falsedad del otro; la existencia del uno no excluye la coexistencia del otro. Ilusorio y arbitrario es creer que no haya y no tenga que existir sino un solo modo de sentir la realidad; si el criterio empírico de la realidad material se reduce fatalmente en última instancia a una simple ilusión, no obstante ello esta modalidad de conciencia, que se engrampa sobre una ilusión, *existe efectivamente*; de modo tal que sobre este sentido se apoya la vida de innumerables seres, aun cuando este criterio será superado conceptualmente, aun cuando sea superado espiritualmente, disuelto por el sobreagregado sentido de la inmaterialidad.

Mi experiencia, por más que fugaz, me dio la demostración práctica de la posible, efectiva y simultánea coexistencia de las dos percepciones de la realidad, la percepción espiritual pura y la ordinaria corpórea, por más que contradictorias al ojo de la razón. Es una experiencia elemental de la cual no es ciertamente el caso de enorgullecerse; pero es siempre una experiencia fundamental que recuerda la de ARJUNA en el *Bhagavad-gîta* y la de TAT en el *Pimandro*; es sin embargo siempre una primera percepción efectiva y directa de aquello que los cabalistas llamaban el *santo palacio interior*, y FILALETES el *oculto palacio del Rey*, y también de lo que SANTA TERESA llamaba el *castillo interior*. Por cuanto elemental, es una experiencia que inicia una vida nueva, doble, el dragón hermético esconde las alas y se convierte en anfibio, capaz de vivir en la tierra y a su vez de despegarse de la tierra.

¿Pero por qué, se dirá habitualmente se es sordos a esta percepción, y yo mismo que escribo no me había dado cuenta antes de ella? ¿Por qué se disipó? ¿Y de qué sirve? ¿No es quizás mejor no sospechar siquiera de la existencia de tan perturbadores misterios? ¿Y por qué no se enseña cómo se hace para obtener esta impresión? ¿Y es justo que algunos pocos sean partícipes de ella y otros en cambio no?

No es fácil responder en modo exhaustivo a éstas y a otras preguntas que se pueden formular al respecto. En cuanto a la sordera espiritual, me parece que la misma provenga o dependa del hecho de que habitualmente la atención de la conciencia se encuentra tan asentada sobre el sentido de la realidad material, que cualquier otra sensación le pasa inadvertida. Es pues una cuestión de oído: el tema melódico desarrollado por los violines exige habitualmente de toda la atención y el profundo acompañamiento de los violoncelos y del contrabajo pasan inadvertidos. Quizás, también es la monotonía de esta nota baja y profunda, la que sustrae a la percepción ordinaria; y yo recuerdo bien el asombro producido, de manera similar, cuando una vez en la montaña, sobre un gran prado florecido, el zumbido sordo e igual producido por innumerables insectos me sacudió el oído y de repente, casi por casualidad, o mejor, sólo de repente y sin razón aparente, me hice consciente de aquel zumbido, por cierto preexistente a mi improvisa percepción.

La respuesta, como se ve, no consiste sino en una comparación con fenómenos similares, y probablemente no terminará de satisfacer a los lectores. Del mismo modo temo fuertemente que a las otras preguntas no podré dar respuestas satisfactorias; y por lo tanto pondré fin a este escrito, lo cual por lo demás ya es tiempo de hacer, aunque fuese por discreción.



LEO
BARRERAS

El primer movimiento del hombre que busca la Vía debe ser el de destruir la imagen habitual que él tiene de sí mismo. Sólo entonces él podrá comenzar a decir *Yo*, cuando a la palabra mágica le corresponda la imaginación interior de sentirse sin límites de espacio, de edad y de potencia.

Los hombres deben alcanzar el sentido de la realidad de sí mismos. Por ahora ellos tan sólo se limitan y se coartan, sintiéndose diferentes y más pequeños de lo que son; todo pensamiento propio, todo acto es un barrote más para su prisión, un velo más para su visión, una negación de su potencia. Se cierran en los límites de su cuerpo, se apegan a la tierra que los conduce: es como si un águila se imaginara serpiente y se arrastrara por el piso ignorando sus alas.

Y no sólo el hombre ignora, deforma, reniega de sí mismo, sino que repite también el mito de la Medusa y vuelve de piedra todo lo que lo circunda; observa y calcula la naturaleza en su peso y medida; limita la vida alrededor de él en pequeñas leyes; supera los misterios con las pequeñas hipótesis; fija el universo en una unidad estática y se ubica en la periferia del mundo tímidamente, humildemente, como una secreción accidental, sin potencia y sin esperanza.

El hombre es el centro del universo. Todas las masas materiales frías e incandescentes de las miríadas de mundos no pesan en la balanza de los valores como la más simple mutación en su conciencia. Los límites de su cuerpo no son sino ilusión; no se apoya sólo en la tierra, sino que él se proyecta a través de la tierra y en los espacios cósmicos. Sea moviendo su pensamiento como sus brazos, es todo un mundo el que se mueve con él; son mil fuerzas misteriosas que se lanzan hacia él con un gesto creativo, y todos sus actos cotidianos no son sino la caricatura de lo que fluye hacia él divinamente.

Así también él debe dirigirse a su alrededor y liberar de la petrificación todo aquello que lo rodea. Antes de saberlo, él deberá imaginar que en la

tierra, en las aguas, en el aire y en el fuego hay fuerzas que saben que son y que las llamadas fuerzas naturales no son sino modalidades de nuestra sustancia proyectadas hacia afuera. No es la tierra la que hace vivir a la planta, sino que son las fuerzas que están en la planta las que arrancan a la tierra elementos para la propia vida. En el sentido de la belleza de las cosas debe asentarse el sentido del misterio de las cosas como una realidad aun oscura pero presentida. Pues no sólo lo que podemos ver y conocer debe actuar en nosotros, sino también lo desconocido, afirmado valerosamente y sentido en su fuerza.

Es oportuno hacer notar la necesidad de un especial hábito ante este punto de vista como ante cualquier otro del esoterismo. Se trata de fundar aquello que luego servirá muchas veces en la vida del desarrollo espiritual, un modo de poseer un concepto que no es sólo comprender o recordar. Hay que **ritmar**; es decir, presentar a la propia conciencia, que atrapa con una actitud volitiva, el mismo concepto periódica y rítmicamente; y no sólo como pensamiento, sino también como sentimiento. La contemplación del propio ser y del mundo, en el modo que ha sido enunciado antes, suscita un sentido de grandeza y de potencia: hay que retener en nosotros este sentido en modo de hacernos compenetrar por el mismo intensamente.

Así podremos establecer una relación realizativa con esta nueva visión, la cual antes se referirá al subconsciente hasta que después de un cierto tiempo se encuadrará en modo siempre más definido en el sentimiento del que hemos hablado; se presentará entonces una nueva condición en la cual lo que antes era concepto podrá convertirse en *presencia de una fuerza* y se alcanzará así un estado de liberación sobre el cual será posible edificar la nueva vida.

Todos los ejercicios de desarrollo inferior serán paralizados si no se rompe la cáscara-límite que la vida cotidiana forma alrededor del hombre y que también persiste de manera variada en el subconsciente humano.

ABRAXA

CONOCIMIENTO DE LAS AGUAS

La vida elemental de todos los seres, sin excepción, está regida en lo profundo por una Fuerza primordial. La naturaleza de esta Fuerza es la *brama*: un apetito que nunca tiene satisfacción, un desplegarse que no conoce término, que es irresistible necesidad y ciego y salvaje querer.

Devenir, transformación desordenada, caótica, incoercible flujo, generación-destrucción, atracción-repulsión, terror-deseo, formación-desenvolvimiento, compuestos en una mezcla ígnea sin descanso son todos la esencia de esta primordial naturaleza cósmica.

Los Sabios hablaron de ello simultáneamente como de una maravilla y como de un pavor. Así la llamaron: Fuego universal y viviente, *ulé*, Dragón verde, Quintaesencia, Sustancia primera, Gran Agente mágico. En tanto principio de la obra universal, es también el principio de su "Gran Obra"; puesto que uno mismo es el Magisterio de la Creación y el Magisterio con el cual, según el Arte, el hombre se construye a sí mismo.

Esta Materia nuestra no es una abstracción de la filosofía profana ni una idea de mito, ni fábula, sino que es en vez una realidad viviente y poderosa, espíritu y vitalidad de la Tierra y de la Vida.

La raza de los hombres no la *conoce*. Una providencial ley natural la esconde a la conciencia de ellos con el espectáculo-ilusión de los fenómenos materiales de la realidad sólida sin la cual no existe ningún reposo, ninguna tranquilidad para su vida. Y esta misma ley solicita que este velo de ignorancia sea removido, que el ojo del Saber sea abierto sólo en el punto del aumento y presencia de una fuerza suficientemente fuerte como para poder soportar la visión.

Sabe pues que la Vida de tu vida está en Ella.

Espíala.

Ella se manifiesta por ejemplo en todos los momentos de peligro repentino.

Sea la velocidad de un auto sobre tí, distraído en el camino. Sea el venir a menos de la tierra debajo de ti en razón de abrirse una grieta. Sea un carbón ardiente sin llama o una cosa electrizada que has tocado inadvertidamente.

He aquí: en súbita reacción se afirma una cosa lista, violenta, rapidísima. ¿Es tu “voluntad”, tu “conciencia”, tu “yo”? No. No es tu voluntad, tu conciencia, tu yo, los cuales llegan sólo después, una vez que se ha cumplido el hecho. Allí ellos estaban ausentes, sobrepasados. Algo más profundo, más veloz, más absoluto de todo está se ha hecho manifiesto, se ha impuesto, ha actuado.

Condúcete hacia el hambre, el terror, la brama sexual, el pánico y el espasmo, y la verás nuevamente indómita, violenta, tenebrosa. Y si tales manifestaciones tuyas te dan la sensación de ella tu podrás conocerla gradualmente también como el fondo invisible de la plenitud de tu vida de vigilia.

Las raíces subterráneas de las inclinaciones, de las fe, de los atavismos, de las convicciones invencibles e irracionales; las costumbres, el carácter, todo lo que en ti vive como animalidad, como raza biológica, toda la voluntad del cuerpo, ciega y ebria voluntad de vivir, que esconde generación, conservación, prosecución; todo esto se vuelve a unir y se confunde con el mismo principio. Ante el mismo, habitualmente te es dada la libertad de un perro atado a una cadena. Tú no lo adviertes —y te crees libre— hasta que no pasas de un cierto límite. Pero si vas más allá, ella se estira y te detiene. O más bien juega contigo: te mueves en círculo sin darte cuenta.

No te ilusiones: también las “cosas supremas” obedecen a este dios. Desconfía: ellas le obedecen de manera tanto más íntima y adherida en cuanto más parecen independientes y liberadas, según la magia del arro-bamiento. ¡Qué le importa a Ella una u otra forma, una u otra “razón” con la cual tú crees justificarte, con tal de que se afirme su impulso profundo! Disfrazada, ella afirma su vínculo.

Espía también esta fuerza, y conócela, en la salvaje potencia de la imaginación y de la sugestión. Es nuevamente una rapidez que fija y encadena. Y no puedes nada cuando ella es; más “quieres” en contra de ella, más la alimentarás a daño tuyo.

Cuanto más lo echas, se multiplica el pavor. Es el sueño que huye mientras te “esfuerzas” por dormir. Es una estrecha mesa sobre el abismo: es la sugestión de la caída; y tú por cierto seguramente caerás si te empeñas en pasar, “queriendo” en contra de ella.

¡Es la llama de la pasión que con mayor acritud se eleva en cuanto más tu “conciencia” se esfuerza en sofocarla, y no desaparece sino para pasar adentro y envenenarte todo!

Aquí es nuevamente Ella, irrumpe Ella. Sé conciente que este Ente que se amalgama con el de las potencias emotivas e irracionales, desciende luego hacia abajo, para identificarse con la misma fuerza que rige las funciones profundas de la vida física. ¿“Voluntad”, “pensamiento”, “yo”, qué pueden por sobre tales funciones? Ellas son externas respecto de éstas. Semejantes a parásitos viven de las mismas, extrayendo las linfas esenciales aun sin poder descender adentro hasta el tronco profundo.

Escarba sin miedo con un arma cortante. Di pues: ¿Qué puedo justificar de este cuerpo mío con *mi* voluntad? ¿Quiero yo mi respiración? ¿El fuego de las mezclas en las cuales arde el alimento? ¿Quiero acaso yo esta forma mía, esta carne mía, este hombre determinado así, feliz o infeliz, noble o vulgar? ¿Pero si pregunto esto, no tengo que ir más allá todavía? ¿“Mí” voluntad, “mi” conciencia, “mi” yo, acaso los quiero o tan sólo *están ahí*? Porque todo lo que puedo decir que quiero, debería también poder no quererlo, y por ende también ser sin eso mismo. ¿Y el yo, esto es, “mi” yo: lo poseo, o *es él el que me posee*?


Tú que te has acercado a la “ciencia de los Magos” sé fuerte lo suficiente para este conocimiento: *Tú no eres vida en ti mismo*. Tú no existes. Tú no puedes decir “mío” respecto de nada. La Vida tú no la posees; es ella la que te posee. La sufres. ¡Y es un espejismo creer que este fantasma de “yo” pueda subsistir inmortal a la disolución del cuerpo, como si acaso todo no te dijese que la correlación con este cuerpo le es esencial, que un malestar, un trauma, un accidente cualquiera tienen una influencia precisa sobre sus facultades, por más “espirituales” y “superiores” que ellas sean!

Y ahora desvístete de ti, desciende más allá del umbral, en ritmos de analogía-sensación, siempre más abajo en las oscuras profundidades de la fuerza que rige tu cuerpo.

Aquí ella pierde su nombre e individualización. Entonces será la sensación de tal fuerza que se expande la que me retomará a “mí” y “no a mí”, la que invadirá toda la naturaleza, sustanciará el tiempo, transportará miríadas de seres como si estuviesen ebrios e hipnotizados, reafirmandose en mil formas, irresistible, salvaje, privada de límites, encendida por una eterna insuficiencia y privación.

“Ello es”, así es como piensa. Si este saber te reconduce a ti y si, helado por un frío mortal, sientes abierto el abismo: “En ello yo estoy”; tú entonces has conseguido aquí el **conocimiento de las “aguas”**¹.

¹ En el budismo este “conocimiento de las Aguas corresponde a la realización de la denominada “conciencia samsârica” y de la verdad del *anattâ*. Más allá de la

Estas “aguas” o “humedad radical” tienen en nuestra tradición el signo ∇ (dirección descendente, precipitación); pero también tú puedes hallarlas indicadas como la “Venus terrestre”, fémina y matriz cósmica (∇ en la tradición hindú es el signo de la Çakti y del *yoní*) como la “Serpiente originaria” (entiende al andamio serpentino  en correspondencia astrológica de ∇). Es la elemental potencia demiúrgica, la “Magia” de Dios, la sustancia primordial que se precipitó cuando Dios dijo: “*Que sea la luz*”.

Procediendo en efecto como una Luz, tú aprenderás a conocerla también: una luz elemental que lleva, a la manera de las naturalezas-torbellino, los “signos” de todas las cosas; indiferenciada, ella es a un mismo tiempo idea, sustancia y movimiento, físico y psíquico; es indiferente al bien y al mal y a cualquier forma por la capacidad plástica de transformarse en todas ellas. Ciego impulso, idea y realidad en ella son una misma cosa, fulmíneamente, “mágicamente”, como en aquel reflejo de ella, como en aquella “vía” hacia ella, que es la potencia de la imaginación en el hombre.

Al estar todo bajo el dominio de esta fuerza y a través de esta fuerza, debes saber tú: aquel que lograra subyugarla plenamente, por medio de ella podría dominar toda la naturaleza, fuego-tierra-aire-agua, la vida y la muerte, las virtudes de los cielos y las de los infiernos, porque ella a todos los recoge en sí.

Y ahora a ti, que has querido acercarla te sea manifiesto que la Ciencia de los Magos *quiere esto*, y que todo lo que no es *esto* ella lo rechaza.

Crear algo firme, impasible, inmortal, llevado a salvo, viviente, que respira afuera de las “aguas”, que subsiste, afuera de las “aguas”, libre: y en ello mismo, a la manera de un hombre más fuerte que tome por los cuernos a un toro embravecido, resista y lentamente y con dureza logre plegarlo bajo su poder, dominar en él esta naturaleza cósmica, tal es el secreto de nuestro Arte, Arte del Sol y del Poder, de la “fuerza fuerte de toda fuerza”. Las otras ciencias de la Cábala y de la Magia prometen al hombre una naturaleza inmortal y un poder real; ellas deben ser consideradas como vanas y mentirosas si no se lo dan (E. LEVI).

conciencia de la única vida de un determinado individuo se encuentra la conciencia del tronco, del cual esta vida no representa sino una sección: y es experimentada la fuerza primordial de tal tronco. A tal respecto aparece también la irrealidad del “yo” y de todo lo que tiene el semblante de “yo” (éste es el *anatá*). Sentir y sentirse en el *samsára* es, también en el budismo, el presupuesto para la realización de aquello que es verdaderamente espiritual y trascendente.

Detiene la pequeña mente: si aquí ella supone locura, soberbio sueño de miserable orgullo, ten la certeza de que es el miedo el que piensa en ella. Tú no tienes necesidad de creer, es más: *no debes creer*. Prueba, osa.

La “Materia de la Obra” se encuentra aquí en tu brama, en tu voluntad profunda, más cercana a ti de lo que tú estés cercano. Excítala. Despiértala. Créale resistencia.

Sentirás en ti entonces, en proporción de lo que sepa empujarse más allá de tu osar, toda su fuerza salvaje. ¿Y si tú sabes concebir también una fuerza *más fuerte*, qué cosa puedes aun concebir que pueda resistir a ella, que no pueda ser superada o doblegada por ella?

La posibilidad de la Obra tú la habrás conocido: sé pues o no seas suficiente respecto de ella.

Mira.

Aquí está la orilla esparcida de miseria, de tiniebla, de inmundicia. Aquí se encuentra la indómita corriente. Allá en cambio la otra orilla.

Aquí están los hombres negligentes, extranjeros respecto del Conocimiento, pálidos y transportados ebrios, cuya vida es aun externa respecto de las Aguas, más acá de las Aguas. Allá los hombres viriles, de ánimo heroico, elevados hacia el gran disgusto, elevados hacia la revuelta, elevados hacia el Gran Despertar; abandonada una orilla, ellos enfrentan la corriente, el torbellino, el remolino, llevándose siempre adelante a sí mismos a través de una cada vez más férrea e indoblegable voluntad. Aquí finalmente están los Salvados de las Aguas, los Caminantes sobre las Aguas, la Raza Santa de los Desvinculados, de los Triunfadores, los Señores de Vida y Salud, los Resplandecientes. Son los Matadores del Dragón y los Domadores del Toro; los Consagrados en el Sol, los Transformados por fuerza amónica, y ellos son Sabiduría.

Por ellos las Aguas son encadenadas, congeladas, impregnadas por ellos: son la fuerza mágica que obedece. El Sol se eleva sobre las aguas y las determina con su reflejo. La brama desencadenada, la fuerza lunar que no tiene centro (○ = Luna, signo de la Materia prima, de lo Húmedo radical) aquí tienen en cambio un centro (⊙ = signo del Sol)

El ascenso positivo (Δ, signo de Ur, del Fuego iniciático) que ha hecho violencia en el regazo húmedo del descendente ∇, lo equilibra; y debes conocer esta conjunción como el signo de los Dominadores: el *Sello de Salomón*, compuesto justamente por el entrecruzamiento de los dos triángulos opuestos ✠.

Si quieres ahora acercarte a nuestra Arte, debes saber: es una lucha atroz y un ir sobre el filo de una navaja. Se puede vencer como se puede perder y dos cosas conducen sobre todo al desastre: tener miedo e interrumpir. Una vez comenzado, es necesario que tú vayas hasta el fondo, la interrupción trae una temible reacción del efecto opuesto. Lo puedes comprender fácilmente: a cada paso tuyo una cantidad siempre más alta de energía arrolladora es detenida y empujada en contra de la corriente; excitada y ofendida, ella es toda una tensión; y por un momento que tú cedas, se te descargará encima y te arrastrará miserablemente.

Prepárate.

Fija bien la meta y no la cambies nunca.

Cierra los ojos. Créate una imagen y fíjala. En la oscuridad habitúate así a ver con una luz que no es la sensible, Esta luz etérea lleva consigo el primer secreto de la Obra.

Hazte impasible ante el bien y el mal, justo, absoluto, crudo.

Aprende a querer sin desear, sin miedo, sin arrepentimiento.

Crea en ti una potencia de hacer sin cansarse. Continua, fría, dura y, al mismo tiempo, lábil, plástica. Querer bien, querer ampliamente, querer siempre sin detenerse; y *no desear nunca*, he aquí el Secreto de la Fuerza.

Pódate de las lianas de la voluptuosidad, de la ebriedad y de la pasión: redúcete a una *simplicidad* que *quiere*.

Infrange cualquier necesidad. Usa de todo y abstiénete de todo por tu voluntad. Hazte dueño de tu alma.

Crea una resistencia. Lo móvil obedece a lo inmóvil y las potencias de la naturaleza subyacen a quien sabe resistirlas. Arribados a la condición de no desear nada y no temer más nada, habrá muy pocas cosas de las cuales no te convertirás en señor; pero no goces de ninguna cosa, si antes no la has vencido en ti.

La Fuerza no se dona. Tómala. Osa.

Libre y equilibrado, fuerte, calmo y puro, tras haber matado al deseo, expresa: DESEO.

Esta es la primera enseñanza. Te sea abierto el umbral. LA FUERZA ESTA EN TI.

Lux

**OPUS MAGICUM:
LA CONCENTRACION Y EL SILENCIO**

La posibilidad de llegar a una completa realización teúrgica y mágica se basa sobre el conocimiento, directo y experimental, que posee el operador de potencias espirituales que constituyen la íntima esencia de la realidad a cuyo conocimiento se llega cumpliendo con un *rito* que ayuda a desocultar facultades propias, desconocidas o demasiado descuidadas.

Aquel que, habiendo elegido la vía a seguir, es fuerte en sí mismo y se encuentra seguro de que su voluntad será dura y firme contra los incontables obstáculos que hallará en el camino, no será arrebatado nunca por un solo instante de debilidad; de modo tal que él abroge de las normas fijadas, que inicie el rito.

Para mayor esclarecimiento de lo que se ha dicho acerca de las operaciones sagradas, daremos algunas breves referencias de textos clásicos de Magia y de Hermetismo, los que podrán mostrar muchos significados, haciendo comprender el modo exacto con el cual las mismas operaciones rituales son ejecutadas.

Es bueno en modo preliminar hacer mención a la esencia de naturaleza humana, la que debe ser *comprendida* justamente en la multiforme variedad de sus símbolos externos y aparentes y de las exposiciones verbales.

“Hay cuatro elementos que constituyen la base de todas las cosas materiales, es decir el fuego, la tierra, el agua y el aire, los que componen todas las cosas terrenales, no por fusión, sino por *transmutación* y por reagrupamiento y en lo cual todas las cosas se resuelven cuando se corrompen”¹. Tales elementos bosquejan, en la realidad física aparente, particulares experiencias del espíritu que puede hallarse en estado operante y consciente, y puesto que “ninguno de ellos se encuentra en estado de pureza, los mismos son en mayor o menor medida amalgamados en-

¹ C. AGRIPA, “*De occulta philosophia*”, I, 3.

tre sí y susceptibles de transmutarse el uno en el otro”². Tal obra de transmutación es cumplida por el Fuego —es decir por el espíritu— que actúa sobre la tierra —o sea la materia— para llegar al cumplimiento del perfecto Magisterio, a la conquista de la Piedra de los Sabios.

Se recuerde: “*Aurum igitur aurificandi verum, unum solum pincipium esto*”³ El principio de perfectibilidad, de dignificación, de sublimación del espíritu está en el mismo espíritu, que llega a crear en sí, o, si nos gusta más, a determinar las condiciones del ascenso. Pero no se crea que esta operación sea fácil, en particular en su faz inicial, dual, que enseña primero a aislar el espíritu, haciéndolo invulnerable a cualquier influjo de lo externo, hasta que, convertido en perfecto tal estado, el espíritu adquiere el conocimiento de sí con modos perceptivos totalmente nuevos.

La necesidad de una constancia asidua y tenaz ha sido simbolizada por los alquimistas en el “Acero de los Sabios”, necesario para la primera operación de la composición del Mercurio, el cual deberá seguidamente actuar sobre los metales, símbolos de las *afecciones* terrenales, que del estado de su inicial impureza, propia de ellos cuando están en la Tierra mezclados con sustancias extrañas, y cuando son apenas separados de la Tierra hasta que, gradualmente sublimados hasta la última perfección de potencias cósmicas —cielos y planetas—, pueden unirse a la esencia del soberano artífice, hasta identificarse a ella en la perfección de la Obra.

La CONCENTRACIÓN es una facultad esencial y de inmediata importancia tras la determinación volitiva adecuada al fin. Para muchos que están acostumbrados al estudio, será fácil concentrarse, reconstruyendo el proceso psicológico de la atención, que sin embargo en nuestro caso, está en las fases primeras libre de cualquier objeto; observando en esto, como en cualquier otro período, la norma general a ser aplicada por un tiempo cada vez más mayor y con intensidad creciente.

Es oportuno notar sobre todo que la concentración puede ser ejecutada de dos maneras: la primera, que podemos denominar externa, posee un carácter puramente cerebral, la segunda es esencialmente un acto del espíritu.

Se comience en un lugar en lo posible tranquilo y silencioso, buscando eliminar todo obstáculo externo para la buena concentración, y se asuma

² Ibid., I, 3.

³ I. FILALETES, “*Introitus apertus ad occl. Regis Palatium*”, c. I.

la postura más cómoda y adecuada, de modo tal que el cuerpo no debe resentirse de la más mínima molestia y que no ejercite ningún esfuerzo muscular, abandonándose completamente, en posición de absoluto descanso. Es aconsejable el uso de un sillón con respaldo alto y brazos aptos para sostener completamente los antebrazos. Nos podemos también recostar de espaldas, con la cabeza sobre el nivel horizontal del cuerpo, dirigida hacia el oriente. En los casos de más personas que operan juntas se observan normas particulares.

El tema inicial de la concentración es el de liberarse del modo habitual de pensamiento, siendo el propio pensamiento como una cosa real, fija, material, maciza que *está* en la mente, en el cerebro, y se condensa y recoge totalmente allí donde tiene su sede y que adquiere tal *densidad* y consistencia que es apretado, aferrado, dominado completamente, tomado y puesto afuera del cuerpo y mantenido afuera. En este acto acontece una gradual división entre el espíritu consciente, puramente consciente de lo que cumple, y el acto mismo, en cuanto cumplido *por* el espíritu, como una cosa que está afuera del espíritu, sobre otro plano de “densidad” y con otra y diferente naturaleza. Y el espíritu de a poco, concentrándose, en la tensión de determinar y de sentir el pensamiento tan concreto, se despega de él como acto de conciencia.

Al efecto pueden usarse diferentes artífices, como por ejemplo los espejos; es de todos modos útil resaltar la oportunidad de *poner* al pensamiento en una cierta distancia. La concentración del pensamiento en lo alto, entre los ojos, es objeto de prácticas particulares para determinados fines.

Otro método de concentración más perfecto, pero también más difícil, consiste en *no ocuparse del pensamiento*, abandonándolo a sí mismo, hasta que, privado de la vitalidad que le deriva de la *atención*, permanezca inerte, ni pueda turbar más el puro acto de conciencia espiritual.

En tal estado está el *silencio*.

La doble función de activo y pasivo que posee el espíritu es expresada claramente en esta frase de FILALETES: “*Est autem aurum nostrum duplex, quod ad opus nostrum expetimus, maturum puta, fixum, Latonem flavum cuius cor sive centrum est ignis purus. Quare corpus suum in igne defendit, in quo depurationem recipit, ut nihil eius tyrannidi cedat, aut ab eo patitur. Hoc in opere nostro vices maris gerit, quare auro nostro albo crudiori, spermati foemineo, conjungitur, etc.*”.⁴

⁴ Op. cit., I “Es sin embargo doble el oro que solicitamos para nuestra obra, por

Y dice también AGRIPA acerca de la naturaleza del fuego comprendida como espíritu vivificador y no como un particular elemento a ser experimentado: "El fuego aparece en todas las cosas y para cada cosa y no está en ninguna de ellas en un mismo momento, puesto que ilumina todo, aun permaneciendo oculto e invisible cuando existe por sí mismo y no se acompaña a la materia sobre la cual ejerce su acción y por medio de la cual se revela. El es inmenso e invisible, *apto por su virtud para su propia acción*, él comprende a los otros elementos, permaneciendo incomprensible, sin tener necesidad de ninguno de ellos, se encuentra apto para crecer por propia capacidad y para comunicar su grandeza a los objetos que colma de sí, etc."⁵.

En el SILENCIO el espíritu, libre de todo lazo, se precipita en sí mismo, se ve y se conoce. Esto acontece en una sucesión de percepciones conscientes, las que pueden ser distinguidas en tres fases sucesivas.

Inicial es una percepción neta de aislamiento, de soledad, en la cual el espíritu viene a posarse como un leve fluctuar de una masa inconsistente y aérea en un medio ligeramente luminoso. Lentamente se tiene la percepción de sumergirse, de abismarse, de descender en alguna cosa que, en vez de ser más consistente, gradualmente se va convirtiendo en más tenue, y al mismo tiempo se tiene la conciencia de una dilatación, como si todo aquello que se encuentra a nuestro alrededor se extendiese lentamente hasta expandirse en lo infinito. Es la primera percepción de lo infinito. Más abajo, más abajo todavía, la ligera impresión luminosa se va atenuando hasta perderse completamente. Sobreviene la oscuridad, la tiniebla espesa, y al mismo tiempo una vaga y siempre más precisa conciencia de mayor densidad del medio oscuro en el cual se hunde: luego parece que el ser, convertido en sólido y de una solidez *negra*, se extiende más allá de sus límites en el universo. Es la segunda percepción del infinito. La consis-

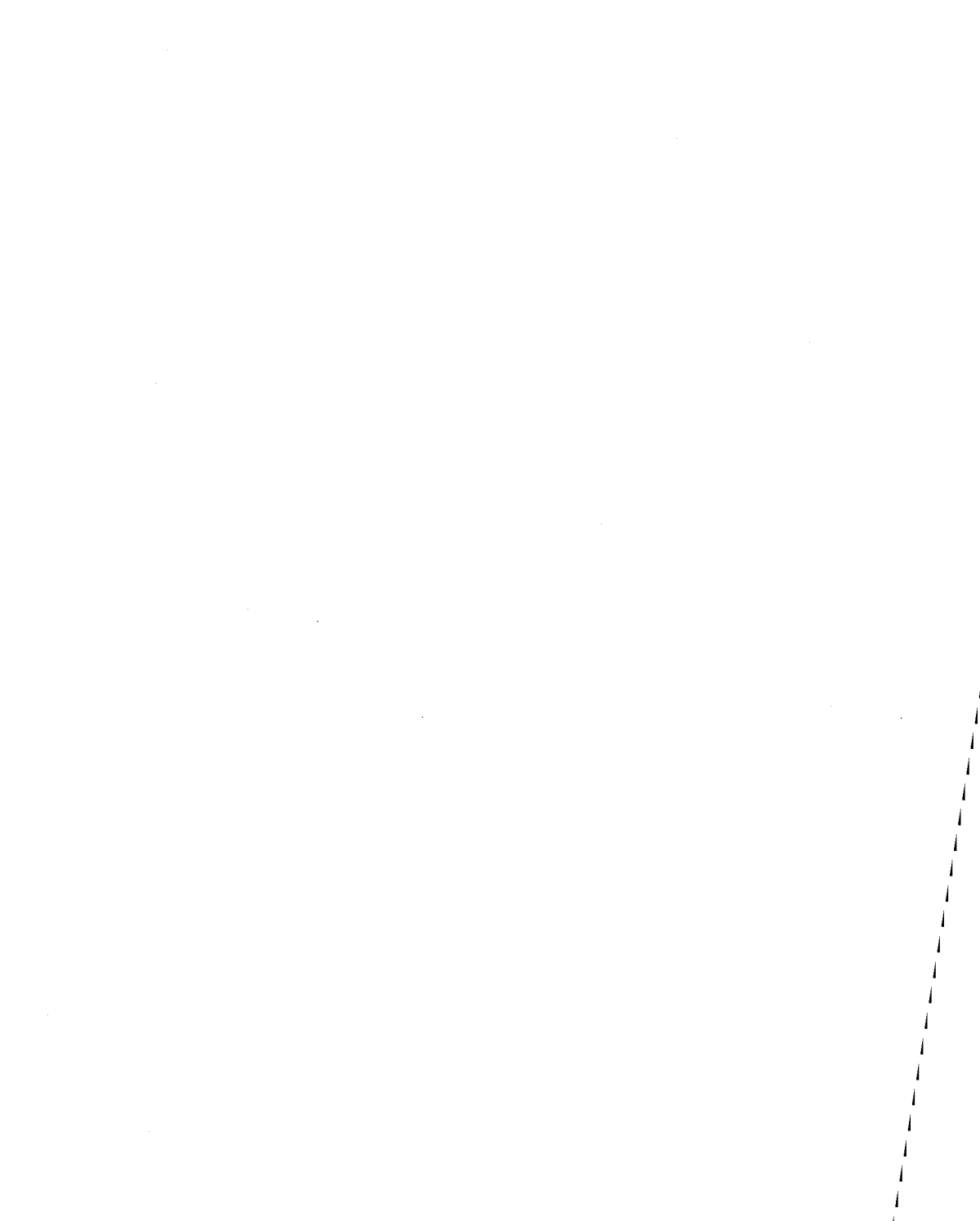
supuesto, maduro, fijo, amarillento Latón cuyo corazón o centro es fuego puro. Por cuya razón su cuerpo se afirma en el fuego, en el que recibe la depuración, para que nada de él ceda a la tiránide, o sea por el mismo padecida. Esto lleva adelante en nuestra obra el vencedor del mar, por lo cual más se encuentra unido a nuestro oro más crudo que el blanco espermático a lo femenino, etc."

⁵ Op. cit. I, 5.

tencia se convierte en más densa, en más maciza, la oscuridad se hace más completa hasta llegar a un negro total, hasta una total opacidad: el espíritu se hunde siempre más. En un determinado momento se detiene, y aquí la solidez es perfecta. Repentinamente parece que toda la enorme masa pedregosa se deshace —impresión instantánea— y, luego, un nuevo abismo se abre, la masa se disuelve y el espíritu se hunde. Vértigo absoluto en el espíritu, que es sólo domado por la conciencia de sí como realidad intangible, indestructible, tenaz y victoriosa. Además de esto, la impresión de oscuridad es de una oscuridad disuelta: aire-oscuridad. Y aun el espíritu resiste, siempre fijo y determinado a vencer las profundidades abismales; y permanece inmóvil. Desde el fondo aparece una nueva luz, que, primero tenue, se convierte gradualmente en intensa, hasta ser percibida con una consistencia ecuórea, que disuelve y muda en un océano de leche la infinitud de las cosas.

Arribados a tal punto, el sentido de la infinitud y de la incondicionada libertad es perfecto, ni existe un estado mejor: “*Requiem adeptus es*”. Pero sin embargo no se debe creer que haya que permanecer así en un estado de absoluta inmovilidad, puesto que, si bien ha sido cumplida la primera necesaria y más difícil operación, permanece ahora la faz constructiva del rito, que no es de escasa importancia y conduce al conocimiento y a la experiencia de modos de comunicación puramente espirituales, enseña a percibir la esencia de las cosas en su inmediata realidad, además de la apariencia formal, realizando interiormente los Nombres de la potencia y los Signos de las cosas. Así pues el espíritu sólo estará en perfecto estado, pero también en acto.

Para una breve comparación con la tradición alquímica, se note que, en los textos, las fases de oscuridad mencionadas están en correlación con símbolos sucesivos que se refieren al color negro. FILALETES ha descrito magníficamente la faz expuesta, en el séptimo capítulo del *Introitus*, luego de haber delineado exhaustivamente todas las propiedades del espíritu actuante y sus determinaciones. El lector que se interesa particularmente en esto se remita al texto y sepa comprender los símbolos *en el espíritu*.



SOBRE EL CARÁCTER DEL CONOCIMIENTO INICIÁTICO

El que se acerca a nuestras disciplinas debe, ante todo, darse cuenta de este punto fundamental: que el problema del conocimiento y el significado del mismo se presentan aquí de manera totalmente distinta de lo que acontece en los restantes dominios de la cultura habitual.

Desde el punto de vista iniciático *conocer* no significa “pensar”, sino *ser* el objeto conocido. Una cosa no se la conoce realmente hasta que no se la *realiza*, lo cual vale lo mismo que decir: hasta que la conciencia no pueda transformarse en ella.

En tales términos el conocimiento se hace una sola cosa con la *experiencia* y el método iniciático es un método experimental puro. Como tipo de certeza en general se asume aquí al que se vincula a todo aquello que resulta por experiencia directa e individual. En la vida ordinaria posee un tal carácter cada sensación, emoción o percepción directa (un dolor, un deseo, un color, una luz). Hablar aquí de “verdadero” y de “falso” no tiene sentido, el asunto es el conocimiento mismo de la cosas de acuerdo a un *Es* absoluto, un *Es* vivido que no espera el reconocimiento intelectual. No hay grados, o aproximaciones, o probabilismos en un saber de tal tipo: o se lo tiene, o no se lo tiene.

Sin embargo para el hombre común un conocimiento semejante se restringe sólo al orden sensible, el cual posee un carácter finito, contingente y accidental. Aquello que ordinariamente él hoy entiende por saber es algo diferente: es un sistema de conceptos, de relaciones y de hipótesis que no posee más el carácter de la experiencia, sino un carácter abstracto. En cuanto al dato inmediato de la experiencia, es decir el que resulta directamente de la propia conciencia, él se inclina a concebirlo como un simple “fenómeno” y *detrás* del mismo llega a poner o a suponer algo a lo cual se le atribuyen los caracteres de la realidad verdadera y objetiva. La misma para la ciencia será la “materia” o el variado juego de las vibraciones del éter, para los filósofos será la “cosa en sí” o alguna otra de sus ideas, para la religión será una u otra hipóstasis divinas. En general, la situación es ésta: se organiza un saber —que es el saber profano— el

cual no va más allá de la experiencia puramente sensible y no posee un cierto grado de objetividad a no ser a condición de trascender también todo lo que tiene un valor de evidencia individual y viviente, de visión, de significado realizado de la conciencia. Parece pues afirmarse una antítesis, en el sentido de que lo que es la experiencia pura, por tener un carácter finito, no es un “saber” y aquello que se considera como un “saber” en cuanto tal, no es experiencia.

Y bien, la vía iniciática va más allá de esta antítesis, indica una dirección esencialmente diferente, a lo largo de la cual no se abandona nunca el criterio de la experiencia directa. Si para el hombre común esta experiencia y la experiencia sensible son todas una misma cosa, la enseñanza iniciática sostiene la posibilidad de más formas de experiencia, de las cuales la primera no es sino una particular. Tales formas corresponden cada una a un determinado modo de percibir la realidad, ellas son susceptibles de transponerse recíprocamente la una en la otra y de jerarquizarse en modos de percepción que tienen un siempre más alto grado de valor absoluto. De acuerdo a tales perspectivas no existe pues un mundo de “fenómenos” y uno “absoluto” detrás de ellos: “fenoménico” es simplemente aquello que señala un determinado grado de la experiencia y un determinado estado del Yo, y “absoluto” es aquello que es correlativo a otro grado de la experiencia y a otro estado del Yo, al cual el primero puede dar lugar por una conveniente transformación. En cuanto a la medida del valor de lo absoluto, se la puede indicar aproximadamente así: ella es dada por el grado de *identificación activa*, es decir por el grado según el cual el Yo está implicado y unificado en su experiencia, y según el cual el objeto de ésta le es transparente en los términos de un *significado*. Y en correspondencia con tales grados la jerarquía procede de “signo” en “signo”, de “nombre” en “nombre” hasta alcanzar un estado de perfecta visión intelectual supraracional, de plena actualización o realización del objeto en el Yo y del Yo en el objeto, que es un estado de absoluta evidencia respecto de lo conocido: estado ante el cual, tras ser alcanzado, todo raciocinio y especulación se aparecen como superfluos y cualquier discusión se encuentra privada de sentido. Así pues es conocido el dicho de que en los antiguos Misterios no se iba para “aprender”, sino para alcanzar, a través de una impresión profunda, una experiencia sagrada ¹.

Como consecuencia de esto, la enseñanza iniciática considera como un factor más negativo que positivo la tendencia de la mente en divagar

¹ SINESIO, *Dion.*, 48.

en la interpretación y en la solución de éste o de aquel problema filosófico, en construir teorías, en interesarse en una u otra de las concepciones de la ciencia profana. Todo ello es vano y no conduce a nada. El problema real posee un carácter únicamente *práctico*, operativo. ¿Cuáles son los medios para obtener la transformación y la integración de mi experiencia? He aquí lo que se debe pedir. Y es por esto que la iniciación en Occidente ha estado asociada menos al concepto de un procedimiento conoscitivo que al de un Arte (la *Ars Regia*), de una Obra (la “Gran Obra: el *opus magicum*”), de una simbólica construcción (la construcción del “Templo”), mientras que en el Extremo Oriente la noción del Absoluto y la de una *vía* se confunden en un solo nombre: *Tao*.

Aparece pues como evidente que aquel “espiritualismo” en mayor o menor medida teosófico que hoy llena la cabeza de sus adeptos con toda especie de especulaciones y de fantasías en materia de cosmología, de mundos y de entes suprasensibles y así sucesivamente, además de otras cosas, puede llegar sólo a fomentar una actitud equivocada ya desde su mismo punto de partida. Es sana iniciáticamente sólo la actitud experimental, práctica, de una mente refrenada y de un actuar silencioso y secreto, bajo el signo del áureo dicho hermético: *Post laborem, scientia*. Es más, nosotros no tememos afirmar que no de otra manera se encuentran las cosas en lo referente a todo aquello sobre lo cual el hombre “culto” de hoy presume una superioridad y se arroga el derecho de pontificar. La cultura en el sentido profano moderno no constituye ni un presupuesto necesario, ni una condición privilegiada para la realización espiritual. Por el contrario. Una persona que ha permanecido afuera de los trivios de la cultura, del científicismo, del intelectualismo, pero que sin embargo se encuentra con el ánimo abierto, equilibrada, valiente, es, para el conocimiento superior más calificada que cualquier académico, escritor o “espíritu crítico” de nuestros días. Así pues aquellos que verdaderamente *son* algo en el campo iniciático son reconocibles por el hecho de que son extremadamente reacios en teorizar y discutir. En tanto ellos divisen en ustedes una aspiración sincera, ellos les dirán: He aquí el problema y aquí están los medios: vayan adelante.

Otra consecuencia del concepto iniciático de conocimiento es el principio de la *diferenciación*, también éste en neto contraste con las ideas que informan el saber profano moderno. De hecho, toda la “cultura” moderna (con la ciencia en primer lugar) se encuentra dominada por una tendencia democrática, niveladora, uniformadora. Para ella vale como “adquisición” lo que en materia de principios se encuentra al alcance de todos; así pues una

verdad para ella es tal sólo en cuanto todos puedan reconocerla, en tanto tengan un cierto grado de instrucción, o en última instancia se hayan tomado el trabajo de efectuar ciertos estudios, los que sin embargo los dejan perfectamente igual que antes como hombres. Las cosas pueden ir bien mientras se trate de algo conceptual y abstracto, que se pueda hacer entrar en la cabeza como una cosa en una bolsa. Pero cuando se trata de experiencia, no sólo, sino de experiencia condicionada por una esencial transformación de la sustancia de la conciencia, deben surgir límites muy precisos. Los conocimientos que se alcanzan por tal vía no se encuentran al alcance de todos, ni pueden ser transmitidos a todos a no ser que degradándolos y profanándolos. Son conocimientos diferenciados, y su diferenciación corresponde a la misma que la iniciación en sus diferentes grados determina en la naturaleza humana. Ellos por lo tanto no pueden ser verdaderamente comprendidos, es decir “realizados”, sino por quienes se encuentran en un mismo nivel, es decir que tengan un mismo grado en una jerarquía que presenta un carácter rigurosamente objetivo y ontológico. Así pues, aun prescindiendo de aquellas exposiciones ocultistas o teosóficas que son simples divagaciones o fantasías, en los mismos niveles del saber iniciático y esotérico efectivo se confirma la inutilidad de una comunicación y difusión de caracteres tan sólo teóricos. Reducir un conocimiento iniciático a una “teoría” es lo peor que pueda hacerse. Aquí en todo caso es la *alusión*, el *símbolo*, lo que puede servir: como algo que provoca unos chispazos. Pero si, como consecuencia, no deriva del mismo el *inicio de un movimiento* desde lo interno, ello también posee un valor nulo. El carácter mismo del conocimiento iniciático impone pues la diferenciación. Para aquellos, para los cuales la existencia ordinaria y la experiencia sensible representan el principio y el fin de todo, es natural que falte cualquier terreno común en lo que concierne a aquel conocimiento que por su esencia es *realización*. Todo ello debería ser visto con perfecta claridad, junto a su natural consecuencia: abandonar la partida o bien admitir, para la verdad y el conocimiento, medidas diferentes de las que han venido a predominar en la cultura y en el pensamiento moderno. La vía de la iniciación es aquella que determina diferencias sustanciales entre los seres y que, en contra del concepto igualitario y uniformador del conocimiento, reafirma el principio del *suum cuique*: a cada uno lo suyo, es decir aquel saber, aquella verdad, aquella libertad que están en proporción con aquello que uno es.

Una objeción que vale la pena considerar un momento es aquella de quien, acostumbrado a moverse entre las cosas tangibles e ideas “concretas”,

sostuviera que los estados y las experiencias trascendentes, de las que se ha hablado, aun admitiendo que los mismos sean alcanzables, al estar ellos encerrados en la esfera “subjetiva”, éstos se agotan en un misticismo. Tal es el criterio del conocimiento como experiencia e identificación comprendidas aproximadamente como un simple sentimiento que no produce ninguna iluminación explicativa, que permita comprender, dar razón de las cosas y, en el fondo, de aquello mismo que acontece en nosotros. En otros escritos examinaremos más de cerca este tema. Aquí será suficiente con poner en claro dos puntos.

El primero es que, cuando se habla iniciáticamente de “identificación”, se trata siempre de una identificación *activa*, no de un confundirse, perderse o hundirse; se trata no de un estado infraintelectual y emotivo, sino de un estado de claridad supraracional esencial. En ello se encuentra la diferencia entre la esfera mística y la esfera iniciática, diferencia esencial, aun si la misma puede no resultar directamente evidente a aquellos que, cuando no se trate más ni de cosas ni de conceptos abstractos, ven una noche en la cual para ellos todas las vacas son negras.

El segundo punto se refiere al concepto mismo del “explicar”; y aquí el discurso si tuviera que ir hasta el fondo, llevaría muy lejos. Se tendría que comenzar con invertir la objeción, resaltando que ninguna de las disciplinas de carácter profano ha provisto nunca ni proveerá jamás una explicación *real*. Aquel que por “explicar” entendiéndose por ejemplo el mostrar la inconcebibilidad de lo contrario, está obligado a indicar en dónde, afuera del ámbito abstracto de la matemática y de la lógica formal (en donde la “necesidad racional”, es decir justamente la inconcebibilidad de lo contrario se reduce a la simple coherencia respecto de proposiciones preliminarmente convenidas), él logre “explicar” verdaderamente alguna cosa. Nosotros pretendemos referirnos a la realidad concreta, pero aquí, desde el punto de vista racional no hay absolutamente nada que sea porque su contrario sea inconcebible a priori, nada, respecto de lo cual, aparte de las diferentes pseudo explicaciones, no se pueda preguntar: “¿Por qué es así y no de otra manera?”

La ciencia antigua y tradicional, a la cual se vincula el saber iniciático, ha recorrido un camino esencialmente diferente: el del conocimiento de los efectos en sus causas reales, de los “hechos” en los poderes de los cuales ellos son sus manifestaciones, cosa ésta equivalente a la *identificación con las causas* en los términos de un estado “mágico”. Sólo un tal estado puede introducir en la razón absoluta de un fenómeno, sólo el mismo “puede

explicarlo” en sentido eminente porque en éste aquel fenómeno es captado, es más, es *visto*, en su génesis real.

De esto procede como consecuencia importante que en la vía iniciática la adquisición del conocimiento va paralela a la de la potencia, confiriendo virtualmente a la identificación activa con una causa un poder sobre esta misma causa². Los modernos creen que acontezca lo mismo con su ciencia, puesto que a través de la técnica ella hace posible las realizaciones materiales de las que cada uno sabe; pero ellos se equivocan grandemente: el poder dado por la técnica es tan poco un poder verdadero de la misma manera que las explicaciones de las ciencias profanas no son verdaderas explicaciones. La causa en un caso y en el otro es la misma: es el hecho de un hombre que permanece hombre, que no cambia en ningún grado sensible aquello que es efectivamente. He aquí por qué las posibilidades dadas por la técnica poseen un carácter también “democrático” y en el fondo *inmoral* como los correspondientes conocimientos: la diferencia de los individuos no significa nada para ellas. Es un poder hecho de automatismos, un poder que pertenece a todos y a nadie, que no es *valor*, que no es *justicia*, que puede hacer más poderoso a uno sin que al mismo tiempo lo haga superior.

A no ser que ello sea posible sólo porque en el mundo de la técnica, no se habla ni puede hablarse de un *acto* verdadero, es decir de una acción que parta directamente del Yo y que se afirme en el orden de las causas reales. Absolutamente mecanicista e inorgánico, es decir privado de relaciones con la esencia del Yo, el mundo de la técnica representa la antítesis de lo que puede tener carácter de verdadero poder, creado por superioridad, signo de superioridad, incommunicable, inalienable, espiritual. Y debe reconocerse que el hombre con su saber respecto de fenómenos y en el medio de sus innumerables y diabólicas máquinas hoy es más miserable y desbandando como nunca lo haya sido antes, es espiritualmente un bárbaro mucho más que aquellos que él presumió poder calificar con tal nombre, es siempre más condicionado en vez que condicionador y por

² Una vez comprendido que conocimiento significa iniciáticamente identificación y realización, no asombrará más el hecho de que en algunos textos tradicionales, tras haber explicado modos o nombres de divinidades, se agrega que quien los “conoce” adquiere ambos poderes; del mismo modo que no asombrará sentir hablar muchas veces de un “secreto” que, “conocido” o “transmitido”, daría la clave de la fuerza. Solo unos simplotes podrán creer que se trata aquí de alguna fórmula que se pueda comunicar verbalmente o por escrito.

ende expuesto a reacciones en un juego de fuerzas irracionales que convierten en efímera la ilusión de su potencia exclusivamente material y ejercida sobre cosas materiales. El se encuentra alejado de la vida de la realización de sí como nunca lo fue el hombre de cualquier otra civilización: porque un sucedáneo, que puede incluso llamarse diabólico, del conocimiento y del poder tienen en él el lugar del conocimiento y del poder verdadero.

Esto es, repitémoslo, en el orden iniciático, *justicia*, es sanción de una dignidad, emanación natural e inalienable de una vida integrada, según los grados bien definidos de una tal integración. Así como el saber, conseguido más allá de la incertidumbre y de la ambigüedad de los fenómenos sensibles, en este orden no se refiere a fórmulas o a abstractos principios explicativos, sino a entes reales captados por inmediata percepción espiritual, del mismo modo el ideal del poder es aquí el de una acción que se efectúa no debajo de los determinismos naturales sino por encima de los mismos, no entre fenómenos, sino entre causas de fenómenos con la irresistibilidad y el derecho propio de quien es superior: superior, por haberse efectivamente disuelto de la condición humana y por haber conseguido el despertar iniciático.

II

Lux

OPUS MAGICUM: EL FUEGO

El elemento *fuego* es considerado como el más importante, si bien no como el único, en el orden del ritual mágico.

Muchos y diferentes significados le son atribuidos, de acuerdo a las particulares funciones por las cuales es asumido y, entre los otros, sobre todo, el de principio vivificador y el de elemento purificador de los que nos ocuparemos.

Es oportuno mencionar, entre los muchísimos símbolos que se refieren al fuego, el analógico del *ignis centrum terrae*¹, el fuego central, común a toda tradición. En el hombre, el corazón está en el centro, rojo de caliente sangre que parte de allí hasta penetrar, cual onda de vida, a todo el organismo: y es representado como llameante y luminoso. Llamas y luz de amor, se dice, pero para comprender esto más exactamente, se recuerde que el corazón es indicado en el antiguo Egipto como el órgano de la inteligencia, facultad exclusivamente espiritual, y que es la más perfecta e inmediata manifestación del espíritu, inviolable en su carácter peculiar de absoluta espontaneidad armoniosa. En los jeroglíficos el corazón está representado por una vasija, *h'tj*, con dos asas, u *orejas*. Tal exactitud de significados, a poco a poco subvertida en los últimos veinte siglos, hasta atribuir al cerebro no sólo la función orgánica del pensamiento ordinario, sino también la de la “intelección”, ha sido sin embargo llamada en forma precisa como el *intelecto de amor* por Dante. Nótese todavía cómo en el lenguaje moderno hay formas que se refieren a ello, respecto de una particular función de la inteligencia en el término: *recordar*, y en las frases: *apprendre par coeur*, *learn by heart*, etc.², y se note también la diferencia

¹ En el simbolismo la “tierra” —así como también la “piedra”— representa al cuerpo humano, con especial relación a su condición de ser la Materia de la Obra: “Sobre esta piedra construiré mi templo”.

² DANTE en varios lugares ha indicado claramente lo que se ha dicho y en particular en la *Vita Nuova*, 2: “*In quel punto dico veracemente che lo spirito della luce, lo quale*

entre: *recordari* y *meminisse*, entre *ricordare* y *rammentare*. La ciencia del lenguaje podría dar una contribución notable al psicólogo moderno, iluminando algunos puntos hasta ahora oscuros, sugiriendo al observador atento el significado perdido de muchos símbolos.

Por lo tanto es necesario que en el rito sean reconducidas al estado de primitiva y perfecta armonía y conciencia todas las funciones del espíritu en sus relaciones con el cuerpo material; y no es sólo necesario persuadirse acerca de tal o tal otra verdad, sino que se debe operar de manera de ubicar al espíritu en el pleno centro de aquello que opera.

El rito que se menciona aquí se asienta en la práctica de la respiración, que es ejecutada con la fórmula $2n$ (inspiración), n (retención), $2n$ (expiración), n (retención), en una primera fase; $2n$, $4n$, $2n$, n en una faz posterior. Se advierte sin embargo que también puede ser cumplido sobre la primera de ellas. De esto se hablará en otra parte; por el momento sea suficiente conocer el significado, asumido en la Concentración y en el Silencio, del espíritu que, en cuanto esencia animadora y sostenedora del hombre, tiene como símbolo a la respiración, indispensable para la vida corpórea, así como el fuego es indispensable para cualquier forma de vida física. De allí la “respiración de fuego” en los diferentes simbolismos. Esto se menciona para dar una guía en las experiencias que presentan a veces varios aspectos simultáneos.

Recostados, tras haber realizado la perfecta ritmicidad de la respiración en las fases antes mencionadas, de modo que tal función orgánica permanezca por igual con absoluta espontaneidad, sin reclamar más atención alguna, se descienda hasta las raíces del ser con la “concentración” y con el “silencio”. Alcanzada la faz suprema, liberado el espíritu, se determine esto, sea realizado como una pequeña llama ardiente en el corazón. Se experimente el cuerpo como invadido por una *ola* de tibieza sutil que fluye por las venas, por los nervios. Arda la llama: “YO SOY”. El corazón parecerá quemar y disolverse en el elemento del Fuego mágico.

dimora nella segretissima camera del cuore, etc.” Entre los Latinos PLAUTO por ejemplo dijo: “*Mihi sunt tria corda*” para indicar que él conocía tres lenguas, el Osco, el Latín y el Griego.

En éste la dificultad mayor que puede hallarse (si es que dificultad es el término más adecuado en relación a un tal acto del espíritu) se encuentra en el *descenso* de la conciencia, del espíritu o del Yo (tal como se lo quiera llamar), en el corazón. Se está en efecto acostumbrado a sentir, a vivirse a sí mismo en el cerebro: alguno puede también sentirse en un órgano del sentido, cuando la percepción es de tal violencia e intensidad de atraer hacia un determinado punto del cuerpo toda atención, de modo tal que parece, por un instante, ser *hundidos* allí donde es suscitada la sensación de dolor o de placer. Análogo es el proceso de descenso en el corazón, salvo que no es percibida ninguna de las aquí mencionadas sensaciones ³.

Se recuerde “el sentido de infinitud y de incondicionada libertad del espíritu” que es el último estado del *silencio* ritual. No debería pues haber ninguna dificultad para operar perfectamente, determinando al espíritu a concentrarse, a *coagularse* en donde quiera. Sin embargo la costumbre de la conciencia vinculada a un instrumento como el cerebro, es tal que el espíritu es automáticamente atraído allí donde él se atribuye la sede normal. Es pues necesario en tal caso realizarse y sentirse como una masa de leve consistencia que, desde el cerebro descienda a través de los centros de la laringe y desde la laringe, abajo, hasta el corazón lentamente siguiendo una línea ideal y no corpórea, dulcemente y sin esfuerzo alguno. La espontaneidad misma se actualiza en la acción mágica y en su forma mas perfecta y completa.

Tibio silencio y vagamente luminoso —el cuerpo, en el acto de la determinación del espíritu, adquiere una consistencia bituminosa, cuyos límites son indeterminables en el espacio— el espíritu se asienta, más denso y lu-

³ A tal respecto podrá ser útil hacer referencia a estas instrucciones contenidas en un antiguo código del convento del Monte Athos, redactadas por el abad XEROCARCAS:

“Ponte a sentar solo, en un rincón. Permanece atento a lo que yo te digo. Cierra la puerta y eleva tu espíritu por encima de toda cosa vana y temporal. Por ende agacha el mentón sobre el pecho y con todas las fuerzas del alma abre el ojo que percibe, el *que está en el medio de tu corazón*. Frena también las salidas del aire, de modo tal de no respirar demasiado fácilmente. Esfuérzate por encontrar el sitio preciso del corazón, en donde se encuentran destinadas a habitar todas las fuerzas del alma. Desde el comienzo encontrarás oscuridad y resistencia de masas impenetrables; pero si perseveras y continuas este trabajo, de día y de noche, terminarás hallando una alegría inexpressable; puesto que, apenas ha hallado el lugar del corazón, el espíritu ve aquello que antes no ha estado nunca en grado de conocer. El ve entonces que el aire, que se encuentra entre él y el corazón, resplandece claro y perceptible con una luz ‘milagrosa’ ”.

minoso, más cálido. A pesar de que falte la *percepción* de espacio corpóreo, tiene *conciencia* de su localización en éste —una ola de cálida luz fluctúa—, el cuerpo se convierte en cada vez más denso, mientras que el espíritu se dirige hacia el corazón —acto de conciencia: “Estoy en el corazón, lo siento, *lo vivo*”— del mismo se es ahora conscientes como de una nueva maravillosa inmensidad, de la cual muy pocos tienen conciencia, no más restringida en el habitual límite físico, que extiende su masa *ígnea* hasta los límites de la tiniebla.

Y ahora un esclarecimiento que debe ser comprendido partiendo de lo profundo: La vida del hombre ordinariamente es tal que su acción no se da directamente los propios objetos, sino en vez los recibe a través del trámite de los sentidos físicos que se los imponen. Así, en realidad el hombre llega a depender de todo lo que le es externo y extraño, de todo lo que no es él mismo. Ni el complejo funcionamiento de los reflejos nerviosos es suficiente para afirmar una verdadera libertad suya.

De tal estado de hecho procede el concepto fundamental de *impureza*, que, según los rituales clásicos de los diferentes sistemas de iniciación, debe ser resuelta en la pureza originaria por el ardor de la llama secreta, antes de que el neófito se adentre en el conocimiento y en el uso del poder mágico. El fuego del espíritu está pues dirigido inicialmente a la catarsis de aquellos elementos oscuros que hasta entonces han dominado incontrastados, a quemar en el supremo acto de un perfecto “conocimiento” aquello que es “ignorancia”, a penetrar en las vísceras de la “Tierra” y a purificar los “metales” de las escorias; “Oro”, que por medio del “Azufre” eleva a su dignidad a los inferiores, Esperma que unido al Menstruo de la Meretriz genera al Niño Divino ⁴.

Ritualmente: Fijado el espíritu en el corazón, que aparece cual masa *ígnea*, como se ha dicho, afloran a la conciencia, más allá de los límites de la tiniebla, olas y resplandores luminosos, símbolos y medios de la informe vida pasiva. Que en el corazón cree el espíritu una llamecilla, que cam-

⁴ La “Meretriz” en varios textos alquímicos y gnósticos simboliza al principio húmedo, justamente en sus caracteres de brama y, al mismo tiempo, de pasividad, de actitud lábil para recibir indiferentemente cualquier forma. Asumido y actuado por el principio *ígneo* iniciático, el mismo se transforma y se fija, dando lugar a la naturaleza de los regenerados. Le corresponde entonces el símbolo de la “*Virgen*” que posee *bajo* el pie el signo lunar y serpentino, expresivo de su originaria naturaleza, y que entre los brazos trae al niño divino, el “Hijo del Arte”.

bie su esencia en la naturaleza de aquella. La llama arda y arda *por sí misma*, sin otro alimento que no sea su maravilloso poder de cumplirse: luz resplandeciente en el rojo oscuro del corazón.

Sin tiempo.

Luego la llama-espíritu-consciencia se aumenta a sí misma, a poco a poco, se haga más grande, mayor en el esplendor y en el ardor, más fuerte, más tenaz, más viva y vívida, más dura que la adamantina dureza...

Siempre, siempre más.

Y más allá de los límites del corazón arda y se consume, se expanda hasta invadir a la totalidad del ser corpóreo y disolverlo en sí.

La purificación de los elementos llega así a cumplirse y el espíritu a adquirir gradualmente el inmediato control, la percepción consciente de cada órgano, de cada mínima parte del cuerpo físico.

Después de haber alcanzado y haber *fijado* el último estado mencionado, se proceda a la inversa por un retorno a la normal conciencia, siguiendo el espontáneo sucederse de las fases, análogas a las precedentes, hasta a la forma de una pequeña llama en el corazón. Entonces, bruscamente, se interrumpa el rito, permaneciendo así.

Después de algún tiempo será fácil conducirse rápidamente en el corazón y suscitar en él la llama que, finalmente, permanecerá como un acto interior, en todo el curso de la jornada; como también será fácil, partiendo desde el corazón, penetrar cualquier parte del cuerpo y vivirla en sus complejas funciones. Así la conciencia, restablecida definitivamente en su sede natural, tendrá manera de experimentar estados diferentes de los habituales de un determinado tiempo y de operar consecuentemente, realizando aquello que ha sido expresado en los símbolos de la inextinguible llama.

Es oportuno que el rito expuesto sea ejecutado en medio de la jornada, cuando el sol se encuentra en el vértice.

ABRAXA

LA TRIPLE VÍA

Te sea manifiesto el primer deber de nuestro Arte: debes arrancarte de la naturaleza húmeda en la cual te hallas sustancializado y regenerarte en la fuerza solar, de modo tal que seas convertido por ella en un “ser que es”, en un centro que, en tanto que desvinculado de las condiciones de las naturalezas sublunares, *respira*. Tú debes agotar la sed, la fiebre, la brama incesante y oscura hacia la existencia: conoce en esto la condición para pasar más allá de la ley de los hombres.

Pero esta operación (que encontrarás en los Hermetistas con los nombres de “mortificación” y “putrefacción”) puede ejecutarse por caminos diferentes. Conócelos, pero sabe también que los mismos no son por igual excelentes en relación al deber último. Aferra pues de cada una de ellas lo que te sabe dar, de modo tal que, por una composición de las mismas, tú puedas alcanzar el sentido del magisterio perfecto.

1) Hay una primera dirección que llamaré *experimental*. Aquí el desarrollo posee un carácter discontinuo: se trata de transformaciones de la conciencia de un estado a otro sin una conexión intrínseca entre los dos. El yo, simplemente, es *llevado* del uno al otro: es un instantáneo identificarse o despertarse en este o en aquel estado, sin el concurso de una directa iniciativa, propiamente individual, y de una verdadera y activa preparación. Así como en una experiencia química se conocen los elementos y las condiciones para que se produzca un cierta combinación, pero el resultado se nos presenta como una cosa nueva, como una sustancia nueva, del mismo modo hay métodos similarmente precisos, pero que conservan un carácter análogo en cuanto a los estados que producen.

En esta categoría se pueden mencionar la técnica que se basa en la acción de sustancias particulares dentro del contexto de determinadas facultades del alma; como también algunas prácticas de *hatha-yoga*, eficaces en el presupuesto de ciertas disposiciones psico-físicas. Puedes también mencionar experiencias suscitadas para fines determinados en forma directa por quien posea un cierto poder y, finalmente, una serie de fenómenos en apariencia espontáneos, como la instantánea liberación, por relampagueos

o imponiéndose definitivamente, de modos extranormales de sensación o de autopercepción en la conciencia. También en estas dos posibilidades, en efecto, se mantiene una discontinuidad e instantaneidad que transforma los estados de conciencia. “Antes esto, luego esto”.

El lado negativo de tal camino reside en el hecho de que las realizaciones al que el mismo puede conducirte poseen generalmente un carácter de excepción. No aprensión, sino conocimiento repentino es lo que aquí se tiene, pues una posesión efectiva y permanente reclamarían aquí una técnica tal de *mortificar* completamente, o transformar, al ente natural: de otro modo te volverías a encontrar en el mismo punto de partida, una vez que haya cesado el impulso, puesto que el sentido de ti ha conservado su costumbre de identificarse con algún ente. Cuando en vez *todo* fuese quitado del medio, queda claro que *si* subsistes, el nuevo estado será tu misma conciencia regenerada. Digo: “*si* subsistes”; pero sé prudente, puesto que son *muchas* las posibilidades; si sólo por esta vía tiendes al cumplimiento total, entonces que tu salto *sea bien corto*: y si no habrás pasado totalmente “más allá”, deberás combatir ásperas luchas, disponiendo de un instrumento aminorado ¹.

El lado positivo de esta vía viene del hecho de que la discontinuidad entre el modo normal y los modos iniciáticos de la conciencia no puede ser removida totalmente. Son éstos redespertares, iluminaciones repentinas, evidencias de una novedad tal que falta cualquier posibilidad de adecuada prefiguración. Habrá un aproximarse, un tender hacia ellos, pero la transformación, la *presencia*, será siempre un salto. Por otro lado, sólo a partir de esta “presencia” permanece infundido en ti un poder trascendente de comprensión y de acción, sin el cual cada esfuerzo tuyo sería vano. Tu ojo permanecería buscando adentro de sí mismo, encerrado en la tiniebla, tu voluntad permanecería vinculada, luchando, obtusa, ignorante de la claridad liberada, de la levedad poderosa de las esencias superiores.

Así pues en nuestro camino tú hallarás también elementos del método “experimental”, los que sin embargo van integrados con una iniciativa individual transformadora, de modo tal que los estados trascendentes

¹ Véase SINESIO, *De insomniis*, 4-5, en donde se habla de aquellos que buscaron reconquistar su libertad con la fuerza, llevando su espíritu “allí donde la conquista de la naturaleza no puede llegar”. Pero “si el salto se cumple más acá de los límites, son necesarias las luchas más ásperas. Aun si ellos después renuncian a ascender, padecen el castigo por su intento”.

puedan ser asimilados y todo tu ser pueda manifestarse en ellos; y en ellos tu no permanecerás perdido, determinado y “raptado”, sino activo, afirmativo, presente.

2) La segunda dirección representa aquello que, siempre que presuponga una oportuna integración iniciática, puede propiciar o proveer la *experiencia mística*. Es un método que actúa esencialmente con el alma y con el sentimiento.

Para comprenderlo correctamente debes saber que el secreto de la orientación se encuentra en crear en ti un estado de *ser dos*. Debes desplegar —primero imaginándolo y luego realizándolo— un principio superior, que se ponga enfrente de todo lo que eres habitualmente —vida instintiva, pensamiento, sentimiento—, que lo controle, contemple y mida con claro conocimiento, de momento en momento. Seréis así dos: tú frente al “otro”, y conocerás de tal modo el significado de los “diálogos interiores”, el mando interior y la obediencia, la interior solicitud y la obtención del consejo, tal como te los dan en modo figurado muchos místicos cristianos e islámicos, tal como se reflejan también en la forma de muchos textos hindúes, compilados bajo la forma de diálogos, en los cuales las personas no son personas efectivamente, sino que son realizados por el discípulo despertado como entre dos partes de su misma alma.

La obra consiste en definitiva en una “inversión”: harás del otro el “yo” y del “yo” el otro. De acuerdo a que la persona se concentre en uno u otro de ambos principios, tendrás así la *Vía Seca* o la *Vía Húmeda*, el método mágico o el método místico.

En el místico la mente crea un “otro”, el que sin embargo permanece “otro” (el Maestro, el “Cristo” a imitar, cuando no también la misma imagen de la Divinidad). El yo no se transforma aquí; permanece en vez en la parte femenina hecha de deseo, de necesidad, de ser y como *alma* tiende hacia El en un impulso de renuncia, de amor, de adoración, de entrega completa. *Sui juris non esse*, morir completamente a la propia voluntad, darse a Dios con interna humildad y pobreza, consagrándole todo acto con pura fe, no queriendo nada para sí, en un sufrimiento y en un amor indecible: he aquí lo que requiere la “mortificación” de parte de quien haya elegido la “Vía Húmeda”, no poseyendo la fuerza de un desapego activo, sino anhelando al Eterno con el centro de sí en las “Aguas”, en el “alma”, en aquello mismo que debe debilitarse ².

² Hay que resaltar aquí que ésta es tan sólo una de las interpretaciones posibles de la “vía húmeda”.

Pero esta vía posee muchas imperfecciones. Sobre todo la dificultad de trascender el dualismo propio del amor (en la unión propia del amor el amado y el amante se comunican pero permanecen distintos) hacia la *identidad* que es ley de toda verdadera realización iniciática. Así también en los vértices de la teología mística cristiana (que sigue justamente esta vía) verás cómo subsiste un dualismo, el cual raramente da lugar a la verdadera transformación según la sustancia en el “otro”, en la que la dualidad se revele, junto a las correspondientes personificaciones divinas, como la parte de una determinada fase del proceso.

La relación de deseo y de amor es además negativa y dependiente, posee el carácter de la *necesidad*; e invertirlo en la orientación puramente afirmativa, central, suficiente, de las naturalezas solares, reclama un salto cualitativo y un valor hacia el cual la naturaleza de la anterior mortificación crea en cambio en el místico un serio prejuicio.

En razón de la disposición de la cual se parte, la que no es aquí un activo atraer y determinar, sino una mera espera, un deseo, un impulso, sucede además que los estados trascendentes aparecen como *revelación*: tú no permaneces *integrado* en ellos, sino pasivo y desarraigado, sometido a su poderosa potencia de milagro. “En medio del estupor nace un acto: es la acción de la gracia”. “¡Señor no soy digno!”, dice RUYSBROECK. “Entrarás en la luz, pero no tocarás la Llama”, lees en la *Luz del sendero* (12, n.).

Sea sin embargo por ti, como místico, realizado también el “estado de unión”. El mismo te transportará, te absorberá; desembocando en la Luz universal serás súbitamente esta Luz misma. En el acto de apagarse satisfaciéndote en la brama por Dios, tu centro se ahogará y tal ahogo te parecerá el Bien supremo y la meta última. El “éxtasis” es conocido en cambio en nuestra vía en vez sólo como una prueba a *atravesar* y como un “solvente”, pero para nada como la meta final ³. No se trata de “salir” de nosotros (éxtasis=salir), sino de volver a entrar, de retomar posesión de la “sede del Centro”. La Luz mística representa para nosotros a las “Aguas superiores”, en las cuales tu ser no debe venir a menos, sino en vez *volver a levantarse*.

El lado positivo de esta vía se encuentra en la parte que ella deja de diferentes modos a la iniciativa individual. Ten cuidado sin embargo que el místico, sea en la creencia en la realidad objetiva distinta personal del ideal de su principio superior (por ejemplo Jesucristo o Dios mismo a ser

³ En los términos de hermetismo alquímico se podría hacer referencia en parte a la “Obra en lo blanco” a la cual le puede seguir la “Obra en lo Rojo”.

imitados), sea en la no referencia a sí mismos de la acción regeneradora (la “acción de la gracia”), pone inconscientemente en obra algunas leyes generales de la praxis trascendente. Tales leyes quieren que una imagen “actúe” precisamente cuando no sea *pensada*, sino presentada figuradamente y fijada contemplativamente en la imaginación, y *amada* como si fuera una realidad verdadera, diferente del contemplador; y quieren que la brama por la superación de sí sea matada, que tu ser interior se yerga en silencio, por una fuerza impersonal calma y oculta, y no bajo el deseo de crecer, que paralizaría el mismo crecimiento de sí y valdría sólo para endurecerte en razón de un inevitable reforzamiento del vínculo del Yo. Estos son puros detalles de técnica que no tienen nada de moral ni de religioso ni de sentimental, por más que el místico los viva en vez justamente bajo este aspecto ilusorio y mitológico. Por ejemplo en la “imitación de Cristo” valen una serie de imágenes, que actúan suscitando fuerzas sutiles aptas para producir una “mortificación” primero, luego una “resurrección”, aun si nunca hubiese existido el Cristo.

Ten presente en fin que para el hombre de hoy la misma Vía Regia inicialmente parte del principio húmedo, aun si después esta agua deba ser convertida en árida y seca. A la Vía en efecto conduce muchas veces un *hambre* del espíritu, una necesidad despótica de todo tu ser. Es el “grito ronco e inarticulado de la naturaleza húmeda”, del cual un “*logos* de luz” —según el “*Pimandro*” — recaba un “fuego puro, sutil, que penetra hacia lo alto”.

Puedes comprender así como formas intermedias entre la Vía seca y la Vía húmeda especiales métodos que se basan sobre una exasperación hasta el autoexceso de energía de la naturaleza inferior. Es la vía sacrificial, el extatismo violento y orgiástico-dionisíaco y también la vía de los *Tántricos*. Se te hablará luego.

3) En la vía mágica, seca o solar, crearás no inconsciente y pasivamente como en cambio hace el místico, sino consciente y volitivamente, una dualidad en tu ser; te conducirás pues directamente hacia la parte superior, te *identificarás* con aquel principio superior y subsistente, al cual en vez el místico tiene identificado con su parte inferior, en una relación de necesidad y de abandono. Lentamente, pero siempre más, fortificarás este “otro” que eres tú mismo, le crearás supremacía, hasta que sepa tener por debajo de sí a todas las potencias de la parte natural y disponer plenamente de ellas. Se te impone así una disciplina de firmeza y de desapego, hasta que sea creado un equilibrio, la cualidad de una vida dueña de sí, libre

respecto de sí, purificada de la instintividad, del apetito oscuro del ser natural sea en la carne como en la mente. Sólo entonces podrás eventualmente usar fructíferamente, como auxiliar, alguna “agua corrosiva”, expresión alquímica para los métodos violentos (sustancias tóxicas y sexo, suspensión de la respiración, etc.); al atacar el encadenamiento natural, ellas darán al núcleo fijo y apto ya constituido una posibilidad de expandirse, de irrumpir más enérgicamente; pero si tal núcleo en vez no estuviese ya constituido, ellas por disolución te conducirían no arriba, sino debajo de la condición de la cual has partido.

La disciplina afirmativa se integra con *transformaciones* provocadas con algún método directo, sobre las cuales sin embargo todo el ser se reafirma en modo dúctil y firme, digiere y se hace digerir y se eleva pleno, no dejando nada por detrás. Los saltos serán ritmos más rápidos en los cuales tú debes ser capaz de transformar tu lento ritmo de ser encarnado a la manera misma de un nadador que atrape el curso de una ola, la asuma y se haga llevar por ella; pero donde llega, es él mismo quien llega y a sí se remite, permaneciendo afirmativo, firme y central.

La naturaleza solar y áurea podrá entonces romper en ti el equilibrio y ser la *más fuerte*; el otro —tu yo, tus sentidos, tu mente— estará *debajo* de ti. Y podrás también suspenderlos: convertirlos en inertes, neutralizados, fijos: es el *Silencio*, la “extinción de la manía”, la disipación de la niebla. Entonces en tu ojo esclarecido centellará la visión cíclica, integral: *verás* tu esencia trascendental, el destino de los seres y de todas las cosas y el reino de “Aquellos que son”. Concebirás el modo del acto en estado libre, del movimiento inmaterial actuante afuera de cualquier espacio o cuerpo con una rapidez creativa sin tiempo. El centro se amalgamará en ti, con toda la naturaleza que no deviene y de ella recabará una virtud divina que se traduce en poderes milagrosos. Podrás dirigirte entonces al conocimiento de los Nombres y a las nupcias con las “Letras”. Serás *iniciado*.

El “Conocimiento de las Aguas” y el sentido del despertar estén integrados con la noción de estas diferentes posibilidades de método para un poder de conocimiento y de discriminación, antes de que te sean expuestos los elementos de la práctica mágica.

LEO

ACTITUDES

En el ensayo anterior, denominado “*Barreras*”, hemos delineado algunos cambios en la visión, los que deben hacerse en *orgánicos* en nosotros. Por cierto es necesario un largo período de tiempo para abatir ciertas condiciones arraigadas que paralizan cualquier posibilidad de realización interior. Nosotros nos sentimos libres en el pensamiento y nos parece haber obtenido un gran resultado cuando el mismo ha cambiado respecto de algún prejuicio tradicional. En vez con ello estamos sólo al principio. Hay ideas que se han convertido en partes orgánicas de nosotros mismos y en el momento de traducir en realidad tal tarea, el obstáculo superado con la mente existe todavía en nosotros e inhibe la experiencia. Nos maravillamos de no obtener resultados porque ignoramos que en nosotros mismos alguna cosa se ha opuesto. Si sabemos todo esto, entonces nos será posible tomar consciencia de este dualismo entre simple pensamiento y constitución interior, entre pensamientos ligados al cerebro y pensamientos que viven *en esencia* adentro de nosotros mismos, radicados en otros órganos. Hemos mencionado el *ritmo*. Y bien: en tanto el cerebro pierde interés en el concepto conocido y repetido y lo deja libre, entonces comienza la posibilidad del descenso en nosotros del concepto mismo. Este se convertirá en nosotros en una fuerza real.

Lo que nosotros hemos dicho a propósito de los cambios en el conocimiento y en la nueva visión —infinita— acerca de sí y del mundo, los que ritmizados se convierten en un nuevo sentido acerca de nosotros mismos y del mundo mismo, debemos repetirlo también a propósito de algunas actitudes de evocación y cultivo que son condición indispensable del desarrollo: ellas no deben permanecer en la superficie de nuestra conciencia; no es suficiente con pensarlas y ni siquiera con practicarlas: tienen en vez que penetrar hasta la raíz de nuestro ser comprendido en su integridad.

Una de estas actitudes puede denominarse como el *sentido del aire*. Nosotros podemos vivir en la imaginación el elemento “aire” que todo lo

penetra y vivifica, y también su mutación, su silenciosa presencia, todas las graduaciones del movimiento, desde el desfloramiento sutil, insensible, hasta la fuerza, el ímpetu, la violencia. Nosotros lo sentimos infinitamente libre, sin raíces, sin orígenes, sin causa, preparado a las variaciones más extremas en un abrir y cerrar de ojos. Después de que nuestra imaginación, tras haberse adueñado de este sentido, lo habrá *sentido* y vivido, es necesario *transfundirlo* en nosotros, *hacer del mismo un estado de nuestra propia conciencia* a ser mantenido firme ante las experiencias con el mundo externo.

Esta, del mismo modo que las otras formas de la imaginación de las que se haga un uso iniciático, debe ser transportada desde el centro de la cabeza hacia el “corazón”: es aquí donde la imagen puede transformarse en un estado interno, convertirse en una cualidad afín, en un *poder* análogo. Aquello que hemos llamado como el “sentido del aire” se convierte entonces en un sentido profundo de libertad ante todo lo que hay en nosotros de hereditario y de automáticamente adquirido. Es una liberación de las cadenas de las reacciones instintivas, de las reacciones desproporcionadas o deformes, es una elasticidad que permite hacer surgir, junto al máximo reposo o recogimiento, el máximo despliegue de fuerza activa. Es el sentirse desprejuiciados y listos para recibir conocimientos y experiencias en su verdadera luz que les es propia, sin las deformaciones instintivas y afectivas. Poseer todas las fuerzas del pasado, pero poder también renacer en cada instante con un sentido de ser *nuevo*.

Otra actitud imaginativa es aquella que puede llamarse el *sentido del fuego* o sentido del calor. Ella consiste en tener la imagen del goce benéfico del calor, sintiéndose penetrados y vivificados por éste —como tratándose de una vida fecunda en nosotros y afuera de nosotros— presente y perenne como la luz solar. Sentir en nosotros este calor como cosa nuestra, como si el sol estuviese en nosotros radiante.

Esta imagen se llevará espontáneamente en el “corazón”; ella hallará espontáneamente la vía hacia los centros sutiles del corazón, puesto que no es posible sentirla intensamente y mantenerla al mismo tiempo en el cerebro. Este centro-calor que se despierta en nosotros deberá estar siempre presente en nuestra experiencia interior, como *emoción activa* contrapuesta a las emociones reflejas y pasivas provocadas por causas exteriores. No

es posible un despertar gélido y puramente cerebral. Todas las reglas y las direcciones de educación iniciática no darán frutos sin este sentido del fuego despertado en el corazón. Es por esto que los hombres en el pasado han intentado la vía de la devoción, pero ésta estaba demasiadas veces inficionada por prejuicios y por emociones pasivas y no podía darnos el conocimiento. Descendiendo en el corazón los hombres perdían el sentido del yo para perderse en lo sensitivo-sentimental.

Es fácil subvaluar las prácticas que hacen uso de imágenes pareciendo las mismas pobres cosas frente a las grandes promesas de las ciencias esotéricas. Pero la experiencia de quien ha intentado y recorrido vías diferentes perdiendo tiempo y energías me empuja a hacer ahorrar a los nuevos arribados errores que dejan ampliamente su huella y deforman la armonía de nuestro ser. Las menciones de prácticas aquí expuestas nos acostumbrarán a vivir intensamente en los movimientos interiores sustrayéndonos de las impresiones sensoriales y aun con toda la vivacidad y la realidad propias de estas últimas. Tendremos así un espontáneo desarrollo de aquellos poderes sutiles que actuarán en el conocimiento superior.

Será también necesario prepararse para lo que deberemos ver y conocer anticipando el conocimiento con una visión mental clara de lo que nos espera. Suponemos una imposibilidad: un hombre que ha vivido por toda su vida en una celda oscura, sin contactos humanos, sin luz y sin sonidos, que de repente fuese lanzado afuera en el medio del mundo. Lo que acontecería de él sería terrible. Y sin embargo tal es la condición de aquel que, habiendo vivido en la estrecha prisión de los sentidos, de repente sintiese abrirse a la visión espiritual.

Aunque él pudiese superar el sentido de extravío y de terror, él sabría ver, pero no sabría decir qué cosa ve y tanto menos saber cómo ve. Y lo que los hombres buscan no es tanto alguna poderosa condición extática, cuanto en vez la conciencia y el conocimiento del mundo espiritual en sí y afuera de sí.



GLOSAS AL “*OPUS MAGICUM*” PARA EL CAPÍTULO II

Los escritos de “Lux” y de “Leo” comprendidos en tal capítulo indican la dirección hacia una de las primeras y fundamentales operaciones del arte iniciática: la *traslación del sentido de sí hacia la región del corazón*; no debiéndose entender al corazón en su realidad física, sino *sub specie interioritatis* y como *centro* del ser humano.

Agreguemos que, contrariamente a la opinión común, según la enseñanza tradicional todo lo que es mental, reflexivo, cerebral, posee, en el orden de los principios, un carácter lunar, femenino, pasivo, mientras que al corazón se le atribuye la cualidad del elemento solar, masculino, central.

Tan sólo que, a tal respecto, no se debe pensar en lo que vulgarmente se atribuye al corazón, como ser sentimentalismos, pasionalidades, etc. La realización oculta del corazón —o de sí mismo en el corazón— tiene en vez el significado de un primer cambio de estado.

Hay imágenes que, realizadas contemplativamente, propician tal traslación del sentido de sí (método indirecto); o bien se puede buscar operar directamente tal traslación, a lo cual le seguirá la experiencia de un estado particular (método directo). “Leo” y “Lux” han mencionado a una y otra de estas dos vías.

Hay una práctica con la cual se puede ir bastante adelante en esta misma dirección, y por la cual muchas otras disciplinas quedarán vivificadas y alivianadas. La misma se escinde en dos fases que deberían ocupar, la una los momentos anteriores al dormirse, la otra los que siguen al despertarse a la mañana.

Se trata sobre todo de compenetrarse intensamente de este pensamiento: que la mencionada vida de vigilia de los hombres no es sino un estado de sopor, de aturdimiento: un estado de niebla y de irrealdad. Es cuando las voces violentas del mundo exterior, las impresiones y la agitación de los sentidos, la resonancia de los sentimientos, de los pensamientos y de las acciones cesan, es cuando la invisible, oculta mano del sueño suspende con una faja de *silencio interior* todo esto; es entonces cuando la vía estaría abierta para el crecimiento interior, para el despertarse, para el surgimiento

poderoso del Sol del Conocimiento y de la Realidad. En vez en aquel momento nosotros venimos a menos.

Teniendo todo esto en la mente en la noche antes de dormimos, en un estado de calma, no cansado, liberada la mente de apremios, se realice meditativamente la imagen de que nos encontramos en las primeras horas de la noche a los pies de un monte y que se inicia el ascenso, lentamente, mientras las brumas de a poco se disipan y surgen las primeras luces, y luego el Sol. Se continuará ascendiendo pensando simultáneamente en el ascenso del Sol en el cielo, en el creciente triunfo y expansión de su luz sobre las cosas y, en el momento de sentirse sobre la veta del monte, se realice que el Sol se encuentra en el cenit, en el vértice de su ascenso, en el cielo limpio y totalmente luminoso. Se detenga la contemplación en este punto y se realice el todo *como sentido de aquello que efectivamente acontecerá interiormente más allá del umbral del sueño, hasta la mitad de la noche*. Naturalmente, mi ascenso sobre el monte y el del Sol hasta el mediodía deben ser vividos en estrecha relación, y el todo debe ser asumido en una progresión de despertar que, en el límite de la veta, debería dar lugar a un sentido de *identificación* con la misma luz meridiana, radiante, silenciosa, cumplida pureza de luz en el éter sin límites.

A la mañana, apenas despertados, liberada la mente de cualquier residuo de somnolencia, retomémosnos contemplativamente desde la cima del monte hacia el mediodía, en el cual habíamos permanecido, y se nos vea descender lentamente hasta la llanura. Simultáneamente también el Sol descendiendo, se dirige a su ocaso y toda luz habrá desaparecido cuando la llanura será alcanzada por nosotros. Ello sea imaginado, *recordado*, como el *significado* del trecho entre la mitad de la noche y la mañana. En la *oscuridad del día*, en la que nos encontramos despertándonos, permanezca por lo tanto el eco de la Luz de lo alto, del *Sol de medianoche*, en el *sentido de que yo soy el portador de esta Luz*, que ella ahora está en el centro en mí, en el *corazón*.

Se podrá resaltar el sentido nuevo, *animado*, según el cual aparecerá la luz del sol físico cuando se hayan realizado y *vivido* estas disciplinas. Y junto a esto se note y se preste también mucha atención a cualquier otro significado nuevo que vaya resaltando entre las percepciones comunes. Además que imaginarse de recordar, se busque en fin de recordar *efectivamente* alguna cosa de las impresiones de aquel paso en el cual, aparte de los sueños, la conciencia es interrumpida por el sueño.

Sin embargo se tenga presente que el *querer* acordarse rechaza los recuerdos. Es necesario en vez *atraer* al recuerdo, invocarlo sutilmente.

Con el mismo fin, habría que hacer de tal modo que el redespertar del sueño acontezca espontáneamente, no por ruidos, aun menos por la presencia de otros en nuestra pieza. Propicia el recuerdo también un leve perfume de musgo, rosa o lirio.

Uno de los instrumentos de la magia operativa es la capacidad de *fi-jar* un sentimiento, de realizarlo como un *quid* objetivo, no ligado a la referencia a mi persona física; como un estado que puedo también poner en lo exterior a mí, en el espacio, por decir así, sin que por esto el mismo cese de ser un hecho de conciencia. Saber evocar, alimentar y luego liberar de sí (inducir o proyectar) un sentimiento o también un pensamiento; sin esta capacidad se puede hacer muy poco en la magia operativa. Ella está bajo un cierto aspecto ligada a una traslación en la sede del corazón.

Otro detalle de la técnica. Para que actúe en el orden que aquí nos interesa, es necesario que cada imagen sea *amada*. Debe ser asumida en una gran calma interior, luego recalentada, casi diremos alimentada, con dulzura, sin que entre para nada el factor voluntad o esfuerzo y mucho menos la expectativa por el efecto. Los hermetistas llamaban aquí al agente, “fuego dulce”, “fuego que no quema” y también: “*fuego de lámpara*” puesto que el mismo posee efectivamente una virtud *iluminativa* sobre las imágenes.

Al margen de todo lo que ha escrito “Abraxa” pueden ponerse dos puntos en relieve.

El primero es que a lo largo de la vía de la alta Magia para imponerse una disciplina no se tiene necesidad de reconocer preliminarmente una “moral” en el sentido convenido. Ello puede ser necesario para un espíritu en el que falta la parte que manda; sólo porque no encuentra en sí esta parte a éste le resulta necesaria una autoridad externa. Un ser completo e integrado en base a aquel *ser dos*, del cual ha hablado “Abraxa”, crea *en sí mismo* un poder de mando y un poder de obediencia, tan absoluto el uno como el otro. Cuando en vez falta, no ya la potencia de mando —pesada para los hombres más que cualquier otra carga— pero con ella también la potencia de obedecer; cuando esta *impotencia de obedecer* de la parte inferior toma la dirección en un desenfreno, usurpando el derecho

propio de la parte superior, sólo entonces se tiene la licencia y aquella “falsa libertad” en la cual muchos místicos vieron con razón uno de los mayores peligros de tal vía. Pero esta desviación no debe ser confundida con la libertad de los seres superiores, que saben darse a sí mismos una ley. También la disciplina comprendida como determinación de la *muerte* de una cierta voluntad propia, pero para despertar también a aquel que en nosotros sabe obedecer absolutamente, es parte esencial de la vía mágica.

El otro punto es que, en especial para los aspectos operativos de la Magia, se debe alimentar una facultad definible así: *ser uno mismo más allá de sí mismos*, en los términos de una autotrascendencia activa, de un impulso más allá de la propia individualidad. En la vida profana el heroísmo, la ebriedad heroica e incluso orgiástica, el gusto de jugar con la propia vida y también ciertos momentos de presteza para el sacrificio son ya signos indicativos de tal dirección. El poder propio de una vida libre respecto de sí, capaz de ir más allá de sí misma en semejante forma activa, es tan importante para la práctica mágica y teúrgica como los principios del absoluto mando y de la absoluta obediencia co-presentes en sí mismos. Aquel que subyace al vínculo interno del Yo no sabrá llevarse más allá del límite, o no lo superará sino para hallar la propia perdición.

“Abraxa” ha indicado que, para que la vía mística conduzca a resultados iniciáticamente válidos, es necesario que en un cierto punto se efectúe una *inversión de partes* respecto del estado en el cual, creada la dualidad, la imagen divina que encarna al Yo superior se encuentra frente al místico como otro ser. Es interesante notar que en el esoterismo islámico hay un término técnico para indicar tal mutación: *shath*. *Shath*, literalmente, significa “cambio de las partes” y expresa el punto en el cual el místico *absorbe* la imagen divina, la siente como el sí y el sí en vez como otro, y habla en función de aquella. Es más, son indicados en el Islam algunos “signos ciertos” para reconocer en cuáles casos el *shath* ha tenido lugar objetivamente y no se trata de un simple sentimiento de la persona en cuestión. Sin embargo se advierte que las verdades esotéricas que se conocen cuando tal nueva condición interviene, tienen que ser mantenidas en secreto, siendo peligrosas para los simples creyentes. Parece que el final de EL HALLAJ, el cual es considerado sin embargo como uno de los principales maestros del Islamismo esotérico (sufismo), haya sido debido al olvido de tal precepto.

III

LEO

ENCAMINAMIENTO HACIA LA EXPERIENCIA DEL “CUERPO SUTIL”

Así como nosotros expresamos en sonidos, en palabras y en gestos nuestro pensamiento y nuestros sentimientos, los que penetran así en el mundo sensible; del mismo modo todo nuestro mismo cuerpo no es sino una expresión creada en el mundo material por una esencia individualizada y consciente que existe tras la apariencia humana y es el verdadero centro y la verdadera forma de la misma. Sería sin embargo inútil buscar un paralelismo entre los órganos y las funciones del cuerpo material en relación con la esencia interior del hombre, en la medida en que los primeros se encuentran determinados por condiciones propias de la vida animal y de sus relaciones con el mundo externo; y representan así una desviación, si bien necesaria para ciertos fines de la existencia. Por ende no podemos elevarnos directamente de la función de un órgano, tal como le es conocida a la conciencia común, a su valor como *significado* y como *expresión* del Hombre interior.

Cuando se decía que el centro de la conciencia estaba en el “corazón” resonaba un eco de la Verdad, expresión de una sabiduría intuitiva. Cuando se “demostró” que tal centro se encuentra en vez en el cerebro, el conocimiento verdadero calló y al mismo se le sustituyó la ilusión corpórea.

La observación de los órganos no nos dirá acerca de la esencia interior del hombre mucho más que lo que la observación de las letras de una frase sea capaz de expresar al que no sepa leer el sentido que se encuentra contenido en ella. La única posibilidad de conocimiento se encuentra en la penetración de la propia interioridad para seguir desde allí las vías misteriosas que van hacia el cuerpo material.

El primer paso consiste en formarse un “ambiente interior” en el cual los órganos de nuestro *cuerpo sutil* (expresión provisoria y por lo demás

impropia, si bien útil) puedan ser despertados a conciencia, del mismo modo que la sensibilidad de nuestros órganos físicos es redespertada por las impresiones de mundo externo. Varios caminos conducen a este fin y yo mencionaré sólo uno de los que me parecen entre los mejores y más seguros.

Formulo como premisa que, siendo el mundo externo tal como nosotros somos, —es decir expresión de ocultas fuerzas espirituales— podemos ponernos en una relación con las cosas externas que trasciende el universo ordinario de los sentidos y desde el cual nuestro ente interno está obligado a manifestarse.

Nosotros debemos tratar de advertir junto a toda expresión sensorial una impresión que siempre la acompaña, que es de un género totalmente diferente —una resonancia en nosotros de la naturaleza íntima y suprasensible de las cosas— y que nos penetra adentro en forma silenciosa.

Cada cosa viviente o sin vida nos ofrece de tal modo un específico mensaje oculto. Si buscamos captar en nuestra intimidad lo que acontece cuando concentramos nuestra atención sobre dos percepciones diferentes (por ejemplo las que respectivamente nos suscitan un animal y una planta) abstrayendo de a poco la imagen sensorial y todos los elementos que la acompañan, realizamos dos impresiones “sutiles” distintas; impresiones que parecen surgir de lo interno y que, a diferencia de lo que acontece por el lado sensible de las percepciones, no son proyectables hacia afuera como cualidades inherentes al objeto, sino que viven por sí mismas.

Este desapego de las impresiones sensoriales *en* las impresiones sensoriales —esta separación de los “sutil” respecto de lo “denso”, para usar términos herméticos— o también lo “real” de lo “irreal”, para usar términos hindúes— *se consigue sintiendo lejos y por encima de nosotros nuestra cabeza, casi como si ésta nos fuese externa a nosotros*. Entonces la sensación común desaparecerá de nuestro centro consciente y será sustituida por otra correspondiente.

Esta disciplina debe ser repetida metódicamente y a través de una concentración de intensidad y duración progresivas se realizará de a poco un orden de *diferencias* precisas y directamente reconocibles, las cuales corresponden a las de las impresiones y de las imágenes que provienen de los sentidos, pero que son de una naturaleza completamente diferente, si bien posean un carácter también *objetivo*.

Es difícil decir más en palabras —sólo quien ha tenido alguna experiencia sabe cómo este renovado, redespertado modo de conocimiento se encuentre acompañado por un sentido de certeza y de comprensión directa mas fuerte y más completa del que puede venir de alguna impresión sensible.

Lo mismo podemos hacer con nuestros pensamientos, siempre a través del ejercicio del alejamiento de la cabeza; nos convertiremos de a poco en capaces de atrapar al pensamiento antes aun de que resuene en su formulación cerebral y de servirnos de él. También aquí arribaremos a la percepción de un orden nuevo de diferencias que se sustituye al habitual. Es como si cada pensamiento correspondiera a una nota musical especial de una infinita gama de tonalidades y que cada una fuese perfecta y directamente reconocible. Como una prueba nueva se puede, tras la realización de una determinada sucesión de notas-pensamientos, en un determinado momento volver la cabeza y formular discursivamente el orden de los pensamientos correspondientes, *no vivido antes como pensamiento*. Sin embargo a veces se arriba a profundidades tales que la enunciación es casi imposible, en tanto que el campo de las experiencias se amplía y su contenido no tiene más relaciones con nuestra vida normal y con los problemas que nos surgen de la misma.

Una práctica análoga puede tomar como objeto sea a los contenidos emotivos de nuestra conciencia, sea a los variados impulsos de la misma. No quiero detenerme en esto. El sentido es el mismo: es un rápido y sutil permanecer atentos en el umbral del Yo, que atrapa y detiene a mitad camino las percepciones y realiza así un conocimiento de los elementos que se sustituye al conocimiento ordinario, totalmente provisorio, vulgar y sensorial. Por lo demás no expongo aquí un tratado metódico de esoterismo; busco más bien suscitar en alguien el recuerdo de ciertas formas de actividad interior que se manifiestan muchas veces en manera esporádica y espontánea y de conducir la atención sobre las mismas cuando sean reconocidas y desarrolladas.

Hablaré más bien de un sentido de sí que, sobre la base de tales formas de actividad, se sustituye al corpóreo.

Mientras tanto el cuerpo mismo nos parece lejano, exterior, mientras que las impresiones que en el mundo descripto nacen de los objetos externos parecen surgir y vivir en nosotros, como parte de nosotros.

Es una *anulación del sentido del espacio*, mientras que permanece una *actividad de sucesión*, un sentido diferente, interior y rítmico del tiempo.

Una vez restablecida la relación con nuestro cuerpo, nos sentiremos en el mismo *libres y móviles*. Es el llamado *sentido del cuerpo sutil* el que ha nacido.

Pero hay aquí un peligro en el cual cae la mayoría: hay que rehuir de un *sentimiento de beatitud y de grandeza* (podríamos referirnos a aquello

que JAMES denomina “sentido cósmico” en la conocida obra “*Las variedades de la experiencia religiosa*”) que oscurece la conciencia en el aturdimiento de un éxtasis. Hay que conservar en vez el sentido del Yo y la vida activa de la conciencia que se mantiene superior y diferente en la experiencia de las variadas modalidades de percepción sutil que he expuesto.

Así pues un sentido cualquiera de satisfacción y de orgullo vuelve a caernos nuevamente en la esfera del cuerpo material y la realización se altera, la visión se oscurece.

El cuerpo sutil nos da la *posesión*, pero la *voluptuosidad* por poseer es una atribución del cuerpo animal y de los sentidos con los que éstos vienen nuevamente a aprisionarnos en su reino.

EL CADUCEO HERMÉTICO Y EL ESPEJO

Toda nuestra enseñanza es ilusoria hasta que no se traduzca en una *práctica* y en un *acto*. Te sean pues comunicadas las directivas para las primeras operaciones en el sentido de la vía, de las cual ya sabes por lo que te dijera anteriormente.

Debes hacerte dueño en primer término de un trecho de tu vida o de tu jornada para fijar en ello, sólida y activamente, una nueva cualidad.

Despégate interiormente de tí mismo y de todo lo que te rodea y mantén una vida sobria, sin esfuerzos, sin excesos, neutra y equilibrada. Duerme lo que sea suficiente y sé parco en el alimento.

Tu cuerpo esté íntegro, calmo, armonizado. Templa tu alma con la potencia de ti, depúrala de la impulsividad, de la pasión, de la agitación, luego fíjala y amalgámala en el cuerpo.

Que no existan los otros seres. Que sus acciones y sus pensamientos o juicios no te perturben cualesquiera ellos sean.

Haz de modo tal que nada logre penetrar de escondido en ti: vigila todo, sea aquello que viene de lo exterior como lo que emerge de las profundidades aun impenetradas de tu conciencia; observando en silencio con intelecto e imperturbabilidad, con rápida y enérgica mano, frenando cualquier juicio.

Si algunas pasiones te molestan, no reacciones ni te turbes. Condúcelas en vez deliberadamente a su satisfacción y luego libérate de ellas.

Acrciéntate en esta dirección hasta alcanzar a advertir la frivolidad, la inutilidad y la *insidia* de todo pensamiento, de modo que también tu mente se aplaque y llegue a acurrucarse en silencio a tus pies.

Así pues pondrás lentamente de pie una fuerza tuya, similar a un señor cuya mirada impone silencio, respeto o confusión a los siervos que le están alrededor. Este es *nuestro Oro*:...

Cuando hayas operado todo esto con arte sutil y constante, fuerte y dulce; cuando el estado equilibrado y neutro se habrá convertido en ti en una cosa continua y natural, entonces te sentirás como vuelto a unir contigo mismo en un sentido de interioridad del cual antes no sabías nada. En este punto experimentarás una propensión a descansar en ti, y a partir de tal descanso calmo e iluminado emanará un sentido de espiritual y liberada satisfacción.

Espía esta satisfacción y retenla. Cuando te habrás adueñado plenamente de ella, con un acto interior sobre el cual no puedo decirte nada, pues lo aprenderás tan sólo tras haberlo *inventado*, busca conectarla con el cuerpo así como se difunde el calor en el agua y al final no resulte de ambos sino *una sola cosa*, un solo *estado*.

Este estado es el *estado fluídico*.

Y la operación en nuestra Tradición es llamada: *la primera extracción del Mercurio* (o del Hermes ☿) *desde la Mina*.

Que tu conciencia mantenga bien firme este estado, con calma firmeza. Luego déjalo ir, luego vuelve a evocarlo, en varias secuencias: estúdialo, *apréndelo*, hasta que sea por ti sentido como una *realidad* que espere en la subconsciencia, listo a emerger a tu llamado. Cuando hayas conquistado este punto, ten la certeza de haber ido bastante adelante.

No se te hablará de las diferentes propiedades del *cuerpo fluídico* sino en conexión con las distintas operaciones, tan sólo sobre la primera de ellas yo te instruiré. Sabe sólo que toda relación sexual que sea dominada por la sed por la voluptuosidad la paraliza, la convierte en inerte y débil, en especial en los temperamentos nerviosos. Sabe que el mismo es energizado por el régimen vegetariano ¹, por el ayuno, y también por perfumes mágicos, como lo menciona uno de sus nombres, que es “cuerpo aromal” y, en un aspecto particular, “vampírico”. Sabe que todo desequilibrio o emoción improvisa que sobreviene cuando la conciencia está en relación con el mismo puede producir daños, también graves, en lo físico y lo psíquico. Sabe en fin que sus virtudes deben ser afinadas a través de una especial disciplina.

Te daré una indicación elemental sobre la misma para que tú puedas comprender el sentido de la educación iniciática del sentimiento.

No debes destruir el sentimiento, sino que debes destruir tu turbia adhesión al mismo, es decir la voluptuosidad, el deseo y la aversión, la angustia en

¹ Una ley oculta quiere que *toda energía de un ser que no esté en acto en aquel ser, constituye un peso y un impedimento en toda operación iniciática*. Hay en el hombre particulares fuerzas organizadoras, en las cuales el alimento es asumido y transformado. Ahora bien, puesto que yendo desde el mundo mineral al humano se tiene una materia siempre más organizada, en el alimentarse de vegetales son obligadas a venir al acto fuerzas que alimentándose de animales no se manifestarían. Es así que el alimento vegetal puede propiciar un mayor grado de presencia y de dinamicidad fluídica. Además si evita el peligro de ciertas infecciones psíquicas, que de otra manera se pueden resolver positivamente aplicando sólo el fuego interno en una especial obra de transmutación, comprendida en mudar los “venenos” en “jugos vitales”.

el sentir. Purifícate de tales escorias: deslígate del *vínculo del corazón*, hazte abierto, libre, sin temor y sin mezquindad en el sentir. Como un agua clara, no movida, deja transparentar las cosas que están en el fondo, así pues no estando identificado más con los sentimientos, acógelos y obsérvalos como harías con las cosas del mundo externo. “Así como yo no *soy* el alimento que degusto, del mismo modo yo no soy los sentimientos que dejo resonar libremente en mí. Ellos no son *míos*, ellos no están en *mí*. Que nazca en ti esta evidencia”.

Sólo entonces te podrán *hablar* los sentimientos, cuando dejarás de ser tomado en ellos, afanado sólo en gozar o en sufrir. Ellos te revelarán un nuevo órgano de los sentidos más allá de los animales, “objetivo” como éstos, si bien dirigido a un aspecto más sutil de la realidad. Educa este nuevo sentido con la atención interior, dirigido hacia *la oreja del corazón*: conviértelo en refinadísimo. En el centro de ti, como una araña que tiene todos los hilos de su red y que controla todas sus vibraciones, sé un dominio y una lucidez calma y escrutadora en el centro de una sensibilidad perfecta, purificada e intrépida, abierta a toda voz.

Esta educación del corazón que operarás por “persuasión”, con un fuego lento y dulce, transfundirá en tu cuerpo fluídico un poder de conocimiento suprasensible. Ella realiza un “agua destilada”, un agua transparente consagrada en el signo de tu neutralidad, que la domina: ♄².

Arribado a tal grado, intenta la liberación del poder central ☉ y el encuentro con la Serpiente. Ello acontece cuando el conocimiento de tu “yo” se sepa transferir en la sede del cuerpo fluídico y éste sea despegado de los sentidos animales y aislado, en consecuencia, del mundo físico.

Varias son las técnicas usadas. Desprecia la prudencia de los pequeños métodos de “meditación” que raramente son capaces de sustraerte —realmente y no en tu fantasía— del pantano de las formas mentales y de la prisión del cerebro. Conducete hacia los métodos directos. Usa por ejemplo el “*Espejo*”.

Para aislar el cuerpo fluídico es necesario que tú neutralices y conviertas en inerte la sensibilidad del cuerpo animal. La técnica del “espejo” actúa

² La Iglesia católica conserva varios símbolos susceptibles de tener un significado esotérico. Por ejemplo el “corazón” que Jesús “lleva en la mano” con una cruz encima y rodeado de llamas es suficiente con aligerarlo estilizadamente para que se tenga ♄, un signo alquímico que posee el significado antes mencionado, Y su “llamear” se vincula con la “ignificación de la Luz astral”, la cual posee un sentido sumamente diferente del supuesto por los devotos.

sobre el nervio óptico y lo cansa hasta que la potencia concentrada en la mirada se disuelve del órgano físico y se actualiza en la luz fluídica ³.

Procede así. Encuéntrate una pieza bien limpia, posiblemente afuera de la atmósfera agitada y turbia de las grandes ciudades, en la campiña, en un lugar en donde reine elevadamente el silencio y en donde nada pueda sustraerte la atención. Enciérrate herméticamente. Son propicias para ello las noches secas y serenas. No llesves ropa que te apriete el cuerpo, ni éste se encuentre pesado por el alimento. Quema un poco de mirra con las ventanas abiertas, luego una dosis menor con las ventanas cerradas, y ponte sentado frente al espejo.

Habiendo formulado en forma neta tu voluntad, evoca en más secuencias, en modo persuasivo, el estado fluídico que la aspiración lenta y profunda del perfume convertirá en más vivo, y lígalo estrechamente al sentido de ti cual “presencia” y superioridad impasible apta para el mando ⁴. *Fija* por lo tanto el Espejo.

El espejo puede ser de cristal, o bien de acero, cobre, bronce, en cualquier caso cóncavo, de modo tal de recoger en un punto central la luz de una lámpara situada en modo que el que opera no la vea y que todo permanezca en una penumbra salvo el espejo ⁵. *Fija* pues aquel punto sin parpadear, hasta que no veas nada más. Insiste, El mismo se transformará en un punto negro. El punto negro se ampliará en una mancha azulada que luego se convertirá en una aureola, primero indefinida, luego blanca lechosa. Un paso más, y a partir de tal albor se abrirá en una rápida expansión una claridad iluminada, una libertad-frescura-luz.

Es el umbral de lo suprasensible, el primer contacto con la “Luz Astral”, en donde sobre el núcleo subsistente de la psique tratan de pesar, a nivel de principio, las condiciones a las cuales están sujetos los seres encarnados que se encuentran en el fondo de las “Aguas”.

Te he dicho: *fija*. Esto es todo y esto es nada. Es una palabra que encierra un largo intentar, un incierto sendero construido por el arte secreta en un atento, sutil, prudente dosificar, combinar y equilibrar lo activo con lo pasivo,

³ Resaltamos la identidad de objetivo con la técnica yoga del *pratyâhâra* que consiste en fijar un determinado punto del propio cuerpo, o afuera de sí.

⁴ Esto resulta aun más orgánica y directamente si se opera aquella *traslación del sentido de sí en el corazón*, de la cual se ha hablado en el capítulo anterior.

⁵ Pueden hallarse varios datos técnicos útiles acerca de la construcción y uso de los espejos mágicos en P. H. RANDOLPH, *Magia sexualis*, París, 1952, págs. 133-215.

lo sensitivo y lo determinativo del alma. Puedo decirte poco aquí para tu ayuda. Tienes que hacerte tú mismo el camino y las piernas para caminar.

Sea pues tu mirada, sin esfuerzo, sin voluntad aparente, como de quien estuviese por dormirse dulcemente (fuego bajo ceniza). Déjalo fijar y luego abandónalo, busca no pensar más en ello, olvidarte de ello. La vista es el punto de partida, pero en verdad toda tu alma será operante en la operación, y su fijar la mirada será sólo un medio para fijarse a sí misma.

Intensifica el abandono *amándolo*, condescendiendo con él y templándolo con dulce obstinación hasta que el mismo se habrá convertido en una cosa *continua* que no busca más sustraerse a tu acción de empujarlo más hacia el fondo. Por otro lado debes mantenerte firme en ti mismo ante una presencia sutil y tenaz, siendo tú como un punto *simple* que no se detiene por el miedo, que sabe conservarse y que en el acto de conservarse no obstaculiza la dirección de abandono que se hace llevar desde el estado de abandono, *rompiendo la cáscara y disolviéndose* y sin diluirse en los pasajes, sino resurgiendo con la experiencia inesperada de una mayor limpidez, simplicidad y fortaleza. Aquí viene al acto una primera unión de Azufre y Mercurio, de Luna y Sol; conoce pues la obra como la primera *preparación del Caduceo de Hermes*.

Los obstáculos —dejando a un lado los que intervendrán más adelante— se encuentran en el exceso o en la desequilibrada dosificación del Mercurio y del Azufre. Te he dicho que la preparación debe convertir en calma, dúctil y armoniosa toda tu naturaleza corpórea. Ahora debes tomar a tu naturaleza con dulzura conduciéndola a la operación casi como si no se diese cuenta. Si, por impaciencia o falta de destreza, te excedes en la fuerza, la misma reaccionará, se desatará de ti y he aquí que de golpe serás proyectado al punto de partida. Estas reacciones instintivas al comienzo son inevitables; pero ellas no deben desanimarte: intenta de nuevo, con espíritu nuevo, a la misma hora, insiste sutilmente. ELIPHAS LEVI dice: “como la ola siempre vuelve y termina corroyendo también al hierro”.

A las reacciones y alarmas instintivas de tu cuerpo le sucederán las de tu espíritu no suficientemente templado. Te sucederá sentir como carencias, un sentido como de precipitarse de golpe por lo que saltarás, te retendrás rapidísimamente y de nuevo te hallarás en el punto anterior ⁶. Permanecerá cerrada la vía hasta que no hayas despertado en ti una prontitud aun

⁶ Note el lector la analogía con aquellos *sobresaltos* que muchas veces se verifican sin razón aparente en el momento de dormirse; en efecto, en el sueño acontece un

más rápida con la cual fulmineamente detendrás la reacción antes todavía de que ella pueda intervenir para suspender el desapego fluídico.

El defecto opuesto se encuentra en la posibilidad de un *abandono del abandono* que disuelva la presencia ante ti mismo. Ello haría decaer el mundo de los Magos en el *mundo de los medium y de los visionarios*, el mundo de lo *suprasensible* en el mundo de lo *subsensible*. En el *medium* el centro se disuelve y su conciencia resbala hacia abajo, se sumerge en el cuerpo, se convierte ella misma en el cuerpo. El se encuentra en plena dependencia del cuerpo, y aquello que experimenta son justamente florecimientos y “proyecciones” de las tendencias turbias y de las elementales fuerzas que están encerradas en su organismo. La señal de tal perversión y aborto de la operación es un sentido de *cansancio mortal* que te tomará no apenas hallas vuelto al estado normal: puesto que otras fuerzas se habrán alimentado de tu fuerza.

Crear una preponderancia siempre más decidida del centro intelectual sobre la sensibilidad periférica en contacto con el mundo externo y también sobre los elementos orgánicos y en general subconscientes, tal era la tarea de la “preparación” indicada al comienzo de este escrito. Tal preponderancia conduce al estado del cual te he hablado = ☉ en donde la mente se une a sí misma y realiza la experiencia de una independencia, subsistencia y superioridad con respecto a todo lo que es corpóreo y animal. Cuando en tu acción de fijar, convertida en continua e intensificada en forma intrépida en la dirección interna acontece el desapego del cuerpo fluídico, es entonces una base la que viene a menos, y debes mantenerte firme en forma absoluta en este estado puro, inmaterial, extracerebral de la mente y del “yo”. Si no eres capaz de ello sobreviene el estado mediánico y sonambólico en el cual el cuerpo fluídico se encuentra privado de núcleo y se convierte en un instrumento pasivo del mundo inferior.

Si en vez superas activamente el punto neutro, realizarás en la “*Magnesia de los Sabios*” el “*Renacimiento en la mente*”. Quiero decir que desde el núcleo de oro de tu ente integrada, recogida en una = ☉, *desembocará una luz intelectual*, en la cual realizarás un sentido nuevo de ti, poderoso, transformado. *Verás. Estarás despierto.*

natural, involuntario e inconsciente despegarse del cuerpo fluídico, a continuación del cual sobreviene un estado de pasividad del Yo ante las fuerzas a las cuales debe su misma vida y que, en el sueño, toman su lugar. Al que *entiende*, esta analogía puede ofrecer ya las directivas para un segundo método.

Dice FİLALETES (*Introitus*, cap. I y XIII): “Para *nuestro oro* (☉ = sol que es el núcleo despertado y constituido por la preparación) acontece lo mismo (que para la semilla); al comienzo el mismo está muerto o, mejor aun, su virtud vivificadora está escondida bajo la dura corteza de su cuerpo... No apenas está mojado en *nuestra Agua* (que es ☿, el flúidico) renace, retoma vida y se convierte en el *Oro de los Filósofos*... Lo *fijo* = ☉ se convierte en *volátil* por un cierto tiempo para heredar una cualidad más noble que sirve luego para *fijar lo volátil*”.

Con esta experiencia tu “yo” deja pues el vehículo animal, esclavo de las “aguas”, y asume un cuerpo flúidico o “cuerpo de aire” como órgano de acción, con el cual y con adecuadas determinaciones le es posible operar múltiples y admirables obras. Y cuando hallase dificultad para reasumir el cuerpo animal, el medio adecuado es: evocar su imagen y *quererla*.

El problema del Mago es el de salir en una manera o en otra de la atmósfera de servidumbre y borrachera que es el “alma de la tierra”; entrar en un consciente contacto con el mundo de allá, y desde allá actuar activamente, dirigiendo convenientes reacciones y efectos en la vida real. Su espíritu -dice KREMMERZ- es como una llama que se eleva y descende: él sabe volver a salir a la superficie de la corriente de las “aguas” en la cual, consagrado en “aire”, le está virtualmente abierta la posibilidad de sujetar a los seres que dependen de esta misma corriente, la cual aparece ahora como la misma “Luz astral”⁷.

Te he dado un camino. Intenta lo que te he dicho antes de pensar en cualquier otra operación. No creas que el deber sea fácil y escaso en peligros, ni esperes algo de los primeros intentos. Si serás constante y señor de la duda, lo lograrás. Osa y *calla*.

La fuerza más poderosa es la voluntad del hombre que *sabe* lo que quiere. Fija pues el fin y no lo cambies nunca. Una vez que hayas comenzado no desistas sin una razón precisa porque, como ya te dije, la vía de la Magia no conoce “ángulos muertos”: piensa en ella antes de entrar.

⁷ De tales enseñanzas resulta, entre otras cosas, el sentido de los símbolos del “pájaro”, animal que “vive en el aire” y del “pez”, animal que se mueve libremente en las “aguas”.

**OPUS MAGICUM:
LAS “PALABRAS DE POTENCIA”
Y LOS CARACTERES DE LOS ENTES**

Todos aquellos que se han ocupado de Magia, por simple curiosidad o por verdadero deseo de conocimiento, o bien para adueñarse de fabulosos *poderes*, han permanecido por lo demás asombrados de hallar en cualquier tipo de ritual fórmulas que contienen palabras que han parecido totalmente ininteligibles y signos, algunos geométricos y otros no, denominados “caracteres” o “sellos” de “espíritus”, de los cuales se sugiere su uso pero sin dar una razón de ello.

He ya mencionado brevemente esto en otra parte, escribiendo sobre las hierbas mágicas ¹ y dando algunos elementos de significado.

Es oportuno, al respecto, resaltar sobre todo que casi todas las palabras de los rituales son verdaderos y propios *nomina barbara*, es decir palabras de otras lenguas —latina, griega, hebraica, caldea, egipcia— transcriptas de mala manera en un primer momento, y luego deformadas siempre peor por copistas ignorantes y por *autores* similares ². Sería pues suficiente con reducir las a su grafía original para tener de ellas el significado exacto, el que, casi siempre, indica atributos particulares del Ente supremo. Por ejemplo, el *Eye Seraye* que se lee por doquier sería mejor transcripto en *Eiéh ascér Eiéh*, uno de los “nombres divinos”, extraído del *Éxodo*, cap. III, verso 14, allí donde Dios mismo, en la zarza ardiente, responde a Moisés que lo interrogaba, nombrándose a sí mismo:

¹ Véase la revista “*Ignis*”, año 1925, págs. 338-9.

² Un ejemplo clásico de la ignorancia oficial puede ser dado al resaltar el error que hay en *Mateo* XXVI 46 y *Marcos* XV 34, cuando se refieren a las últimas palabras de Jesús: “*Eli, Eli, lamma sabacthani?*” (*Marcos* tiene la variante *Eloi* en lugar de *Eli*, quizás porque en griego el diptongo *oi* se pronuncia como *i*). En casi veinte siglos nadie se dio cuenta de que *sabacthani* no existe en ninguna lengua viviente o muerta, y que la misma es evidentemente un índice de la “elevada sabiduría” de quienes transcribieron la palabra hebraica *nasavtani*, en una frase que es perfectamente idéntica a la que se encuentra en *David*, *Salmo* XXII, 2: A.L.I A.L.I L.M.H. ‘S.V.T.N.I. y que significa exactamente: “Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me has abandonado?”.

que equivale, según una de las muchísimas interpretaciones, a: “Yo soy El que es”.

En otros casos es oportuno, de acuerdo a lo que aconseja TRITEMIO, transcribir las palabras en caracteres caldeos, porque ellas tienen a veces significado en aquella lengua usada por sacerdotes de un pueblo que fue entre los primeros y principales depositarios de la Tradición Mediterránea. Además se encuentran en los textos palabras que, aunque se lo quiera, no pueden ser referidas a un significado posible, sea porque compuestas a veces sólo de vocales, o sólo por consonantes, o bien por agrupamientos de algunas de ellas que no se prestan a posibilidad alguna de interpretación o derivación filológica. Tales serían las verdaderas y propias “*palabras de potencia*”.

Las palabras de potencia, denominadas así en Egipto, tuvieron diferentes nombres, de los distintos pueblos y de las distintas escuelas u órdenes por las cuales eran usadas; así por ejemplo fueron denominadas por los Griegos: ἄσημα ὀνόματα, término el primero que puede indicar, no sólo *que* tales nombres son *inteligibles* y oscuros, sino también, según otras acepciones, que son ignotos y desconocidos para el profano, que son quizás también *nombres sin signo*, es decir nombres cuyo sonido profundo no puede ser expresado o percibido sino a través de una fulguración del espíritu, libre de cualquier lazo corpóreo. Hay rastros de su existencia en cualquiera de las diferentes formas de la Tradición arribadas hasta nosotros, como los *sonidos mágicos*, los *nomina arcana* y en particular las combinaciones y permutaciones de vocales fueron llamadas *voces mysticae* o *sílabas místicas*. Fueron llamadas por los Griegos también λόγοι σπερματικοί o “palabras causales”, y, en la tradición hindú, *bîyâ-mantra*, o nombres naturales, comprendiendo con esto que tales palabras pertenecerían a la lengua originaria y perfecta en la correspondencia entre el término que contendría la esencia de la cosa y la cosa significada.

A pesar de que la realización de las palabras de potencia se desarrolle sobre un plano esencialmente práctico, en el cual es bueno mantenerse libres de toda teoría o preconcepción, menciono brevemente el aspecto doctrinal que se refiere a ellas.

En la suprema potencia el Verbo se realiza cumplida y perfectamente, puesto que contiene en sí el principio de toda manifestación y, en ésta, se actualiza con correspondencia lineal entre la voluntad realizadora y el ente realizado.

La palabra es el medio de la realización, y puede ser también conducida a la percepción humana, llevándola a una estancia humanamente sensible.

Que la palabra sea tal medio, ello es indicado por la ley análoga, observando cómo cada manifestación recibe su origen de un centro de potencia que actúa *transmitiendo* su energía a través de *ondas* particularmente amplias y frecuentes. Tales *ondas* pueden ser percibidas como *sonidos*.

Y también por analogía puede intuirse la ley de formación de los caracteres de los entes, recordando los gráficos de LISSAJOUS, obtenidos con los diapason y las bizarras figuras que obtuvo CHLADNI haciendo vibrar sutiles láminas esparcidas con arena finísima.

La palabra no es pues sólo sonido, sino también forma. Por ende a cada ente le corresponde su nombre y su carácter, o *signatura*, propios ambos sólo de él y no de ningún otro.

Los elementos tradicionales de esta doctrina son conservados en el *Sepher Jetzirah*, libro cabalístico por excelencia, en donde el concepto sonoro se cambia en concepto luminoso, y los *nomina arcana* y las *signatura rerum* son llamados *nombres*, o *letras de luz*.

Se descienda en la dimensión del “Silencio” y, una vez realizado, se busque vivir el propio cuerpo, y particularmente las propias facultades imaginativas, como funciones de sí, despegadas de todo lo que es la profunda realidad del ser, pero no libres, es más, completamente dominadas.

Este acto del espíritu deberá arribar a tal perfección que su cumplimiento no deberá mínimamente perturbar el estado de “silencio” y por ende no deberá hacer retroceder al espíritu a un nivel de conciencia más comúnmente normal, más corpóreo.

Se proceda en esta primera fase por grados, invistiendo primero el propio cuerpo, en cuanto físico, luego la mente, como pensamiento, luego la imaginación, aquella altísima e ignota facultad de crear imágenes, sumamente importante en la práctica mágica.

Es obvio que todo lo que hemos mencionado no puede ni debe ser intentado sin antes ser absolutamente perfectos en el rito expuesto anteriormente, y esto por dos razones: porque *no se obtendría ningún resultado*, salvo el de perder inútilmente el tiempo y también de ir al encuentro de

algún *shock* psíquico, luego porque a la aun informe operación precedente se le sobrepondrían elementos tales que ostaculizarían, a veces para siempre, el cumplimiento de los primeros. Es necesario por ende ser perfectos en aquellos antes de intentar la primera fase de esto que, a su vez, requiere mucha constancia antes de convertirse en sus dueños.

En la segunda fase, al poder *vivir* la propia imaginación como un dócil instrumento, se forme a través de la misma la imagen de un ente cualquiera, se la *tome* y se la *hunda* en el espíritu. Entonces se escuchará un sonido que a ningún oído *mortal* le es concebido oír, y que es el nombre secreto del Ente. Y al mismo tiempo, sin ojo, se “verá” un ligero trazado luminoso, en donde se ha *puesto* el ente, del cual él indica su *carácter*.

Una vez cumplido esto, se *disuelva* la imagen y se vuelva a subir desde el “silencio”.

Esto puede ser hecho en razón del infinito de las cosas.

En las operaciones de la Magia Ceremonial se pueden obtener los mismos resultados “coagulando” adecuadamente la forma que se proyecta e invocando a las *inteligencias* supremas, con fórmulas aptas para el fin. El nombre oculto se podrá hacer vibrar tan intensamente de poder ser oído también por los asistentes; el carácter se revelará formándose en grandes líneas de fuego.

PEDRO NEGRI

EL CONOCIMIENTO DEL SÍMBOLO

De acuerdo a DANTE (*Convivio*, II, 1) los “escritos se pueden entender y se deben exponer en cuatro sentidos”: el sentido *literal*, el sentido *alegórico*, el cual, dice DANTE es “una verdad escondida debajo de una mentira”, el sentido *moral*, y el *anagógico*. Este sentido *anagógico* es “cuando espiritualmente se pone un escrito, el cual, aun en el sentido literal, también para las cosas significadas significa cosas superiores, de la eterna gloria”, es decir, es el sentido oculto de una escritura la cual, aun en su sentido literal, trata acerca de argumentos de orden espiritual; y debe ser netamente distinguido del sentido alegórico y del moral los que, en comparación, poseen, por lo menos desde el punto de vista espiritual, una importancia en gran medida secundaria. Sea dicho esto de pasada: la interpretación anagógica de la “*Divina Comedia*” está aun por hacerse.

DANTE denomina *sobre sentido* a este sentido anagógico. El *ἀν-αγωγή* es en efecto el conducir, o el llevar una cosa hacia arriba, una elevación; y como término técnico de navegación designa el acto de quitar el ancla y de zarpar. Metafóricamente, en tanto referida a los argumentos espirituales, la anagogia indica pues la elevación espiritual, el acto de elevarse hacia lo alto desde la *tierra*; y en el simbolismo de los “navegantes” indica el acto de zarpar de aquella “tierra” en la cual los hombres están tenazmente anclados, de la *tierra firme*, como les parece a ellos, para levantar las velas y correr por mejores aguas, poniendo el navío por el “alto sal”.

DANTE se refería a los escritos de los “poetas”; pero la distinción de los cuatro sentidos puede indudablemente ser aplicada también a los escritos sagrados e iniciáticos y a cualquier otro medio de expresión y representación de hechos y doctrinas espirituales. El sentido supremo, el *supra sentido* en cualquier especie de simbolismo, de acuerdo a tal distinción, será pues el sentido anagógico; la comprensión plena de los símbolos consistirá en la percepción del sentido anagógico encerrado en ellos; y en tanto sean anagógicamente entendidos y usados podrán también contribuir a la elevación espiritual. En este sentido los símbolos están dotados de una *virtud anagógica*.

Por supuesto que no todos los símbolos están dotados de tal virtud. En verdad se da entonces el nombre de símbolos a simples siglas o caracteres que poseen únicamente o casi sólo el valor de representación. Así pues los símbolos en la matemática y en la química no poseen, por lo menos en cuanto tales, semejante virtud anagógica; y es posible en tales campos atribuir un mismo sentido a símbolos muy diferentes; por ejemplo, la operación de la multiplicación algebraica se la puede indicar de manera indistinta con el símbolo usual de la cruz y con el del punto. Pero la palabra símbolo, tomada en su acepción más propia, posee un sentido mucho más preciso y complejo, como resulta fácilmente del mismo análisis lógico.

En griego la palabra **συν-βολή** designa al acto de unir, de juntar, y la palabra afín **σύμ-βολον** indica el acuerdo y por ende el *signo*, la contraseña. Estas dos palabras constan de dos elementos: el primero, el prefijo **συν-** (en latín **σύν**) indica simplemente la conjunción, el segundo designa y precisa el carácter de esta conjunción. **Βολή** y **βόλος** indican lanzar, tirar con fuerza; son palabras vinculadas al verbo **βάλλω** que indica la acción de lanzar, golpear, tirar con fuerza. El verbo **συν-βάλλω** (reúno) y por ende también la palabra perfectamente análoga **σύμ-βολον** (símbolo) designan pues el *acto* de la reunión, mientras que la síntesis (**σύν-θεσις**, en latín *compositio*) indica el *resultado* de tal acción, el hecho cumplido. Al carácter dinámico del símbolo, se contrapone el carácter estático, inmanente de la síntesis. En cuanto al efecto de la acción, el verbo **συν-βάλλω** (reúno) se contrapone al verbo **διά-βάλλω** (desuno, atravieso, contrarío); de *manera correspondiente*, el **σύμ-βολον** es lo contrapuesto del “diablo” (**διά-βολος** , transversal, adversario); y se presenta filológicamente espontáneo atribuir a los símbolos virtudes dinámicas y mágicas para vencer las oposiciones y las adversidades diabólicas. Y como el símbolo conduce a la síntesis, su opuesto, el “diablo”, es lo que conduce hacia lo opuesto de la síntesis, es decir al análisis, el **ἀντί-λυσις** en efecto es la disolución, la solución, la muerte.

La virtud dinámica de los símbolos se opone pues en un cierto sentido a cualquier análisis, y es instrumento y medio para alcanzar la síntesis. Y como en el conocimiento discursivo se llega a la tesis, *conceptualmente*, por la vía lógica, partiendo de la hipótesis, del mismo modo en la *endogénesis* iniciática se puede arribar a la síntesis, haciendo uso de la virtud dinámica de los símbolos, por una vía mágica partiendo de la condición humana inicial. Estas simples consideraciones etimológicas, por ende, permiten ya entrever

cómo en el conocimiento superior los símbolos poseen una función correspondiente a la que tienen los conceptos en el conocimiento discursivo. La correspondencia entre los símbolos (σύμβολοι) por un lado, y los conceptos (*con-ceptus*, *con-cipio*) y los silogismos (συν-λογίζονται *com-puto*) por el otro, es perfecta: el silogismo, en lógica, congrega con la palabra (λόγος) y con el pensamiento (de *pondus* = peso, pensar = pesar) y lleva discursivamente a la ponderación, a la medida* (*mensura*, de *mens*, la mente, ligada a *mensis*, el mes, y por ende a la *luna*, que no da luz propia, sino refleja, la *reflexión*); el símbolo en la ciencia mágica o ciencia pura y purificadora de los Magos (en persa *majida*, purificador, por medio del *fuego*) opera con la βολή, la irradiación, la proyección, la fulguración. A la *palabra* de la lógica le corresponde la operación, la *acción* de la magia; al *discurso* filosófico la *obra*, la “Gran Obra” de la tradición hermética y constructora.

En razón del carácter mismo de su formación, el símbolo es algo diferente y superior al emblema, a la insignia, a la parábola, a la metáfora y a la alegoría.

Emblema (de ἐν-βάλλω, echar adentro) e insignia poseen carácter representativo más que cognoscitivo y espiritual; y la parábola, la metáfora y la alegoría no poseen sino parcialmente el carácter del símbolo. En la alegoría es dicha una cosa diferente, otra cosa (ἄλλο-ἄγορεύω, otra cosa-digo) en vez de la que verdaderamente se entiende; el sentido literal es la “bella mentira”, el verdadero sentido es otro, quizás hasta en contraste con el literal. En el símbolo no hay contraste ni verdadera diversidad entre lo que aparece a primera vista y lo que es significado: es más, entre el símbolo y su o sus significados, intercede habitualmente una relación de armonía, analogía y correspondencia, y no se trata, como en la alegoría, de percibir el verdadero sentido sin hacerse engañar por el sentido aparente que no posee importancia, sino que se trata (por lo que se refiere a la simple comprensión) de volverse a elevar del significado evidente a los ocultos, en modo de captar el *pleno* significado del símbolo, completando

* En italiano para la palabra medida se utiliza *misura*, la que se vincula directamente al latín *mensura*. (N. de la Trad.)

(y no sobrepasando) el sentido inicial. Además, y propiamente, la alegoría es siempre verbal; mientras que esta limitación no se aplica a los símbolos, puesto que, además de los verbales, existen de todas las especies.

También la parábola no posee el valor del símbolo. Ella (**παραβολή, παρα-βάλλω** = coloco al uno al lado del otro) no es sino una simple comparación, una confrontación, una semejanza. Las parábolas no pueden conducir más allá del término de comparación; y el éxito alcanzado al hacer uso de las mismas, desde MENENIO AGRIPA hasta JESÚS, nos muestra que las mismas van muy bien para la plebe y para el vulgo profano. En cuanto a la metáfora y al tropo, ambos términos más propiamente usados en la retórica, observaremos que se refieren también ellos a expresiones verbales, y que indican que es necesario transportar habitualmente de lo concreto hacia lo abstracto el significado de las palabras o frases usadas metafóricamente. La metáfora (en latín *trans-latum*, lo transferido) no es sino el sacar (**μετα-φέρω** , en latín *trans-fero*), el transferir hacia otra parte.

La alegoría, la parábola y la metáfora no son pues propiamente símbolos; son modos de hablar que pueden tratar y muchas veces tratan, de símbolos, y en tal caso los caracteres del argumento, o sea del símbolo, se vuelven a encontrar, al menos en parte, también en la expresión verbal en cuestión. En tal caso, sobre la base de un símbolo o de un complejo de símbolos o simbolismo especial, se constituye todo un lenguaje alegórico y se desarrolla nada menos que una jerga o un lenguaje secreto y convencional.

Hemos tenido ocasión de decir que los símbolos son de variadísima especie. En efecto cada cosa puede constituir la base de un símbolo; pero naturalmente hay criterios para la elección o determinación. Tenemos así el simbolismo numérico, en donde los números enteros (una abstracción por sí mismos) constituyen los símbolos, y sus potencias (**δυνάμεις**), sus residuos o raíces (**μυθος**); sus relaciones simples y propiedades constituyen simbólicamente sus virtudes anagógicas, simbolismo especialmente usado por los Pitagóricos y luego por los Cabalistas y por los Constructores Libres. Tenemos el simbolismo de las letras, del alfabeto, vinculado, se entiende, al numérico, que se encuentra en la base de la tradición cabalista. A estos simbolismos, y en especial al primero, se vincula el simbolismo geométrico de los Platónicos y de los Neoplatónicos; y al simbolismo numérico y geométrico se vinculan los simbolismos de todas aquellas ciencias y artes sagradas en donde entran en juego las relaciones, las proporciones, el ritmo y la armonía como la arquitectura, el canto, la música, la danza, la poesía, la pintura (conjuntamente con el simbolismo de los colores y

otros), y al cual a su vez se vinculan como emanaciones, derivaciones y aplicaciones en el campo social y político, la heráldica y la emblemática. De los fenómenos físicos recaban su base los simbolismos polar, solar, meteorológico y el simbolismo hermético de la transmutación; de los fenómenos biológicos los simbolismos de la fermentación, de la putrefacción y germinación de la semilla vegetal, el simbolismo sexual, el simbolismo de la metamorfosis y resurrección, y el simbolismo de los alimentos y bebidas espirituales y de inmortalidad (*soma* hindú, *haoma* mazdeico, *amrita* hindú, néctar y ambrosía griegos, el arcaico *anna peremna* latino, el “pan” y el “vino” hebraico-cristiano). De las diferentes formas de la actividad humana el simbolismo regio (el palacio real de FILALETES, el arte regia o real neoplatónica y de construcción, la vía regia, el agua regia, las nupcias reales de los Hermetistas), el simbolismo de la guerra, en especial el de la “guerra santa” (*Bhagavad-gita*), el simbolismo de la pastura (en el *Pimandro* y en el Evangelio), el simbolismo de la fundación de templos y ciudades y en general de la “edificación” (de allí el título de Pontífice para el sumo sacerdote de los Romanos) y de la “construcción”, que es el fundamento del simbolismo tradicional del constructor y que naturalmente se vincula al arquitectónico (de lo cual deriva el Gran Arquitecto del Universo); el simbolismo de la custodia y defensa de objetos, templos y tierras sagradas (caballeros del Graal y Templarios). Y finalmente los mismos hechos de la historia y de la leyenda, individuales y colectivos, pueden servir como base y tener valor de simbolismo (la guerra de Troya, los trabajos de Hércules, la expedición de los Argonautas, la vida de Jesús). Los mitos ($\mu\theta\omicron\varsigma$ = lo hablado, la *tra-ditio*) y la fábula (*fabula*, “*favellare*” [=hablar en sentido poético], hablar) no son sino relatos; la mitología es la narración de la historia de los Dioses y de los héroes. Los mitos no son símbolos, pero pueden tener carácter simbólico y servir de base para un simbolismo; así la mitología pagana ha provisto de numerosos símbolos a los hermetistas (MIGUEL MEIER, PERNETY). Es una enumeración sumaria e incompleta lo que hemos hecho, pero bastará para dar una idea de la vastedad y variedad del simbolismo.

Por las razones mencionadas, la expresión verbal, aun en sus varias formas figurativas, no puede competir con la sinteticidad vital de los símbolos. El símbolo trasciende a la palabra, y, aun limitándose a considerarlo únicamente como medio para expresar y comunicar hechos y doctrinas,

presenta aun una elevada ventaja por sobre el lenguaje: las palabras varían con el tiempo y con el lugar, se encuentran sujetas a deformaciones y cambios sea en la forma como en el significado, y no pueden alcanzar la estabilidad y la universalidad del símbolo.

No obstante ello la palabra y el símbolo tienen en común por lo menos un carácter fundamental, y ello es la naturaleza metafórica que vincula su valor concreto a su significado abstracto. Ambas presuponen el reconocimiento de la unidad, correspondencia y analogía universal, y por ende también admiten implícitamente la “semejanza” humana. Digamos semejanza y no identidad o igualdad; es decir, admitamos como postulado que los seres y los hombres en particular son semejantes entre sí desde el punto de vista interior del mismo modo que lo son desde el exterior, que los sentidos y órganos internos de los diferentes individuos sean entre sí similares y equivalentes del mismo modo como lo son los sentidos y órganos físicos. Admitido esto, nuestra experiencia interior posee un carácter que trasciende la individualidad, y puede ser expresada en palabras y en símbolos comprensibles por quienes tengan una experiencia análoga, y puede contribuir a provocarla en quien aun no la ha experimentado. Es lo que acontece con el lenguaje ordinario para las comunes experiencias humanas; cuando hablamos de luz, de sonido, de color, suponemos en verdad, no sólo que el sonido de nuestras palabras es percibido por quien nos escucha como nosotros estamos en grado de percibir los sonidos que afectan nuestros oídos, sino también que nuestra experiencia, expresada por nuestras palabras, es comprendida por quien la siente gracias a la confrontación con tal experiencia consciente y poseída por quien nos escucha.

La analogía universal se encuentra pues en la base del simbolismo, así como está en la base del lenguaje metafórico, y es pues previsible que el simbolismo se conforme a normas determinadas, así como el pasaje del sentido concreto al abstracto de las palabras obedece a las normas de la semántica. La “*Mesa de Esmeralda*” que la tradición hermética atribuye a Hermes ¹, comienza justamente con la solemne afirmación de esta

¹ El texto de la “*Tabla de Esmeralda*” ha sido dado por primera vez por JABIR IBN FAYYAN (GEBER), el cual dice haberlo extractado de una obra del pitagórico APOLONIO TIANEO. De acuerdo a la tradición hermética, referida por ALBERTO MAGNO (*De Alchemia*), la *Tabula Zaradi* fue encontrada por Alejandro el Grande en el sepulcro de Hermes; y Hermes a su vez, de acuerdo a tal tradición, había descubierto tras el “diluvio” las tablas que los antiguos sabios y Enoch habían esculpido antes y en previsión del diluvio

vinculación y analogía universal: "*Verum sine mendacio, certum et verissimum: quod est inferius est sicut quod est superius; et quod est superius est sicut quod est inferius, ad perpetranda miracula rei unius*".

Es una analogía entre lo físico y lo metafísico, entre la exterioridad y la interioridad; y entre el hombre y el universo. Por esta razón el hombre es potencialmente Dios y el microcosmos es potencialmente el macrocosmos. Dios, dice la *Biblia*, creó al hombre a su imagen y semejanza. La relación analógica que vincula una cosa con la otra hace de cada cosa el símbolo natural de las cosas que a ella le corresponden; de aquí pues el concepto y el uso en magia de la "*signaturae rerum*". La semejanza entre la cosa y su símbolo, entre el objeto y su imagen, puede ser directa o inversa. En el primer caso la relación es semejante a lo que intercede entre una nota y sus octavas: y se asciende desde el símbolo hasta la cosa significada a través de una transposición anagógica; en el segundo caso la relación es similar a la que acontece entre un objeto y su imagen reflejada, y se asciende desde el símbolo a la cosa representada a través de reflexión e inversión. Es necesario tener en cuenta este hecho en la interpretación de los símbolos. Las dos semejanzas, por lo demás, no se excluyen necesariamente en modo recíproco. Así pues, la luz solar, refractándose y reflejándose en las gotas de agua, da origen al fenómeno de dos arco iris concéntricos, en los cuales los colores del iris aparecen dispuestos en sentido inverso; la teoría de DESCARTES explica la formación del arco iris interno con una simple reflexión del rayo luminoso, la del arco iris concéntrico externo con una doble reflexión; análogamente una doble inversión, o repetida un número similar de veces, nos remite del segundo tipo de símbolos al de la simple transposición; y se podría viceversa pensar que en los símbolos en los cuales la correspondencia acontece por transposición no se advierte la inversión del símbolo simplemente porque es repetida un número similar de veces. El fenómeno meteorológico del arco iris, debido a la dispersión del rayo "solar" en las "aguas", tiene pues el valor de un símbolo natural del proceso mismo de la analogía universal; y como en la mitología pagana Iris era la mensajera de los Dioses, la especial ministra de Júpiter y Juno, puesto que el arco iris era el símbolo de la unión entre el cielo y la tierra, así también la semejanza entre el procedimiento de la

para perpetuar la tradición. La tradición constructiva atribuye el descubrimiento de estas tablas a Hermes y a Pitágora.

inversión analógica y el de la inversión en la reflexión óptica nos indica en la analogía el lazo que une el cielo con la tierra, el espíritu con la materia, la interioridad con la exterioridad, lo divino con lo humano.

El carácter analógico ínsito en el símbolo le confiere una polisemia y una indeterminación de significado que, si por un lado constituye su riqueza y fecundidad ante la precisión y la determinación de la palabra, por otro convierte en mucho menos simple su penetración y uso. También en las palabras la conciencia del significado etimológico y de los lazos con las voces afines permite aferrar su significado oculto y abre la vía a un mayor conocimiento, pero el proceso ambiguo presenta en el caso del símbolo otra dimensión y profundidad. La comprensión de un significado constituye el escalón para impulsar a la conquista de los significados ulteriores en los campos colaterales y superiores, ni en este caso estamos obligados a desistir en la continua superación del misterio de las raíces últimas del lenguaje que se encuentra fatalmente en la base de cualquier análisis etimológico.

En razón de la constante meditación el símbolo termina con imprimirse en la mente, y con su continua presencia siempre se encuentra listo para inspirarla, para sugerirle las relaciones analógicas que posee con todo cuanto es objeto del pensamiento, y también, independientemente de las referencias a las diferentes ideas, el símbolo, sobre la base de las relaciones analógicas contenidas en el mismo, por su intrínseco sincretismo, le provee a la mente los elementos de trabajo, la fecunda, por decirlo así, confiriéndole un poder creador. En este sentido los símbolos constituyen modos de movimiento y de acción, factores de la *endogénesis*, que empujan, guían y conducen a condiciones de conciencia aun no experimental, y por ende a un conocimiento efectivo, directo, *insigne*. A partir del significado percibido y encerrado en los signos se asciende de tal modo a una posición consciente, y la *enseñanza* alcanzada, a través de los signos es también enseñanza de hecho. Es más, no se encuentra privado de interés, histórica y filológicamente, constatar cómo el lenguaje recurre justamente a una palabra así constituida para denominar a la enseñanza (* de enseña, señal).

Esta acción fecundadora, mágica, del símbolo sobre la mente, corresponde perfectamente a la acción similar de los símbolos en política y en religión, acción que todos pueden constatar. Piénsese en las oleadas de entusiasmo, en las determinaciones heroicas, que pueden suscitar en los indivi-

duos y en las masas, una bandera, un himno, un símbolo nacional o de partido, se piense en el ardor y en el fanatismo que puede provocar un símbolo religioso, y se entenderá cómo también en magia el símbolo pueda tener una virtud similarmente energética, una similar potencia de estímulo y virtud de elevación espiritual. Sin embargo ello acontece con una diferencia esencial: mientras que en política y en religión el símbolo hace apelación al amor, a la patria, a la pasión de la parte, a la fe y al prejuicio religioso, es decir únicamente al sentimiento, del cual provoca la exaltación y la manifestación; en el esoterismo el símbolo *nunca* hace apelación al sentimiento, si bien a las capacidades más elevadas de comprensión y de creación de la mente y del espíritu. El sentimiento, las creencias, las teorías, el sentido mismo de un encuadramiento y subordinación de cualquier tipo a la masa, son elementos humanos y es un error basarse sobre ellos o de cualquier forma tomar partido por ellos cuando se quiere superar el nivel de los mortales, y trascender desde lo humano hacia lo divino. La Magia, y con ella todas las tradiciones iniciáticas, es perfectamente coherente sustituyendo el dogmatismo de las fes religiosas y filosóficas, el mero verbalismo representativo y de relación de cierta ciencia, por la enseñanza simbólica, es decir el proceso espiritual que, con el auxilio de los símbolos, deriva la explicación de experiencias y de condiciones interiores, con la percepción y la noción directa de lo trascendente.

Este uso mágico de los símbolos es tradicional en el hermetismo y en los rituales de ciertas organizaciones que han padecido parcialmente su influencia. El mismo se asienta en la práctica del *rito* que conduce a la puesta en acto de la *Obra*.

La tradición hermética dice que, para cumplir la Obra, desde el principio hasta el final un solo *jarro* es suficiente, o cuanto más dos (como parece que haya acontecido en el caso de FLAMEL). Este jarro, el *athanor* de los "Filósofos", va cerrado herméticamente, es decir, de acuerdo al rito hermético (la expresión "clausura hermética" ha permanecido para designar la operación química correspondiente), de manera de poder operar en lo *interno* del mismo, tras haberlo aislado de lo externo. Una bien conocida máxima hermética dice al respecto: *Visita interiora terrae, rectificando invenies occultum lapidem* (*Aurelia occulta philosophorum* de BASULIO VALENTÍN, II ed. 1613; pero también se encuentra antes en manera poco distinta). El jarro, el *grasal*, el jarro del San Graal, es en efecto de

“tierra”; pero la “tierra”, con un simbolismo arcaico del cual se encuentran abundantes residuos en varias lenguas, es el cuerpo humano; los humanos (de *humus*, tierra) son los terrestres; si su cuerpo está plasmado con el barro de la tierra (véase la etimología de Adán), el mismo es su morada (en alemán *Boden* = terrenal; en inglés *body* = cuerpo y *abode* = morada). Visitando la parte interior de este jarro, y *rectificando* (otro término técnico que ha permanecido en la química para designar la operación correspondiente) se llega a la *pedra de los filósofos*.

El cardenal NICOLA DE CUSA (1401-1464) dice (*Opera*, Basilea, 1563, pág. 632) que el maestro *desciende* de Jerusalem a los rudos montes del desierto, para formar y cortar las piedras y conducir las y colocarlas en el santo edificio (el lugar para la visión de los Dioses), y que el alma, elegida como esposa por el hijo de Dios que habita la inmortalidad, se adapta a la transformación, *sicut lapides poliuntur*, así como son alisadas las piedras que deben ser transportadas al edificio del templo de Jerusalem en donde se halla la visión de Dios. Este simbolismo *edificante* de CUSA corresponde con precisión al simbolismo constructor posterior, por el cual los operarios (los *fellows*) trabajan en el pulido de la piedra, en su cuadratura y en la formación de la *pedra cúbica* o piedra perfecta en la “*inner chamber*”, la “*camera del mezzo*” en la terminología italiana correspondiente. Y DANTE, al comienzo de la “*Vita Nuova*”, sentencia: “Digo *verazmente* que el espíritu de la vida mora en la secretísima cámara del corazón”. Si la copa y la tierra hermética no son otra cosa que el organismo humano, las interioridades de la tierra, el “corazón” del organismo, no puede ser otro que el corazón. Este es el santuario, la *cripta*, del templo, representado justamente *bajo tierra* en la cripta de los antiguos templos. Y se entiende por qué un antiguo alquimista francés, del cual no recordamos el nombre, explicara el nombre del Santo Grial con la etimología errada pero significativa de *sang real*, sangre real. Esta conexión del jarro con el corazón por lo demás se remonta al antiguo Egipto, puesto que el ideograma del corazón es una vasija con los *mangos* (las *orejas* del corazón); acercamiento éste entre corazón y *athanor* que no se encuentra privado de interés cuando se recuerda la derivación egipcia de la tradición hermética.

Hemos hablado de *descenso* en las interioridades de la tierra. El símbolo que hemos usado es tan difundido que pasa inadvertido. Nosotros sabemos bien que la conciencia no es un objeto que se encuentra *adentro* del cuerpo,

sabemos bien que no existe un alto y un bajo y que es absurdo *rezar* a Dios, enderezando el cuello hacia un hipotético “cielo” y torciendo el rostro con la mueca suplicante y piadosa del can que espera de su dueño las sobras de la comida (no sin el vago temor de alguna patada). Sin embargo la sensación de hundimiento de la conciencia en su íntimo repliegue no puede ser expresada en el lenguaje humano sino recurriendo a análogas sensaciones de la vida material humana. El origen de muchos antiguos e importantes símbolos (si es que se puede hablar de origen), y por ende su interpretación debe ser buscada en la *necesidad* de expresar las sensaciones interiores por medio de la analogía (analogía que *existe*, y que la mente humana reconoce y usa) entre estas sensaciones y las sensaciones de la vida habitual. Todo el simbolismo del “descenso a los infiernos” se conecta con ello. Así pues en Egipto el mundo *subterráneo*, el *neter khert*, la morada de los difuntos, se llama *Amenti*, de la palabra *Amen* que significa invisible, oculto; así pues el *Hades* griego es similarmente *αειδής*, invisible. Es necesario descender en este mundo ínfimo, invisible, iluminado por el sol oculto, *Amen-Ra*, el “Sol de Medianoche” de la iniciación isfaca; y este descenso es efectuado sin perder la conciencia de sí, sin beber o sin resentir los efectos *letales* del agua de *Letes*, sino por el contrario bebiendo en la fresca vertiente de *Mnemosine*, dadora de inmortalidad en el orfismo, del agua del *Eunoés* dantesco, *Mnemosine*, la memoria, el re-cordar (*corda*), que se contrapone al *Letes* y lo vence, es la *madre de las Musas*, correspondientemente la verdad es en griego la *aleteia*, y aprender no es otra cosa, platónicamente, que una an-amnesia, un recordarse.

También el simbolismo de la *piedra*, el *occultum lapidem*, que se alcanza rectificando en las partes interiores (o *inferiora*, como es dicho, y ahora comprendemos el por qué en algunas variantes posteriores de la máxima de BASILIO VALENTÍN) recaba su origen (no cronológicamente) de una sensación interior; esto, por lo menos, nos parece muy verosímil. Sólo que, mientras una primera e incierta sensación de hundimiento en los íntimos escondrijos de la conciencia es fácilmente accesible, para restringir la sensación de “petrificación” es necesario en general un largo período de asidua práctica del rito. Un documento italiano de aproximadamente el 1.600 titulado: *La práctica del éxtasis filosófico*, quizás de CAMPANELLA y publicado por D'ANCONA junto a escritos de CAMPANELLA (Turín, 1854, t. I, pág. CCXXIII), dice justamente que en un cierto estadio de la práctica se llega a ser “inmóvil como si fuese una planta o una piedra natural”; y nos confirma cómo sea espontáneo y exacto asimilar la adquisición de tal condición con la llegada de la piedra. Según el rosacruz MIGUEL MAIER

la piedra filosofal no es otra cosa que la piedra que *Cibeles* hizo tragar a *Saturno* para sustraer a su hijo *Júpiter* de la voracidad de su padre; así *Júpiter* pudo huir y convertirse en rey del *Olimpo*. La “piedra negra”, símbolo de *Cibeles*, fue llevada a Roma, y conservada sobre el *Palatino* por los mismos Romanos que ya desde siglos poseían y veneraban otro “*lapis niger*” en el foro, al comienzo de la “vía sagrada”. Esta piedra había caído del cielo y era llamada por los Romanos *abadir* y por los Griegos *betilo*. Según RENÉ GUÉNON (*El rey del mundo*, pág. 69) la palabra *betilo* no es otra que el hebraico *Beth-el* = casa de Dios; *Beth-el* fue el nombre dado por *Jacob* a la *piedra* que le sirvió de cabezal cuando en su sueño famoso vio la casa de Dios y la puerta de los cielos; y fue también el nombre puesto por *Jacob* a la ciudad vecina al lugar en donde tuvo su sueño. Es interesante observar de qué modo el *Génesis* especifica cómo el primitivo nombre de tal ciudad era *Luz*; ahora bien, *luz* es el nombre hebraico de un huesito *indestructible* al cual el alma permanecería vinculada tras la muerte hasta la “resurrección”; y es al mismo tiempo el nombre del almendro; en la ciudad de *Luz* había un almendro, en cuya base había un foro a través del cual se penetraba en un subterráneo, subterráneo que conducía a la ciudad de *Luz*, también ella totalmente escondida. Se vuelve así al símbolo del subterráneo, símbolo asociado al de la piedra. Todo el simbolismo de la “edificación espiritual” usado en el Evangelio, y característico de la masonería, y el simbolismo de la “piedra de los filósofos” son desarrollos de este símbolo fundamental, que no puede ser comprendido (ni enseñado) hasta tanto no se haya alcanzado la “piedra oculta”.

Hemos visto que se trata de un *lapis niger*, y habría observaciones y reflexiones que hacer acerca de la importancia de las *piedras negras* en la antigua Roma, en la tradición musulmana y en la tradición del *Agartha*, el mundo subterráneo del que se ocupan SAINT-YVES D’ALVEYDRE en la *Mission de l’Inde*, OSSENDOWSKY en su famoso *Bêtes, hommes et Dieux* y GUÉNON en su *Roi du Monde*. Que esta piedra oculta que se encuentra descendiendo a los infiernos, en los “reinos oscuros” por debajo y dentro de la “tierra” tenga que ser negra, puede ello parecer una simple consecuencia de coherencia en el desarrollo del simbolismo; pero, aun no olvidando lo que puede estar ligado a la lozana fructificación del simbolismo, nos parece que también este símbolo tiene una precisa referencia con la sensación del *negro más negro que el negro* de la tradición hermética. No

olvidemos que la “piedra oculta” es la Piedra de los Filósofos y no la piedra filosfal, es decir es la materia de la obra y no la materia de obra perfecta; y cuando se alcanza la piedra, la sensación de “petrificar” se combina con la del negro completo.

Una vez alcanzada esta condición, la comprensión del símbolo se convierte en efectiva; y resulta con ello iluminado el sentido del simbolismo ulterior, que puede en tal manera sugerir lo que es necesario hacer, y conducir así a un ulterior estadio de la obra. La identificación de las referencias y la determinación del símbolo no es abandonada al ojo de la mente. A medida que se procede entra en acción la voz interna (la “voz del corazón”) y el oído interno (“los oídos del corazón”). Así se pone en acto, hermética y exactamente, la transmisión del simbolismo. El mismo responde a una determinada solicitud que la mente se formula acerca y sobre un determinado estadio o sensación, otras veces interviene directamente en el momento oportuno y devela, concisamente, un arcano. Entendámonos: no se trata de la “voz de la conciencia”, del “imperativo categórico” y de afloramientos de lo que NIETZSCHE llama “*moralina*”, ni de voces y fenómenos mediánicos; se trata de aquellos sentidos internos a los cuales habitualmente los hombres no prestan atención porque están ensordecidos por el ruido exterior y son incapaces de advertir y distinguir las sutiles impresiones interiores. En verdad *oculos habent et non vident, aures habent et non audiunt*. Esta voz y este oído interior pueden funcionar tanto en el estado de vigilia, cuanto en el sueño, como en los diferentes estadios de conciencia que se alcanzan en la práctica del *rito*. Y en simultaneidad con su entrada en acción se producen a veces verdaderos y propios fenómenos materialmente tangibles, de modo de dispersar cualquier posible escepticismo. Tales fenómenos poseen muchas veces un carácter simbólico manifiesto, y tienen a veces una belleza y una nobleza incomparables. Podríamos narrar alguno: pero no hemos hecho mención de este argumento sino para mencionar hechos que no es posible para nada confundir con *ideas* o con alucinaciones, como se podría ser tentados de creer en el caso de las voces y de las percepciones interiores; a no ser que para mencionar la extensión del carácter simbólico también de estas manifestaciones. El simbolismo se asienta en ellas también, de modo de asumir una especie de lenguaje universal, de lengua iniciática, que encuentra su correspondencia y expresión en el lenguaje iniciático por medio de signos, gestos y “palabras universales” usados por alguna organización en mayor o menor medida vinculada a la tradición iniciática.



IV

RITUAL MITRAICO DEL “GRAN PAPIRO MÁGICO DE PARIS”

Traducido del griego por LUX y con introducción
y comentario de EA, LUX, LEO y P. NEGRI.

INTRODUCCIÓN

El texto del que damos aquí la traducción del griego original, y que ha sido confrontado con la versión alemana de A. DIETRICH (1907) y la inglesa de G. H. MEAD (1907), se halla en el *Gran Papiro Mágico de París*.

En el mismo tenemos el *único* ritual de los antiguos Misterios que ha llegado hasta nuestro días en forma completa, en una redacción que con toda probabilidad se remonta al principio del cuarto siglo d.C. La tradición a la que se vincula es esencialmente la mitraica, es decir una adaptación de la antigua tradición ario-iránica la que, como se sabe, con la declinación de Roma antigua, disputó por un cierto tiempo con el cristianismo la herencia espiritual de Occidente. En el texto, junto con los elementos de teurgia mitraica, están mezclados elementos propios de tradiciones mágicas gnóstico-egipcias, en particular en los diferentes “nombres de potencia” que allí figuran. Ello no impide que, más allá de cualquier consideración estrictamente filológica e histórica, el todo represente una unidad, en la que estos diferentes elementos se completan para la realización *práctica* del mismo ritual.

Este rito mitraico posee un significado totalmente especial. No se trata de una ceremonia en la cual tomen parte más personas (de allí la inexactitud del término “liturgia” usado por DIETRICH), sino de una operación individual, dirigida a la transformación de la naturaleza humana más profunda, y reservada, por lo que parece, a quien ya había pasado por los grados inferiores de la iniciación. El carácter del rito no es puramente interior, ni mágico en el sentido de la común magia ceremonial. No es puramente interior porque, a diferencia de la vía del yoga hindú y también de aquella a la que remite la simbología hermético-alquímica, no se trata de estados y de significados metafísicos a ser captados *directamente*, en su impronunciable esencia sin forma, sino que estos significados están en vez dados en función

de acciones invocatorias y rituales, y *proyectados* en imágenes y visualizaciones mágicas. Sin embargo el ámbito de la Magia ceremonial en sentido estricto es aquí trascendido porque no se queda en una relación de exterioridad con las apariciones y no se usa de ella para algún fin particular, sino que todo converge en el fin de una realización de sí trascendente. Una cosa intermedia, pues: carácter común por lo demás respecto de todo lo que es *teurgia*.

Resaltemos también que las experiencias descriptas o indicadas en el ritual no parecen acontecer ni afuera del cuerpo, ni en las comunes condiciones corpóreas, sino en un *estado especial de ebriedad fluidica* —muy conocido para quien opera en Magia— en el cual la toma de contacto con la “Luz Astral” y la consiguiente desvinculación de las condicionalidades sensoriales no impide mantenerse en relación con el cuerpo y de proceder a particulares acciones rituales. Por esto, en el texto las referencias a las diferentes apariciones están dadas junto a *logoi* —lo que no significa que se deban pronunciar tan sólo mentalmente— y a actos físicos propios y verdaderos, tales como el cerrar los ojos, el respirar, el apretarse el vientre, etc. A tal respecto, no es sin interés resaltar que el ritual mitraico nos confirma que la ciencia de la respiración y de las particulares posiciones del cuerpo (*âsana*) no es exclusiva del yoga hindú, sino que era conocida también en los antiguos Misterios de Occidente, en especial en Egipto, de donde nos ha llegado escrito en jeroglíficos un “*Libro de las Respiraciones*”. Vale lo mismo para la ciencia y el uso de los “nombres de potencia”, correspondientes a los *mantra* y a los *bijâ* de la tradición esotérica hindú.

Podemos reconstruir como sigue la vía que el iniciado mitraico recorre siguiendo la guía del Ritual.

En primer término es necesario despegarse de la “ley de las Aguas”, del deseo, de la acre e incesante necesidad que pesa sobre el hombre vinculado a la naturaleza inferior y mortal. En el primer *logos* el iniciado mitraico, de la misma manera que el órfico, declara el título propio de nobleza: el Ser *Su* hijo, aun mortal, pero ya convertido en mejor por la “Fuerza fuerte de las Fuerzas” y por la “incorruptible Diestra”. El evoca la propia realidad trascendente: el propio “*Cuerpo perfecto*”; la invocación se eleva desde los elementos corruptibles que constituyen la naturaleza animal hasta la esencia de los mismos, hasta los elementos primordiales, celestes, incorruptibles. El operador resiste y subsiste: mantiene firme, fija por debajo de sí, en “pureza”, la potencia de la propia alma: y se dirige para actuar a fin de que la fuerza se desvincule y el ojo se abra a la visión trascendente.

Una vez realizado el momento de “pureza”, se toma contacto, a través del soplo, con el elemento aire a los fines de la primera “transformación”: se trata de la *experiencia del Aire*, es decir, de un estado de levedad descarnada, de *sensibilidad espiritual difusa*, libre de los cepos de los sentidos físicos.

A la experiencia del Aire le sigue la *experiencia del Viento*, que es el principio desde el cual el éter suprasensible es movido y que da lugar a un volver a elevarse hacia las cosas, hacia una primera jerarquía de “entes” o “Dioses”. Aquí el iniciado se mantiene firme respecto de las fuerzas que intentarían doblegarlo, disuelve la tensión determinada por su aparecerse a través de la invocación al *Silencio*, es decir, poniéndose en el estado de la calma del ser-en-sí más profundo. Y cuando se esclarece la visión, entonces procede.

El “trueno”, del cual en la segunda instrucción puede reputarse que se trata de una indicación del pasaje a través de uno de los denominados “puntos de indiferencia” (*layabindu*, de acuerdo a la expresión sánscrita correspondiente), con una consiguiente y súbita transformación de estado. En efecto, del segundo *logos* resulta que el iniciado asume el modo de ser propio de los mismos Dioses de este orden, y he aquí que se le abre la visión cíclica, de la cual son captadas creativamente las esencias estelares que llenan el espacio etéreo. La experiencia se cierra con una visión de una inmensa “rueda” y de “puertas de fuego” cerradas, que significan la “Necesidad” universal: visión insostenible, causa de un desvanecimiento, que el iniciado intenta vencer con el magnífico impulso contenido en el tercer *logos* del ritual, con el cual es invocado, suscitado, atraído y fijado, a través de sus “Nombres”, el estado correspondiente al del “Señor de la Necesidad”, al “Príncipe del Fuego” o “Dominador de la Rueda”.

A ello le sigue una ulterior transformación o mutación de estado: el “Silencio” da nueva fuerza al alma, el mundo celeste aparece liberado, clarificado, no más restringido por el destino, sino, en el bosquejo del principio superior, transparente como un mundo de Dioses que suscita exaltación y arrobamiento.

La invocación prosigue: en un primer momento se define la experiencia de un nuevo y “central” modo de ser, propio de este mundo; le sigue pues la aparición o proyección del Dios solar. El rito ulterior pone al iniciado en contacto con la potencia cósmica elemental, con la naturaleza primordial del mismo **κόσμος τῶν θεῶν**. El Dios solar conduce al “Polo”, al “punto-centro” o “punto-base”. Ello es “fijado” mientras que simultá-

neamente con el “mugir” es despertada la fuerza primordial amónica y taurina, “potencia de las potencias”. Ello determina un segundo abrirse de “puertas” y el consiguiente aflorar, desde las profundidades, de la jerarquía septenaria, experimentada primero en su aspecto “femenino”, manifiesto y dinámico, luego en el ulterior aspecto masculino, inmanifestado e inmutable.

Ni aquí tampoco se detiene la acción del rito. Esta misma jerarquía es trascendida nuevamente y por medio de otra profundización y fijación (que puede hacerse corresponder con el pasaje hacia el *ogdóades* del que hablan los gnósticos) es llevada al acto la misma naturaleza de Mithra, es decir, de aquel desde el cual la fuerza taurina, cósmica, portadora y motora de todas las cosas, es asumida y dominada. Experimentado primero en una proyección o imagen mágica, este supremo principio, en un segundo tiempo, es directamente realizado. La naturaleza mitraica evocada y conquistada es “fijada” por el iniciado con un nuevo “mugir”. El le *manda* permanecer, a fin de alcanzar la perfección del estado de quien es libre de necesidad, de nacimiento y de muerte.

TEXTO

I

FORMULA PROPICIATORIA

Providencia y Fortuna, sé propicia a mí que escribo estos primeros Misterios a ser transmitidos sólo al Hijo, (al que le será dada) la Inmortalidad, al Iniciado digno de esta potencia nuestra. Estos son Misterios que me ordenó transmitir el gran Dios Sol-Mithra, por medio de (su) mismo Arcángel; (seme) propicia a fin de que yo sólo, cual Águila, alcance el Cielo y contemple todas las cosas.

II

LOGOS INVOCATORIO

Origen primero de mi origen AEEIOYO; principio de mi primer principio PPP OOO PHR; Espíritu del espíritu, del soplo primero en mí M M M;

Fuego, el que Dios ha dado en la mezcla de las mezclas en mí, (Fuego) primero del fuego en mí EYEIAEE; Agua del agua en mí, (Agua) primera del agua en mí OOO AAA EEE; Esencia terrestre antes de la esencia terrestre en mí YEYOE; Cuerpo Perfecto de mí —de N. (nombre) de la N. (madre)— que Brazo honrado y Derecha mano incorruptible han formado en el mundo oscuro y transparente, inanimado, y que fue animado ;YEI AYI EYOIE!

Si a Vosotros os parece bien, (haced) que yo, (aun) retenido, a partir mi naturaleza inferior sea elevado al Nacimiento Inmortal, para que yo, más allá de la insistente necesidad que terriblemente me dobliga, pueda contemplar el inmortal Principio, en virtud de la Respiración inmortal ANCHREPHRENESUPHIRINCH, en virtud del Agua inmortal ERONOYUPARAKOYNETH, para la Tierra y para el Aire EIOAEPSENABOTH; a fin de que yo pueda renacer a la inteligencia KRAOCHAXRO, a fin de que yo me dé un principio (que comience) y respire en mí la Santa Respiración NECHTHEN APO TOY NECHTHINARPIETH, para que yo admire el Fuego Sagrado KYPHE, para que yo contemple el abismo del Oriente, Agua horrenda NYO THEGO ECHO OYOCHIECHOA, y me escuche el Eter vivificante difundido alrededor ARNOMETHPH; puesto que yo —mortal nacido de mortal regazo (pero ahora) hecho mejorar por la fuerza de la Fuerza suma y por la Derecha mano incorruptible— (yo) quiero hoy mirar con ojo inmortal, con impedeceder Respiración el inmortal Eón, Señor de las Coronas de Fuego.

Habiendo sido purificado por sagradas ceremonias, subsistiendo pura en mí por un breve trecho mi humana fuerza de ánimo, yo de nuevo la recibiré más allá de la insistente y acuciante necesidad que me dobliga, (por la cual es) vana (cualquier) queja: yo el N. (nombre) de la N. (madre) (quiero esto) según la inflexible orden de Dios EYEYIAEEIA MOEIANIY-AIIEO.

(Pero) puesto que a mí, habiendo nacido mortal, no me sería posible elevarme junto al áureo relampagueo del esplendor inmortal, (te ordeno) OEY AEO EYA EOE YAE OIAE; ;Permanece firme, oh naturaleza de los mortales destinada a perecer, déjame enseguida (el paso) más allá del inexorable y acuciante deseo! Puesto que yo soy el Hijo, yo respiro MOYOPROCHO PROA, yo soy MOY PRO; respirando PROE (soy).

III

PRIMERA INSTRUCCIÓN

Recaba respiración de los rayos (solares) inhalando tres veces todo lo que tú puedas (con la mayor profundidad), y he aquí que te verás elevado hacia lo alto, más allá de cualquier altura, por lo que te parecerá estar en el medio del espacio.

No oirás más a nadie, ni a hombre, ni a ningún (otro) ser viviente, (como) tampoco no verás más nada, en este mismo tiempo, de las cosas morales de la tierra, pero todo lo que verás será inmortal.

Verás también el orden divino (propio del) día y de la hora (presente), (verás) a los Dioses que se dirigen ascendiendo hacia el cielo, y a los otros descendiendo, y (te) será manifiesto el andar de los Dioses visibles a través del Disco de mi Padre: Dios.

Verás también al denominado Flauto, en manera análoga al Viento al servicio e la Obra. En efecto verás como una flauta que cuelga del Disco hacia las partes en donde tienen origen las corrientes celestes y que sopla por sí, como un infinito viento de levante; pero si luego llegara a mostrarse el otro viento, el dirigido hacia las partes del levante, similarmente lo verás hacia estas partes, pero como lo inverso de la cosa vista.

Y tú verás también a los Dioses que te miran fijo en el acto de lanzarse sobre ti. Posa entonces el dedo derecho sobre la boca y di:

IV

PRIMER LOGOS

Silencio Silencio Silencio

*¡Símbolo del incorruptible Dios viviente, protégeme, o Silencio
NEKTHEIR THANMELY!*

Por ende silba largamente: ¡S! ¡S! y luego sopla diciendo:

*¡PROPROFENG MORIOS PROPHYR PROPHENG NEMETHIRE
ARPSTENTEN TITETMIMEOYENARTHPHYREKOPSYRIDA
RIOTYREPHILBA!*

Y entonces verás a los Dioses mirarte benévolamente y no más en acto de lanzarse en contra tuyo, sino procediendo en vez según el orden propio de sus operaciones.

V

SEGUNDA INSTRUCCION

Cuando pues veas al cosmos superior libre y totalmente esclarecido y ninguno de los dioses y Angeles en acto de lanzarse, espera oír un gran fragor, como un trueno, de modo tal que permanecerás aturdido. Pero tú nuevamente di:

VI

SEGUNDO LOGOS

¡Silencio! ¡Silencio!

Soy un astro que procede con vosotros y que resplandece desde el abismo.

¡OXYOXERTHUTH!

Apenas habrás dicho esto, súbitamente el Disco solar comenzará a expandirse.

Y luego de que hayas pronunciado este segundo logos —es decir dos veces “Silencio” y lo demás— silba dos veces y sopla dos veces, e inmediatamente verás proyectarse desde el Disco numerosas estrellas pentagramadas (que en poco tiempo) llenarán todo el espacio.

(Entonces) di nuevamente:

¡Silencio! ¡Silencio!

y puesto que el Disco se habrá abierto, verás una inmensa rueda y puertas de fuego cerradas.

Cerrando los ojos, pronuncia (entonces) rápidamente el logos que sigue:

VII

TERCER LOGOS

¡Oyeme, escúchame —N. (nombre), hijo de N. (madre)— ¡Oh Señor que has sustraído al espíritu los ígneos cerramientos del Cielo! (Tú) de cuerpo dual, (tú) que moras en el Fuego PENPTERUNI, Creador de la Luz, poseedor de las Llaves SEMESILAM, respiración ardiente PSYRINEY,

alma de fuego IAÒ, alegría del Fuego AILURE, bello de Luz AZAIAÒNACHBA; (tú) Señor de la Luz PEPPERPREPEMPIPI cuyo cuerpo es Fuego PHMUÈNIOK, dador de Luz, propagador del Fuego AREIEICHITA, liberador de Fuego GALLABALBA; (tú) que en la Luz tienes la vida AIAO y que eres la potencia del Fuego PYRIKIBOOSÈIA; (tú) que mueves la Luz SANKERÒB y desencadenas el Fulgor ÒÈÌÒÈÌÒ, gloria de Luz BAIEGENNÈTE, acrecentador de Luz SUSINEPHI, (tú) que dominas la Luz empírea SUSINEPHI ARENBARAZEI MARMARENTEY, (tú) conductor de astros!

*¡Ábreme PROPROPHENGE EMETHEIRE MORIOMOTYREPHILBA!
¡Puesto que a causa del amargo, acuciante deseo que me impulsa yo invoco a los inmortales venerados Nombres tuyos vivientes, los que aun no descendieron nunca a la naturaleza mortal, que aun no se articularon nunca en lengua de hombre, en voz o lengua mortal!*

ÈÈÒ . OÈÈÒ . IÒÒ . OÈ . ÈÈÒ . ÈÈÒ . OÈÈÒ .
IÒÒ . OÈÈÈ . ÒÈÈ . ÒOÈ . IÈ . ÈÒ . OÒ . OÈ .
IEÒ . OÈ . ÒOÈ . IEÒOÈ . IEEÒ . EÈ . IÒ .
OÈ . IOÈ . ÒÈÒ . EOÈ . OEÒ . ÒIÈ . ÒIÈÈÒ .
OI . III . ÈOÈ . ÒÈÙ . ÈÒ . OÈÈ . EÒÈIA .
AÈAEÈA . ÈÈÈÈ . EEÈ , EEÈ . IEÒ . ÈÈÒ .
OÈÈEOÈ . ÈÈÒ . EYÒ . OÈ . EIÒ . EÒ . OÈ .
ÒÈ . ÒÈ . EE . OOOYIOÈ

Di todo esto con fuego y espíritu desde el principio hasta el final, luego una segunda vez (y así sucesivamente) hasta que tú hayas realizado a los siete inmortales dioses del cosmos.

Tras haber dicho esto, oirás nombres y un descomponerse de todo lo que te circunda y te sentirás entonces íntimamente sacudido. Entonces una vez más di: “Silencio” con la invocación que sigue.

Después di que abres los ojos, y verás las puertas abiertas y el mundo de los Dioses que está en lo interior de ellas; y por la alegría y el deleite de la visión, tu espíritu acude y se eleva.

Entonces, firme, inspira desde lo divino, mirando fijamente en tu espíritu. Y cuando tu alma será satisfecha di:

VIII

Ven, Señor

ARKANDARA PHÒTAZA PYRIPHÒTAZA BYTHIX
ETIMENNEROPHORATHÈNERIÈ
PROTHRIPHORATHI

Una vez que hayas dicho esto, los rayos solares convergerán hacia ti, Tú serás el centro de ellos.

Cuando esto estará cumplido en ti, verás a un joven Dios, bello, de cabellera llameante, con túnica blanca y manto escarlata, con una corona de fuego. Inmediatamente salúdalo con el saludo del Fuego:

IX

QUINTO LOGOS

Salve, Señor, (tú) de la Potencia grande, Rey de la influencia grande, sumo entre los Dioses; Sol, Señor del Cielo y de la Tierra, Dios de los Dioses, poderoso es tu aliento, poderosa tu fuerza.

Señor, si a ti te parece bien, anúnciame al supremo Dios que te ha generado y producido, puesto que un hombre —yo, N. (nombre) hijo de N. (madre), nacido del regazo mortal de N. y de líquido espermático, hoy habiendo sido éste regenerado por ti; (yo), vuelto inmortal entre miríadas (de seres) en este instante por voluntad de Dios, trascendente; (un hombre, digo) pide adorarte según el poder humano.

Apenas tú hayas pronunciado esto, El se conducirá hacia el Polo, y tú lo verás ir como sobre una vía. (Entonces) mirando(lo) fijo, emite un prolongado sonido, a la manera de un cuerno, expulsa plenamente el soplo comprimiendo (simultáneamente) las costillas, besa los amuletos y di antes hacia la derecha:

X

SEXTO LOGOS

Protégeme PROSSYMÈRI

Dicho esto, verás las puertas abiertas y surgir de la profundidad a las

siete Vírgenes en biso, con rostro serpentino. Estas son denominadas las Suertes que dominan, áureas Arbitras del Cielo. Viendo (todo) esto, saluda así:

Salve a vosotros, oh siete Diosas celestes de los Destinos (οὐρανοῦ Τύχαι), Vírgenes buenas, augustas, sagradas, cuya vida tiene el modo mismo de MINIMIRROPHOR; vosotras, santísimas guardianas de las cuatro columnas:

<i>¡Salve (a ti), la primera</i>	—	<i>KREPSENTHAÈS!</i>
<i>¡Salve (a ti), la segunda</i>	—	<i>MENESKEÈS!</i>
<i>¡Salve (a ti), la tercera</i>	—	<i>MEKRAN!</i>
<i>¡Salve (a ti), la cuarta</i>	—	<i>ARARMAKÈS!</i>
<i>¡Salve (a ti), la quinta</i>	—	<i>EKOMMIE!</i>
<i>¡Salve (a ti), la sexta</i>	—	<i>TIKNONDAÈS!</i>
<i>¡Salve (a ti), la séptima</i>	—	<i>ERUROMBRIÈS!</i>

XI

SÉPTIMO LOGOS

Entonces se presentarán delante tuyo otros siete Dioses, bajo el rostro de toros negros, con cintos de lino en la cintura, con siete diademas de oro. Son los denominados Señores del Polo celeste, que tú (por igual) debes acoger (saludando) a cada uno de ellos con su nombre propio:

¡Salve, oh Guardianes del Pernio, vosotros sagrados y fuertes jóvenes que con una orden moved conjuntamente el Eje vertiginoso de la Rueda celeste y truenos y rayos, terremotos y saetas desencadenadas en contra de la raza de los impíos. (Acordádme) sin embargo a mí, que amo el Bien y venero a Dios, la salud del cuerpo, la perfección del intelecto, la firmeza de mirada y la calma en las presentes horas buenas del día, oh Señores míos y grandes Dioses poderosos!

<i>¡Salve (a ti), el primero</i>	—	<i>AIÈRÒNTH!</i>
<i>¡Salve (a ti), el segundo</i>	—	<i>MERKEIMEROS!</i>
<i>Salve (a ti), el tercero</i>	—	<i>AKRIKIUR!</i>
<i>¡Salve (a ti), el cuarto</i>	—	<i>MESARGILTÒ!</i>
<i>¡Salve (a ti), el quinto</i>	—	<i>KIRRÒALITHÒ!</i>
<i>¡Salve (a ti), el sexto</i>	—	<i>ERMIKTHATHÒPS!</i>
<i>¡Salve (a ti), el séptimo</i>	—	<i>EORASIKÈ!</i>

Cuando ellos se dispondrán acá y allá en su orden, fija intensamente en el aire y verás caer rayos y luces resplandecientes, y la tierra (será) sacudida y un Dios descenderá, inmenso, con radiante presencia, joven, con áurea cabellera, en túnica blanca y corona de oro y vestimentas colgantes (**ἀναξυρίδες**), llevando en su diestra el vellón de oro del Ternero.

Este es la Osa que mueve y dirige el cielo, en lo alto y lo bajo según las estaciones.

Luego verás desatarse de sus ojos unos centelleos, y unos astros de su cuerpo.

Inmediatamente emite un largo mugido apretando el estómago para que todos juntos los cinco sentidos sean excitados; prolongalo hasta el final y, besando de nuevo los amuletos, di:

XII

OCTAVO LOGOS

(Tú) MOKRIMOPHERIMOPHERERERIZÒN de mi —N. (nombre) de N. (madre)— permanece conmigo en mi alma. No te apartes de mí, puesto que te mando ENTHOPHERNENTHROPIÒTH.

Fija intensamente el Dios mugiendo intensamente y salúdalo así:

XIII

NOVENO LOGOS

¡Salve, Señor, Dominador de las Aguas; salve, Origen de la Tierra; salve, Soberano del Espíritu!

¡Señor, en la palingénesis yo muero integrado, y en la integración he alcanzado el cumplimiento.

Nacido de nacimiento animal, (ahora) liberado, soy transportado más allá de la generación (mortal)

como Tú has establecido,

como Tú has decretado,

y como Tú has cumplido, (oh) Misterio!



Correspondencia:

$\omega = \delta$	$\gamma\gamma = ng$
$\eta = \epsilon$	$\gamma\kappa = nr$
$\theta = th$	$\omicron\upsilon = u$
$\upsilon = y$	$\varphi = ph$
$\chi = ch$	$\kappa = k$

COMENTARIO

I

Podemos vincular a la “Providencia” y la “Fortuna” ($\pi\rho\acute{o}\nu\omicron\iota\alpha$ καὶ $\tau\acute{\upsilon}\chi\eta$) invocadas en la *fórmula de propiciación en el Hvarenó*: con la “Gloria” o “Fuego celeste”, que según la más antigua tradición iránica, descendería de lo alto para consagrar al Rey, a los sacerdotes y a los vencedores. De allí, en la fórmula misma, su relación con la fuerza de iniciación y de consagración que declara haber ya obtenido el que invoca, por lo que puede dirigirse al ulterior cumplimiento y pasar del grado de “hijo” al grado de “Águila”, de acuerdo al rito dado por el texto.

En cualquier caso $\pi\rho\acute{o}\nu\omicron\iota\alpha$ es uno de los epítetos de *Athena*, diosa de la sabiduría, que, consecuentemente con su infinito saber, posee también la facultad de la *previdencia* de los acontecimientos futuros, y por ende puede conferir la ciencia adecuada para que nada pueda turbar el éxito de la operación sagrada. $\tau\acute{\upsilon}\chi\eta$ es el equivalente de la diosa *Fortuna* de los Romanos, representada habitualmente con alas, apoyada sobre una pelota o rueda, emblemas de su rapidez. A veces se encuentra vendada, indicando así como ella procede en su accionar no siguiendo ningún criterio de naturaleza humana. La invocación a las dos diosas sugiere el significado que el neófito, al intentar la conquista de la inmortalidad, no sólo invoca la Fortuna, es decir la fuerza imprevisible e instantánea que tiene tanto papel en las operaciones mágicas, sino también la necesaria sabiduría para saber reconocer los “dones” y asumirlos cuando es más oportuno. (Otra lección tiene $\psi\acute{\upsilon}\chi\eta$ en lugar de $\tau\acute{\upsilon}\chi\eta$. Aquí el iniciado invocaría no sólo a todas las facultades cognoscitivas para que lo asistan, sino al alma

misma - ψύχη - en sus infinitas capacidades: la plena fuerza de vida en él). De manera más general, la palabra ψύχη comprendida como “destino”, puede referir al aspecto “fatal” del proceso en su totalidad.

“Hijo” debe ser entendido como “Hijo del Arte”, y también “nacido según la potencia” por la anfibología, no privada de sentido, del término *dúnamis*, que por lo demás en la literatura gnóstico-cristiana comprende los significados de fuerza sotérica, milagro, sacramento (ver *Rom.* I, 16; *Mateo*, VII, 22; *Marco*, VI, 5; *II Cor*, XII, 12, etc.); tal como debe ser referido al tema del δύνανμις, con respecto al “Padre” que es quien en el acto propiciatorio transmite en él el *principio*, la potencialidad del redespertar. Al final del ritual, veremos que esta fuerza revela la naturaleza misma de Mithra; el iniciado se adueñará de ella y la fijará en sí, convirtiéndose a su vez, con tal acto, en un centro y en un “Padre”, grado máximo en la jerarquía de estos Misterios. Y el “Padre” es el cumplimiento del “Águila”, del animal capaz no sólo de despegarse de la “tierra” y de liberarse en el “aire” (de acuerdo a lo que dirá la *primera instrucción*), sino también de *mirar fijo el Sol*, de acuerdo a la ley de Mithra, vencedor del Sol.

A tal respecto reputamos, junto a DIETRICH y a MEAD, que la expresión “Sol-Mithra” es una glosa de un amanuense inculto; en tal tradición Mithra no era el Dios solar, sino aquel que se convierte en su aliado y que se hace su anunciador sólo tras haberlo vencido.

En la antigua tradición occidental el Aguila era el pájaro sagrado para Júpiter y estaba representada con un haz de fulgores *rojos* entre sus garras (los fulgores *blancos* venían de Minerva, los *negros* de Vulcano; y el estudioso de ciencias herméticas podría hallar referencias con los tres principales “colores” de la “materia” en la Obra). Ella es el símbolo de la fuerza y del poder soberano; insignia de Roma imperial y de las legiones, ella fue también el atributo de ciudades, particularmente en Egipto, en donde su jeroglífico indicaba Heliópolis, la “Ciudad del Sol”. Por lo que respecta a la iconografía de Júpiter, mencionaremos sólo que el Supremo está representado como *sentado*, indicando esto que la suma potencia que rige el universo es estable y firme, ni se altera nunca (ver el simbolismo del “Polo” del que se hablará más adelante). El torso desnudo del Dios indica que él se manifiesta a las inteligencias *divinas*, mientras que las partes inferiores, cubiertas, significan lo *incognoscible* para el hombre.

Demos aun una referencia: en el tratado hermético “*La Virgen del Mundo*” Isides declara que la soberanía de la Sabiduría se encuentra en las manos de Hamabeshinis, nombre que PRIETSMANN (*Hermes Trismegistos*

nach ägypt, griech., u. orient., Leipzig 1875) restituye en “*Hor neb en Xennu*” (Horus, Señor de Xennu), cuyo jeroglífico es justamente un águila de oro que vuela por el Sol y lo fija sin cerrar los ojos.

La expresión **παράδοτα μυστήρια** —en la que *mysterion* tiene el sentido de acto iniciatorio— nos conduce del mithraísmo a la doctrina general de la *traditio* y del *tradere* en tanto transmisión también de una energía superior, que en el cabalismo es la *Shekinah*, en las tradiciones árabes la *baraka* o “bendición” y aquí aquella misma de la **πρόνοια και τύχη** o *Hvarenó* invocada al comienzo por el teúrgo, doctrina de la cual ya habláramos en el capítulo III.

Compara la fórmula propiciatoria dada por el texto con la dada en el ritual mágico de PEDRO D’ABANO (*Eptameron*, XI): “... Padre mío celeste... si es concedido al pecador, clarifica en mí, en este día, si es lícito al digno hijo tuyo, el brazo de tu potencia, contra estos espíritus muy pertinaces: para que yo, queriéndolo tú, pueda ser iluminado con toda sabiduría, y siempre glorificar y adorar tu Nombre”.

II

En el primer *logos* el teúrgo evoca desde lo profundo del propio ser la sensación del “cuerpo perfecto” o “cumplido” **σῶμα τέλειον**, que es como el “acto” de los diferentes “elementos” que en su forma oscura y corruptible componen su cuerpo animal. Tal “cuerpo” es formado por el “mundo de la Luz y de la Tiniebla, de la Vida y de la Muerte” —es recabado de las cosas que, sujetas al devenir, “son y no son”— por medio del “Poder de la Mano Derecha”, un nombre de la potencia iniciática del que hemos hablado, que opera la “transformación según la sustancia” concebida también en el gnosticismo, en el hermetismo y en el neoplatonismo, como integración, rectificación, fijación, enderezamiento. El modo de los “elementos” como se encuentran en el cuerpo animal del hombre es *oblicuo*, curvo, débil, oscuro, fluyente: es el *modo de las sombras y de los cadáveres*. La virtud esencialmente viril de la “Mano Derecha” —que es “Mano de Poder” (en hebraico, como en árabe, *jod*, mano, quiere decir también poder) y de “Justicia”— fija tales elementos; los activa, los vuelve a elevar, los convierte en *vivientes*.

Entonces actúa la *ley de la “simpatía”*. Es enseñanza iniciática que en cada órgano de un cuerpo humano íntegro se encuentra como encadenada una forma de *sensibilidad cósmica*, lo que constituye una vía para comunicar

“según la sustancia” con elementos correspondientes del mundo superior e interior.

En el *logos invocatorio* el teúrgo busca exaltar la propia conciencia en este “sentido” y hacia esta relación cósmica, puesto que sólo sobre la base del mismo el acto ritual o mágico puede producir efecto. La doctrina del “Cuerpo Perfecto” posee correspondencias en varias otras tradiciones: recordemos sólo el “cuerpo espiritual” paulino, el *augoeides* o “cuerpo radiante” del cual se habla en PLOTINO y en OLIMPIODORO y el *vajra-kâya* o “cuerpo de diamante-fulgor” del tantrismo budista (*Vajrayâna*). Este cuerpo es “cuerpo de resurrección” y “cuerpo mágico”. En AGRIPA (*De occulta philos.*, III, 44) se dice: “En todo el conjunto del mundo no hay ninguna obra tan admirable, tan excelente, tan milagrosa, como el alma humana, la que posee en sí la imagen de la divinidad, llamada por los magos *alma que está y que no cae*. La forma (la actualidad) de toda la virtud mágica viene de esta alma del hombre *que está y que no cae*”. La expresión técnica “que está y que no cae”, tradicional, usada desde tiempos antiquísimos, se refiere justamente a la antes mencionada “fortificación” a través del “poder de la mano derecha”. En el *Corpus Hermeticum* Tat, el “hijo del Arte”, dice a su Maestro Hermes-Thot: “Fortificado por Dios, oh Padre, yo contemplo no con los ojos, sino con la energía intelectual de las potencias”. El término usado es $\alpha - \kappa \lambda \iota \nu \eta \varsigma$, es decir *convertido en estable*, que no cae. Desde el mismo se puede llegar al término *sahu* que designaba arcaicamente al cuerpo a través del cual el difunto se confirmaba en la inmortalidad. En efecto, el egipcio *aha* significa estar de pie, hacer frente, y con el prefijo *s*, que en aquella lengua forma los verbos causativos, se tiene *saha* = hacer permanecer de pie, llevar arriba, enderezar. En la antigua lengua egipcia el muerto era denominado también *kherit*, es decir, aquel que ha caído; y era solamente en virtud del *sahu* formado por el rito que la inmortalidad era hecha posible. Por otro lado el nombre mismo del interlocutor hermético: Tat, en egipcio significa estabilidad, duración, y el jeroglífico que corresponde a su pronunciación es el *nilometro*, es decir el tronco del tamarisco sobre el cual, según la tradición, había ido a detenerse el cuerpo de *Osírides* muerto antes de su resurrección. En griego $\alpha \nu - \iota \rho \tau \eta \mu \iota$ y $\alpha \nu \acute{\alpha} - \rho \tau \alpha \rho \iota \varsigma$ tienen etimológicamente el mismo sentido del egipcio *sahu* y son usados por HERODOTO y hasta por HOMERO en el sentido de surgir de la muerte. El poder iniciático hace resurgir a aquel que ha caído: de un “cadáver” y de una “sombra” recaba en acto —en el “cuerpo perfecto” o “rectificado”— un *Viviente*.

En el nombre de la realidad trascendente evocada en el propio cuerpo, el teúrgo pide pues, en el pasaje al “nacimiento que es libre de muerte”, la extinción de la “necesidad”. La idea de ἀνάγκη se encuentra en la más antigua misteriosofía helénica y, siendo equivalente a la hindú de *karma* y a la budista de *tañhâ*, remite al profundo e irracional intento desde el cual el ser es precipitado en una vida animal, a aquel conato que desde el estado de “ser en sí” conduce hacia el estado de “ex-sistencia”, es decir de “estar-afuera”.

En un aspecto especial y más técnico, la “necesidad” y el “acre e incesante deseo” del cual el texto habla más de una vez, puede referirse a una experiencia característica que sobreviene en muchos, no apenas que ello, con las primeras disciplinas, logra (a sabiendas o no) tocar y poner en movimiento alguna cosa en la zona subterránea de su esencia. Esta experiencia es como de un *hambre* indecible, orgánica, absoluta, generadora de una angustia y de una insatisfacción sin par. Ella busca alrededor, prueba apagarse precipitándose hacia éste o aquel objeto, identificándose con ésta o aquella tendencia o apetito humano, a partir del mismo hambre físico hasta el espasmo de una pasión similar a la del *Tristán e Isolda*. Tentativo vano, puesto que es un hambre que nada más que lo que es humano y terrenal puede satisfacer: ella agudiza desesperadamente cada especie de sensación, que sin embargo resulta siempre insuficiente, de modo tal que permanece en una especie de desgastante tendencia hacia el vacío. Entonces *morir* puede aparecer como una alegría suprema y como el único objeto adecuado al deseo (véase el *muero porque no muero* de Santa Teresa en el himno a las tinieblas y a la muerte como cumplimiento supremo del amor; en el *Tristán* se puede hallar la misma situación): justamente en el oscuro presentimiento de que muerte y noche (véanse también los “*Himnos a la noche*” de Novalis) esconden aquello con lo cual puede apagarse esta sed sin nombre de la cual veremos que es tema también en el orfismo. Se podría indicar más de un caso en el cual el matarse ha sido el epílogo catastrófico de un redespertar semejante.

Esclavo de la “necesidad” ἀνάγκη, el hombre es llevado pasivamente por la “corriente” de acuerdo a una ley que el iniciado quiere infringir. Le es necesario por lo tanto *fixar* la potencia de su alma humana, suspenderla y mantenerla firme debajo de sí, por medio del superior poder que le ha sido transmitido; sólo entonces el vínculo podrá ser removido, con el cambio de estado podrá disolverse en él la “angustia”: el Yo *respirará*, respirará el “aire cósmico” que es el éter de libertad y de libera-

ción, un estar-en-ningún-lugar y fresca hecha de actividad inmaterial; es también el “éter de vida” o “éter de los Vivientes”, que resuena en una forma espiritual de sonido, en sílabas hechas de evidencia y de iluminación. Estas sílabas en la arcaica tradición egipcia son los denominados “nombres de potencia”; son también los *mantra* del hinduismo, la “letras de luz” de la Cábala.

ARÍSTIDES, en lo relativo a los Misterios de Eléusis, dice que se experimentaba en ellos lo que de más horrible y de más maravilloso, de más espeluznante y serenador pueden ofrecernos a los hombres las cosas divinas (*Eus.* 256). De la misma manera en nuestro ritual se habla de la “Maravilla del Fuego”, del “Horror de las Aguas” (las “Aguas que dan escalofríos”), de los “Abismos de la Fuente”. Recordemos que estas experiencias se refieren a los Misterios Mayores, reservados a quien ha sido templado por pruebas anteriores de modo tal de poder superar el extravío, el terror, el arroboamiento que se derivarían para el común de los hombres. El texto indica una protección: la súbita invocación o evocación del “Silencio”, del “estado de silencio” del cual ya se ha hablado antes.

El “ojo inmortal” es el “tercer ojo”, el “ojo frontal”, “ciclópico” o “solar”, el ojo de la *visión espiritual*. También por esto la literatura iniciática es rica en referencias. No sólo ello es apto para fijar el Eón, sino que al mismo se le revelan también las cosas que el “fuego de purificación” desnuda de su modo particular, exterior y sensorial de aparecerse. Se ha mencionado su correspondencia con el “ojo de Siva”, al cual a su vez alude la perla frontal que se reencuentra en la efígie de Buda.

La mención contenida en este *logos*, de que la potencia del alma humana debe ser restituida más allá del estado de la “necesidad”, confirma la visión de que la iniciación no es un naufragio místico, sino una integración; integración en el estado superior y anterior a las condiciones de la forma y de la existencia inferior.

La invocación del primer *logos* se encuentra plena de *voces mysticae*. De las mismas ha sido dicho: son voces que, asumidas en un especial estado de exaltación fluídica, poseen un poder suscitador, evocador, casi como “expresiones absolutas”, gestos de potencia en los que se proyectan los significados a partir de los cuales son cargadas las restantes palabras. Para que tengan efecto, estas voces deben ser “despertadas”. El “entusiasmo” teúrgico debe “encenderlas” y “abrir las” hasta el punto de que ellas irrumpen casi espontáneamente en las invocaciones.

En tales “voces” debe también notarse la presencia de las siete vocales griegas, en su correspondiente orden quizás a los siete planetas y a los siete

grados de la jerarquía mágica que responden a un simbolismo vastísimo.

III

Hemos dicho que la *primera instrucción* se refiere a una realización del elemento “aire” obtenida a través del soplo. Ello presupone conocimientos de la ciencia del soplo en el sentido del *prâna* hindú, energía mágica de vida encerrada en la respiración. Las tres inspiraciones con probabilidad se refieren a tres profundidades del soplo, interiormente atravesadas por un movimiento que, finalmente, resuelve la conciencia en el “estado aéreo”.

La primera visión de los Dioses que le sigue a ello es una proyección suprasensible hecha posible justamente a partir de tal estado en donde, como dijéramos, libres del yugo de la sensibilidad física, en la transparencia del Ojo o Disco solar, lo que duerme en la sepultada interioridad del hombre puede ser conocido bajo la forma de imágenes.

Apenas es necesario resaltar que, acerca de los Dioses que se elevan o descienden, hay que remitirse a la escala de Jacob y al Telesma que, según la *Tabula Samragdina*, se dirige de la tierra al cielo y de nuevo desciende a la tierra conteniendo la potencia de las cosas superiores e inferiores. Estas dos corrientes de fuerza mueven el aire cósmico en conformidad con la modulación que en el “viento” es impresa por la “flauta”, y manifiestan en variado y antagónico modo la Fuerza única según que se la tome en referencia a la región de Oriente (símbolo para el mundo del surgimiento, crecimiento y de las generaciones) o bien la de Occidente (símbolo para el mundo de la decadencia y del pasaje). Y si esta oposición reconduce a aquella ínsita en el denominado “Gran Agente Mágico”, nosotros estamos inclinados a referir a ello también el sentido de dos misteriosos “Diodóforos”, el uno con la antorcha en alto y el otro con la antorcha abajo, muchas veces representados en los monumentos mitraicos.

No es esta la primera vez que se encuentra el “Viento” en el mitraísmo. Si en el hermetismo se dice que trae en su regazo al Telesma, “padre de todas las cosas”, en otros monumentos mitraicos (por ejemplo en el *bajorelieve de Módena*) por cuatro lados embiste al Eón, que se encuentra entre las dos mitades de un “huevo”, símbolo afín al del *athanór* alquímico.

En la reconstrucción del mito por parte de F. CUMONT (*Les Mystères de Mithra*, pág. 113, Bruselas, 1913) aparece de nuevo el “Viento” que

flagela la “desnudez” de Mithra, salido de la “piedra”, sobre el lecho de las “aguas”. A no ser que Mithra pertenece al tipo de quienes hacen violencia al “árbol”: arrancadas del mismo las hojas para crearse una “vestimenta” que lo proteja y alimentado de frutos se dirige para medirse con los señores del mundo maravilloso del cual está penetrado y que desde lo alto de las “montañas” habían asistido al milagro de su nacimiento de la “piedra”.

© Todos estos símbolos son bastante claros para el estudioso de las ciencias esotéricas. Según la interpretación de J. EVOLA (*I Misteri di Mithra* en “*Ultra*”, nº 3 de 1926) el “viento” tendría justamente relación con la primera experiencia de la fuerza cósmica con la cual se es golpeado en el momento de desvincularse de las condiciones corpóreas; en relación a tal fuerza es necesario por lo tanto que el iniciado se reafirme con una proyección del fuego positivo que atrae un descenso de la fuerza cósmica femenina. Esta envolverá con una “vestimenta de poder” o de “llama” el núcleo del iniciado, vestimenta que será su cuerpo suprasensible.

En nuestro ritual se tiene aproximadamente la misma cosa, viviendo el iniciado en el *Mysterion* los significados encerrados en el mito. Sin embargo nosotros vemos que a la experiencia del “viento” le sigue la de los Dioses en acto de precipitarse sobre el recién llegado, en cuanto éstos son los enemigos de quien tiende a desvincularse de cualquier influencia de ellos y a identificarse con el supremo principio.

IV

Es la invocación de un tal principio, unida al “Silencio”, la que hace vencer la prueba al teúrgo y la que convierte en bien a los influjos de los Dioses, los cuales son dejados atrás, en el “modo habitual de su obra”, en la superación de su ley. Este “silencio” que resuelve la tensión reclama el *παῦε παῦε* de un fragmento gnóstico: “Así pues el mismo Hombre es llamado *Papa* por los Frigios, puesto que él calmó todas las cosas que, antes de su manifestación, estaban en un modo desordenado y inarmónico. Puesto que el mismo *Papa* es el sonido sintético de todas las cosas en el cielo y en la tierra y bajo la tierra al decir: ‘Calma, calma (*auué epap*)’ ante la discordia del cosmos. Los Frigios lo llaman también el ‘muerto’ cuando está sepultado en el cuerpo [material] como en una tumba y, después de la transformación, Dios” (*apud* HIPOLITO, V, I, 21-22).

El gesto del dedo sobre los labios remite a la conocida representación del dios Arpócrates (ver APULEIO, *Met.* I) que en la tradición egipcia expresa

una forma del Sol naciente, una personificación de Horus el Joven, es decir de la fuerza originaria que resurge y se vuelve a confirmar después de que Osírides ha sido hecho pedazos (símbolo del proceso de individuación). Esta fuerza, al despertarse, saliendo de la “sepultura”, impone silencio al caos y al tumulto de la naturaleza elemental aun no domada.

FILALETES (*Intr. ad iccl. Regis palat.* VI, XI) hace mención a las impurezas del “aire”, al formarse de “nubes” que oscurecen el cielo y que es necesario esclarecer hasta la blancura de la Luna; a lluvias abundantes que deben ser provocadas para que otorguen al Aire su serenidad. Se hace alusión sin duda alguna a la misma experiencia.

El encuentro con guardianes de puertas celestes y su pasaje a través de fórmulas mágicas se vuelve a encontrar en textos gnósticos, por ejemplo en el referido por DIETRICH (pág. 35, n.): “Volved atrás *Ialdabaoth* y *Kuro*, vosotros arcontes del tercer eón, puesto que yo invoco ZUZÊZÂZ ZAÔZUZ KÔZÔZ. Entonces los arcontes del tercer eón descenderán, huirán hacia el occidente, hacia la izquierda, y vosotros iréis hacia lo alto”.

El *silbar* se vuelve a encontrar en el *Eptameron* (XII) de PEDRO D' ABANO: le siguen al mismo “grandes movimientos”, luego la aparición de entidades que primero están en acto de lanzarse en contra del operador encerrado en el círculo mágico, y que luego, mostrando él también el “Sello de Salomón”, asumen forma pacífica y le obedecen.

VI

La declaración, por parte del iniciado, de la propia dignidad estelar es frecuente en la literatura misteriosófica. Ella es también afirmada en las láminas órficas, frente a los guardianes de la fuente de *Mnemosine*: “Mi estirpe es celeste (ἐμοὶ γένος οὐράνιον) y vosotros también lo sabéis. La sed me arde y consume”. (*Lam. Petelia*). “Soy de vuestra estirpe beata. Pero la Moira y el centellar del rayo me abatió volviéndome árido” (*Lam. Thurií*, II).

En nuestro ritual la declaración parece tener un sentido determinativo, que establece la *omousía* (identidad sustancial) con las naturalezas celestes en el orden de las cuales se es penetrado; sigue en efecto la visión solar, indicada por el “Disco”. El “silabar” y el “soplar” tienen una posible relación con prácticas de soplido. Podría incluso mencionarse un acercamiento con la denominada “purificación de las *nâdî* (*nâdîsuddha*)” yoga, que consiste justamente en una expiración sincopada en pequeños momentos, animada

mentalmente de modo tal de proyectar hacia afuera los elementos turbios e impuros del cuerpo flúidico y de llevar al acto todas las “corrientes” del mismo. Esta acción en el texto viene después del “trueno” (acerca del significado de esto véase el trueno a través del cual DANTE en su viaje ultraterrenal “viene a menos” [*Infierno*, III, 130 y sig.]). Y parece dirigida a confirmar una firmeza entre el tumulto de los elementos interiores producidos por el “trueno” mismo.

La visión solar es identificativa; ella se actualiza en un espacio que es la conciencia misma en su simplicidad inmaterial. Para la referencia a las estrellas de cinco puntas se podría intentar la interpretación de que aquí tal visión tenga por objeto a los seres humanos, en cuanto éstos tengan al 5 como su “Número”. Entonces la inmensa Rueda de la generación (ὁ κύκλος τῆς γενερέως), la Rueda del destino y de la necesidad (ὁ τῆς μοίρας) que equivale en términos hindúes al *samsâra*. Se confronte uno de los motivos del *Mjjhimonikâyo* budista: “Con el ojo celeste, esclarecido, supraterrrenal, ve desaparecer a los seres y reaparecer, vulgares y nobles, bellos y no bellos, felices e infelices, reconoce como los seres reaparecen según sus acciones”.

La necesidad que rige a las cosas terrenales tiene como contraparte la obstrucción de las puertas celestes; y no es posible ir más allá si no se supera esta visión, la angustia por la cual invade a la más antigua Hélide: neutralizando ello el desvío de la naturaleza humana con la invocación del Señor del Fuego.

VII

Esta invocación es una de las más bellas y poderosas entre todas las que se encuentran en tal tipo de literatura. Hay efectivamente un ritmo oculto que vincula a los diferentes atributos con los *nomina arcana* en un *crescendo* de exaltación que culmina en la serie de los nombres divinos, en donde parece que la expresión se desvincula de las articulaciones y se vibra bajo la forma de actos puros. Dice el texto que el *logos* debe ser repetido hasta que los siete Dioses se encuentren cumplidos, es decir *realizados*, esculpidos en la luz interior. Entonces, tras un nuevo “Silencio” en el cual se libera y se “fija” el ímpetu de la invocación, he aquí que efectivamente las “puertas” se abren (el “trueno” y el “estruendo” marcan el nuevo cambio de estado, las nueva “caída de potencial”, para usar una imagen física), los Dioses aparecen y la conciencia es transportada en lo alto entre ellos.

Los “Nombres” son pronunciados “en Fuego y Espíritu”, en la conjunción de la fuerza ígnea masculina y del soplo fluídico femenino y con la adecuada “dirección de eficacia”. Los diferentes atributos tienen que actuar sobre el espíritu del evocador como tantos pedazos de combustible que, lanzados en el fuego, provocan una siempre más alta llama.

VIII

Hemos mencionado que la invocación es una y simple. Se dirige a los siete Dioses planetarios y al Uno, al Eón solar, su raíz que los comprende y trasciende. En efecto, es ello lo que es invocado por el nuevo *logos* y es ello lo que aparece tras la jerarquía septenaria de los Dioses y de las Diosas.

El Eón que detenta las llaves celestes es sin duda el Chronos mitraico. El epíteto de “tú, del doble cuerpo” encuentra su relación con las figuraciones monumentales mitraicas, en donde este ente tiene cabeza de león con las fauces abiertas (símbolo del Fuego devorador) y cuerpo humano. Lleva además las alas, una serpiente envuelve su cuerpo (véase la “serpiente *kundalini*” que envuelve en la simbología tántrica, al *svayambu-linga* de Siva, principio de la virilidad trascendente) para luego posar la cabeza en medio de su frente; aprieta en una mano los rayos, en la otra una llave (o, en otras efigies, un cetro). Sus pies pisan el signo lunar, justamente como en el símbolo del “Rebis” —como él, “cosa doble”, hermafrodita— de los alquimistas y de aquella “Virgen” cuyo significado esotérico se ha perdido entre los cristianos. Así como el Fénix, el mismo se recaba del fuego.

IX

En el espacio del *cuarto logos*, mientras que se va formando el modo de la centralidad (los rayos asumen al iniciado como centro de convergencia), aparece el mensajero de Mithra.

En el *logos*, el quinto, hay varios puntos dignos de relieve. Se confirma allí en primer término que el “Sol” no vale aquí como la divinidad suprema. Hemos ya dicho que Mithra, en vez de subyacer a la fuerza divina —como acontece en cambio en el mito hebraico respecto de aquel que por igual toma del “Árbol” y de los otros audaces que, según la alusión de las laminillas

órficas citadas, han sido abatidos por el fulgor— la vence, y ubica a esta victoria como premisa de su alianza con el Sol.

Resaltemos, en segundo lugar, la expresión concerniente al Jugo de la Vida del esperma que, ya creador del cuerpo animal del iniciado, padece una *transformación* en el rito. Nos parece que aquí está mencionada la doctrina de la regeneración oculta del poder sexual, de la “conversión de la Aguas que fluyen en lo bajo en Aguas que fluyen hacia lo alto”. No sólo se alude a esta operación secreta en la invocación, sino que parece hallable una homología de la acción teúrgica con la técnica yoga. Nos referimos al paso tras el quinto logos, en donde se habla del Dios solar que se conduce hacia el “Polo”, hacia el “Soporte” y luego *procede*; en donde también se habla de un *mugir* y de un expirar completamente el soplo. Recordemos en efecto que en el *kundalinî-yoga* el “lugar” de *kundalinî*, (que en su forma durmiente es denominado justamente como el poder generativo del hombre) de *kundalinî*, que es Potencia serpentina que envuelve al cuerpo del Eón mitraico, así como también efigies de divinidades propias de los cultos siríacos de Isides, es denominado *mûlâdhâra*, que significa: “soporte radical”, idea que corresponde a la de “polo” o “pernio”. Y bien, desde el principio también el teúrgo es conducido a la raíz del propio ser (= *mûlâdhâra*), y por ende al despertar de la fuerza. El *mugir* (Mô) puede ser un *mantra* de despertar y la comparación, sea con el mantra OM (efectuado por MEAD), sea con el otro HUM dado por los textos tántricos justamente para tales prácticas, no nos parece infundada, teniendo presente la “inversión” que padecen las expresiones verbales en su asunción “sutil”. Y ese acto de expulsión de todo el aire articulándolo con el de mugir no puede no recordarnos una de las principales enseñanzas del *kundalinî-yoga*, en donde justamente el *kumbhaka* —la suspensión de la respiración completamente emitida o completamente retenida— se dice que crea un estado propicio para el despertar del *kundalinî*.

En cualquier caso queda afuera de toda duda que el mugir se vincula al “poder taurino”, a la fuerza creativa, masculina y amónica. El mugir, además que en el mitraísmo, se lo reencuentra en los ritos tracios de Dionisio, y DIETRICH, en base a las búsqueda de A. LANG (*Custom and Myth*, 43), lo pone en relación con el denominado *bull-roarer*, instrumento que en las ceremonias de muchos pueblos primitivos, en Nuevo México, en Australia, en Africa, en Nueva Zelandia, produce una especie de estruendo o mugido que evoca al Dios o anuncia su arribo. Este instrumento sagrado no puede ser visto por ninguna mujer sin morir. La interpretación esotérica

de esto podría ser que el poder taurino arde y aniquila a la “mujer en el Yo”, pero sin embargo el que lo despierta sin haberse antes confirmado en la naturaleza dura y seca del “Acero de los Sabios” es conducido a la catástrofe.

Acerca del mugido pueden ser interesantes estos versos de un himno extático chamán: “El toro poderoso ha mugido. El caballo de la estepa ha tenido un estremecimiento. Yo estoy por encima de todos vosotros, yo soy hombre. Soy el hombre dotado de todo. Soy el hombre creado por el Señor del Infinito.” (*apud* M. ELIADE, *Le chamanisme et les techniques archaïques de l'extase*, París, 1951, pág. 210).

Un especial significado técnico parece tener la prescripción de *fijar* al Dios solar una vez que éste, habiéndose puesto en el “polo”, procede sobre el “sendero”, el cual, si nuestro análisis es correcto, podría ser el camino recorrido por el fuego del *kundalinî* y el espacio en el cual —pasando al simbolismo extremo-oriental— el “Dragón” levantará vuelo. Este “fijar” expresaría un absoluto y aun inmaterial consistir mientras se es transportado en un tal “vuelo”, sin que la operación pueda tener la consecuencia letal aquí mencionada. En AGRIPA (*De occul. phil.*, I, 20) se habla de “un cierto hueso mínimo llamado *luz* por los Hebreos, que es ‘incorruptible’, que *no es vencido por el fuego*, sino que se conserva ileso, del cual (dicen) que como una planta de una semilla en la resurrección de los muertos, nuestro cuerpo humano vuelve a pulular; y estas virtudes no se expresan con el razonamiento, *sino con la experiencia*”. A. REGHINI ha notado que en arameo *luz* es justamente el nombre del hueso pegado a la extremidad inferior del hueso *sacro*, en la base de la columna vertebral. Ahora bien, eso precisamente, de acuerdo a la enseñanza hindú, sería el lugar del *mûlâdhâra*, sede del *kundalinî*; y de *kundalinî* se dice que *regenera* el cuerpo: es decir trae del “sepulcro” en el que yace el místico “Papa” —el Muerto según el mencionado fragmento— el “cuerpo perfecto” de nuestro ritual.

En el capítulo anterior se ha recordado que *Luz*, de acuerdo al *Pentateuco* (*Gen.*, XXVIII), era el antiguo nombre de la ciudad de *Bethel* (= *Casa de Dios*) en la cual Jacob tuvo el conocido sueño; en cuanto que Jacob mismo despertándose dijo: “Verdaderamente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía” y, tomado por el miedo: “¡Cómo es terrible este lugar! ¡No es otro que la casa de Dios y la *puerta* del Cielo!” Ahora bien, *mûlâdhâra*, siempre de acuerdo a la mencionada tradición, es llamado precisamente el “Umbral de Brahmán” (*brahmadvâra*) ni tampoco faltan referencias en el hermetismo alquímico. Citamos ahora a FILAETES (*ibid.*, IV): “Este

centro (del “magneto”) se dirige naturalmente hacia el *Polo*, en el cual la virtud de nuestro Acero se fortifica por grados. Es en este Polo donde se encuentra el corazón de nuestro Mercurio, que es un verdadero fuego en el cual reposa su Señor, y navegando por este gran Mar, él arribará hasta las dos Indias”.

Se narra además que en la entrada de una “caverna” —a ser vinculada con los símbolos herméticos de la “mina” y del “antro de Mercurio” y de Trofonio, como también a lo que puede reflejarse materializado en los diferentes y prehistóricos “cultos de las cavernas”. Cerca de *Luz* había un almendro con una apertura en el tronco; a través de esta apertura se alcanzaba el camino para la “ciudad”, que estaba totalmente escondida y era tal que “el ángel de la Muerte” no podía penetrar ni tener sobre ella ningún poder (ver la *Jewish Encyclopedia*, VIII, 219). Quien se tomase el trabajo de analizar un texto tántrico (SHIVA-CANDRA, *Tantratattva*, III, 2) se hallaría sorprendido en encontrar una alegoría idéntica en lo referente al ritual secreto del yoga.

Sobre el “polo” en el que se lleva nuestro principio solar, “nuestro Oro”, se podrían desarrollar importantes consideraciones simbólicas. En la tradición extremo-oriental el mismo corresponde al “invariable medio” del cual se manifiesta la actividad del Cielo: y en muchas otras tradiciones recorre la “Montaña Polar”, montaña en la cual muchas veces se encuentra el ingreso a la *Tierra de los Vivientes*. Y aquí se aparecería otro orden de ideas: de la doctrina del arte secreta se sería conducidos a la del reino invisible y del “Rey del Mundo”, para la cual nos remitimos al libro homónimo de GUÉNON.

X-XI

Por todo lo que concierne a las fases sucesivas del ritual cuando se habla de siete dioses y de siete diosas, nos podremos referir a un mito helénico característico; puesto que ya por lo que venimos diciendo, también ahora la ciudad de Luz puede ser comprendida como la medida en la cual los mitos y las leyendas tradicionales no se reducen a fábulas, sino que contienen, en manera cifrada, comunes enseñanzas iniciáticas.

Se trata del mito que representa a Hermes y a Apolo en acto de intercambiarse el Caduceo y la lira de siete cuerdas. Apolo es el dios solar, pero también idéntico a la aparición que sigue al cuarto *logos*, al dios que antes se eleva al “polo” y luego procede sobre el sendero, en el punto en

el cual será “fijado” e intervendrá el mugir que anuncia el redespertar de la fuerza primordial. Acerca de tal “redespertar”, tenemos que en el Yoga el mismo se basa en la conjunción de dos corrientes de fuerza sutil (solar y lunar), las cuales en el hombre común son diferentes y van serpentinamente a los dos lados de una línea ideal que atraviesa el cuerpo partiendo de la sumidad del rostro hasta el hueso sacro, siguiendo por lo tanto la línea de la columna vertebral, del mismo modo como lo hacen las dos serpientes del caduceo hermético alrededor de la verga central (véase sobre esto A. AVALON, *The Serpent Power*, Madras, 1924). El caduceo del mito podría aludir a tal composición, de la cual procede el actuarse de una tercera dirección central (la verga del caduceo que será recorrida por *kundalinī*; y sobre esta dirección interior se encienden y redespertan los denominados *çakra*, o centros de fuerza, que corresponden en su número a la jerarquía septenaria, a los siete planetas, a los siete dioses, a las siete cuerdas de la lira, a las siete esferas, a las siete espirales de la serpiente llevada por la divinidad frigia y por el eón mitraico, etc. Por lo tanto: con la composición del Caduceo, el iniciado obtiene del principio solar (Apolo) el acceso a aquella “Vía Regia” en donde, llevado por el poder ígneo taurino que le abre las “puertas”, él realiza la experiencia de los estadios trascendentes que constituyen la inmaterial jerarquía de la hebdomada y la simbólica “Tierra de los Vivientes”.

Tal realización tiene dos fases: aparecen antes siete vírgenes, luego siete dioses. Refiriéndonos de nuevo a la enseñanza hindú, “duermen” en cada uno de los siete *çakra* un dios (*deva*) y una diosa (*devi*), a ser comprendidos como el aspecto masculino y el aspecto femenino de los correspondientes entes. Hemos ya mencionado que el aspecto “femenino” es el aspecto manifestado y por lo tanto dinámico, activo, inmanente, demiúrgico: es el aspecto *sakti*, es decir el aspecto *potencia*, substrato de las cosas existentes en cuanto existentes. Es significativo a tal respecto en nuestro ritual el epíteto de “guardián de los *cuatro Fundamentos*” y de “Diosas del Destino”.

El aspecto masculino se refiere en vez al aspecto trascendente, desapegado, inmutable; aspecto que, de acuerdo a un simbolismo hallable en diferentes tradiciones, tiene que ver con el color *negro*, en oposición a la “luz” que comienza donde empieza la manifestación, el *πρόοδος*, sin poder retomar también el poder creador primordial, de cuya naturaleza participan los dioses negros de rostro taurino. Estos son pues los “sostenes”, los centros de los siete centros; y de ellos procede, como dice el texto, el movimiento torrentoso de las ruedas celestes referido no más al orden del “cuaternario”, sino al del “ternario”.

El ritual alude pues a visiones en las cuales es experimentado el septenario cósmico antes en su aspecto immanente, luego en su aspecto trascendente.

Podremos recordar en este punto también un conocido pasaje de APULEYO (*Metam.*, XI, 23): “He alcanzado los límites del pasaje, he pisado el umbral de *Prosérpina* y, habiendo sido llevado a través de todos los elementos, he regresado a la tierra; en medio de la noche he visto el sol centellante en pura luz: me he acercado a los *dioses ínferos* y a los *dioses superiores* y los he adorado cara a cara”. La correspondencia de estas fases con el itinerario ya dado en nuestro ritual es bastante evidente. Pero el verdadero cumplimiento está más allá de estas mismas experiencias. El iniciado se disuelve paulatinamente de las órbitas de los dioses y de los planetas y se conduce más allá. Es un ascenso idéntico a una *simplificación*, a una *ἀπλῶσις*, para usar el término plotiniano: en cada una de las esferas el alma se libera de aquellos diferentes elementos de “pasión” por los cuales ella subyacía en su vida mortal a los Señores de estas mismas esferas, hasta convertirse totalmente en desnuda, “vestida sólo con su propio poder”, tal como se dice en un pasaje del *Corpus Hermeticum*.

En nuestro texto parece que las diferentes superaciones han sido dadas en función de un saludo a cada uno de los dioses, unido a voces que pueden tener valor, sea de crisma como de conjuro. No resulta directamente del texto el carácter dramático que pueden asumir tales experiencias cuando el iniciado se dirige a trascender las diferentes jerarquías cósmicas identificándose a ellas sin venir a menos, resistiendo y conservándose, despertando sobre su misma dirección, o una “ascendente”, una fuerza *más fuerte* que aquella de la cual cada una dispone, con la cual se opera el pasaje hacia la jerarquía inmediatamente superior.

El ritual conduce al “estado más allá de los siete” en donde en un temblor de la tierra que tiene el mismo sentido ya indicado para el “trueno” (recordemos la voz de trueno del “hombre gigantesco” visto desde una “alta montaña”, del cual se habla en el *Evangelio de Eva*, *apud* EPIPH., *Haeres.*, XXVI, 3) tiene lugar el encuentro del iniciado con Mithra.

La fuerza taurina (ternero) a través del símbolo de la “Osa” es nuevamente indicada como la fuerza cósmica central. Mithra es el dominador de ella. El se encuentra retratado en varios monumentos en el acto de llevar sobre su espalda a un ternero, justamente para indicar su cualidad de “matador del toro”. Y la taurobolia, en esta tradición, posee el valor de un renacimiento en la eternidad. La doctrina mitraica considera a un taurobolio trascendente en el pasaje del espíritu más allá de las siete esferas. No queremos

dejar aparte la observación de que la constelación de la *Osa*, referida en el texto a Mithra, en su conjunto da justamente la figura de un carro con bueyes subyugados; y el “septentrión” que ella indica puede darse justamente con *septem-triones*, es decir de acuerdo al uso virgiliano del término, siete bueyes. De lo cual se sería llevados precisamente a lo que rige los siete dioses ya hallados, dados con rostro taurino y “negro”.

En cuanto a la instrucción del final del *séptimo logos*, hemos dicho que se refiere a la glorificación del iniciado en la misma naturaleza de Mithra, a la realización de la cualidad misma de Mithra, a cumplirse en una suprema asunción del poder taurino que ya ha abierto las puertas celestes, sobre el cual se debe operar ahora la misma transformación figurada en el símbolo, o rito, del taurobolio.

XII

En el penúltimo *logos* el teúrgo *fija* esta realización en la propia alma. Es la “digestión” de la naturaleza de Mithra a través de un *mando*. Es un nuevo testimonio de la naturaleza aquilínea del iniciado, quien fija intensamente la imagen mágica del Gran Dios mientras que en el “mugido” resuena la amenaza de aquella fuerza ya asumida.

Una invocación análoga, de origen egipcia, es dada en otro papiro mágico griego (A. DIETRICH, *Abraxas*, Leipzig, 1891, 195, 4 y sig.): “¡Puedas tú estar en mi mente y en mi corazón por la duración de todos los días de mi vida, y llevar a cumplimiento todo lo que quiere mi alma! Puesto que tú eres yo y yo soy tú. Cualquier cosa que yo diga, pueda ser hecha para siempre, pues tengo tu Nombre (en sentido mágico, es decir tu “presencia”) como guardián en mi ‘corazón’ ”.

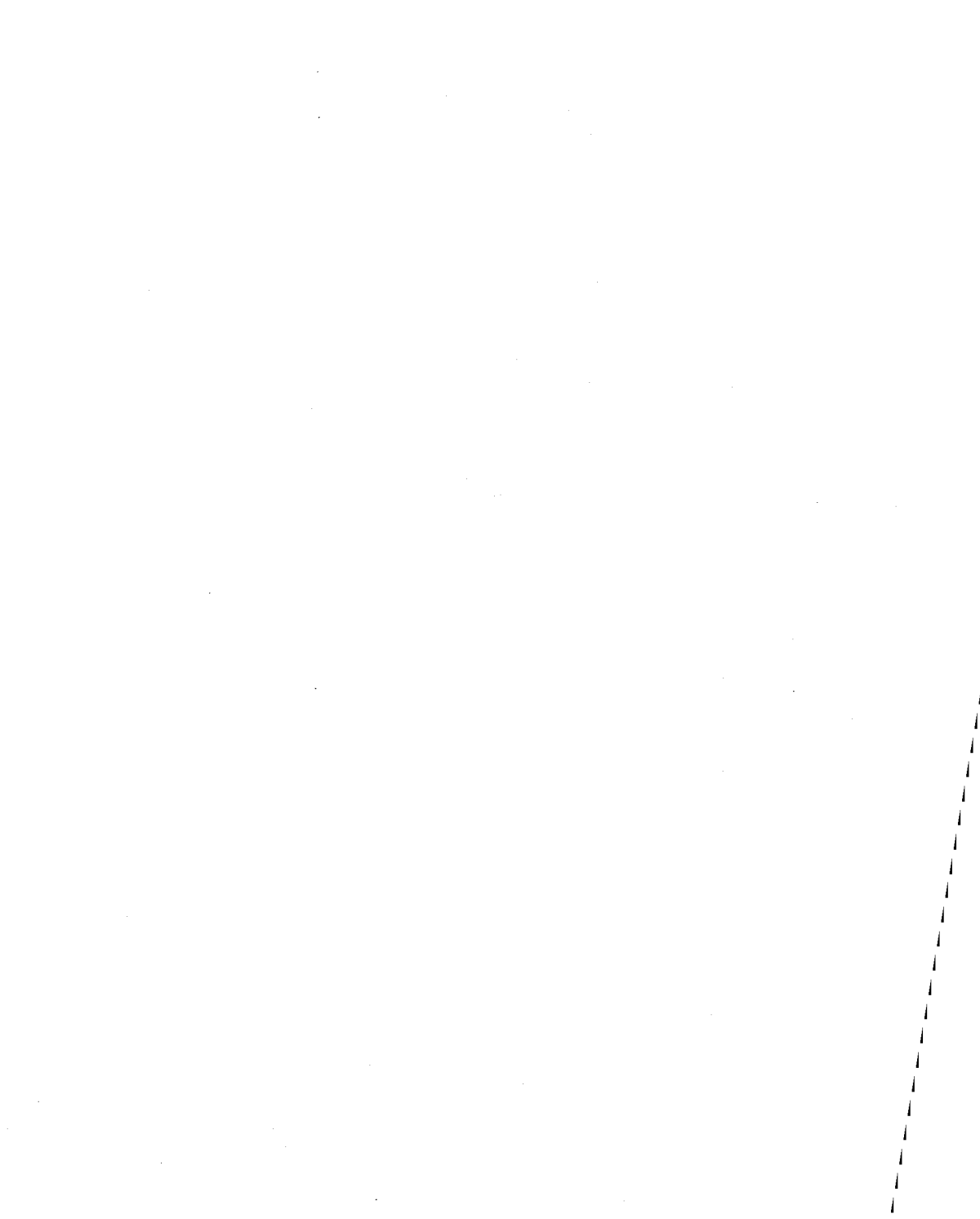
XIII

El cumplimiento de la obra es coronado con la fórmula final de “Salve” al dios del Rito, que ha cumplido el Misterio de la Transformación. El epíteto de “Dominador del Agua” se transparenta con un significado que debe ya ser familiar al lector. El de “Señor del espíritu”, que encuentra exacta correspondencia en el *Corpus Hermeticum*, es propio de las asunciones “mágicas” de la tradición iniciática. Aquí el más alto valor no es *ser* espíritu, sino el *Señor del espíritu*.

La “regeneración” del iniciado es su integración, su cumplimiento, su despertarse a aquella vida respecto de la cual el oscuro, sediento migrar de los mortales no es otra cosa que *muerte*; a aquella que es “vida en sí misma” y “por sí misma” (*autoozón*), vida incorruptible. Liberado en esta Vida, el adepto procede en la “Vía”, en el impronunciable *Tao* de la tradición extremo-oriental; es más, ES esta Vía misma, puesto que, según un dicho Sufi, “en la Vía de Dios *uno* es aquel que va, el ir es el sendero sobre el cual él va”.

A partir de “sagradas consagraciones”, de la “Fuerza fuerte de las fuerzas” y de la “incorruptible Diestra”, rescatado de la masa de los “muertos”, el iniciado, el “Hijo” de la Tradición y del Arte, en el rito de los Misterios Mayores surge a la potencia del “Aguila” que se eleva más allá de toda altura hasta el ápice en el cual resuena la fórmula del *Libro de los Muertos* egipcio:

“YO SOY EL AYER, EL HOY Y EL MAÑANA Y EL PODER DEL RENACIMIENTO. CONOZCO LOS ABISMOS. ES MI NOMBRE”



V

RECAPITULACIÓN

Antes de desarrollar con otras monografías el tema que nos hemos propuesto tratar, será útil lanzar una mirada hacia el camino ya recorrido.

El primer paso de la práctica iniciática es *conocer* aquel *silencio* y aquella *concentración* de la cual se ha tratado anteriormente (Cap. I), en donde, al explicar al mismo tiempo los símbolos de las “aguas” y de los “Salvados de las aguas” y de los “Dominadores de las aguas”, se ha dado el sentido más general del *Opus magicum*, que, bajo muchos aspectos, ha completado el comentario al *Ritual Mitraico*.

El segundo paso consiste en llevar el sentido de sí desde la cabeza hasta el corazón, es decir de una conciencia refleja a una conciencia orgánica central (cap. II). Entonces se abre aquí la posibilidad de tomar contacto con el *cuerpo sutil*, sobre el cual en el cap. III hemos comenzado a dar instrucciones.

Así como el cuerpo material es la sede de las experiencias que conciernen a la realidad material, del mismo modo el cuerpo sutil es la sede de las experiencias concernientes a la realidad sutil; o, para decirlo mejor, concernientes al aspecto sutil de la realidad. La experiencia de tal aspecto tiene relación con la de los denominados sonidos, señales, nombres de las cosas y de los entes, de lo cual ya se ha hablado sea en el cap. III, sea comentando el *Ritual Mitraico*, mientras que en este capítulo se pasará a exponer una concepción general del mundo como Palabra y como Símbolo.

Estas experiencias no acontecen a través de los sentidos físicos y trascienden también las facultades discursivas y racionales, que están esencialmente ligadas al cerebro y que recaban su materia de los mismos sentidos físicos. Una vez que el Yo se ha transferido al corazón, es dada a nivel de principios la posibilidad de un conocimiento que no es más indirecto, reflejo, perceptivo-discursivo, sino directo y *simbólico*: la presencia de las cosas y sus influencias son captadas por decirlo así, *a medio aire*, antes de que den lugar a las reacciones, que tan sólo en virtud de aquellas aparecen como “cosas físicas”. Por esto ha sido también dicho sobre los *símbolos* en tanto instrumentos o apoyos para una forma ya no más sensorio-discursiva de

conocimiento, libre del órgano del cerebro y que se hace acto a través de los sentidos sutiles. A continuación trataremos acerca de las diferentes tradiciones de símbolos: por ejemplo acerca de la hermético-alquímica.

Hay diferentes modos para suscitar el sentido del “cuerpo sutil” y para facilitar las operaciones que lo tienen como base. A tal respecto, se hablará a continuación acerca del uso mágico de los perfumes. Mientras tanto queremos integrar en esta dirección la instrucción ya dada en el cap. II, es decir la contemplación de un sol que surge en la noche y que se pone con el día, acompañada respectivamente por la sensación de que nosotros mismos también ascendemos y descendemos de un “monte”.

Es que durante la noche se produce alguna cosa que, en un modo materialista de expresarse, podría compararse con una “liberación” o “desapego” del cuerpo sutil respecto del cuerpo físico. Pero el Yo, habituado a apoyarse sobre el cuerpo físico, no sabe acompañar este desapego; he aquí entonces que el resultado no es el *despertarse*, sino el *sumergirse* de la conciencia en el *torpor*. Si el ejercicio en su momento indicado es seguido con la *justa intención*, opera en vez en el sentido de crear una predisposición para seguir conscientemente el proceso e “introducir al Yo en el estado sutil”.

Es necesario sin embargo resaltar que tal desapego a nivel natural no es completo, no es tal que el cuerpo sutil no mantenga una cierta conexión con el cuerpo físico que él anima; y la resonancia en él de los impulsos subconscientes y de los procesos (normales y anormales) del organismo crea el mundo de los sueños. Sólo en parte el mismo libera y entra en contacto con el mundo extrasensorial; pero muchas veces posibilidades de conocimiento y de acción que derivarían de tal aspecto son paralizadas por la subsistencia de aquella parcial conexión con la vida del subconsciente orgánico, creadora de los sueños comunes.

Hay que tender pues a un desapego *pleno* y *consciente*, creando una diferente polarización del cuerpo fluídico con respecto al físico. Ello lo puede intentar quien haya ya obtenido algún resultado del anterior ejercicio (por ejemplo: un sentido de vaga luminosidad fluctuante durante el sueño) y que haya tomado ya un cierto contacto con el mismo cuerpo sutil, de acuerdo a lo que ha sido dicho en el cap. III. Entonces, he aquí cómo hay que actuar. Antes de dormirse, tras haber acompañado contemplativamente al sol hasta el cenit y a sí mismo en el ascenso hasta la cima del “monte”, *hay que visualizar una imagen del propio cuerpo en la exacta proporción en la que se encuentra, ligarla al sentido del cuerpo sutil y luego imaginar*

un lento movimiento de la imagen así animada hasta llevarla a asumir la posición opuesta. Por ejemplo, si el cuerpo yace sobre el flanco izquierdo, se imagine una rotación hasta *sentirlo* como si yaciese sobre el derecho. Después de lo cual, se duerma. Por la fuerza de esta práctica es posible que la parcial dependencia de la vida orgánica sea suspendida también en el cuerpo sutil.

La condición para la eficacia de este rito es ir al encuentro del sueño sin cansancio, con mente tranquila y serena, con un íntimo deseo de elevación y de iluminación, casi con un sentido de veneración y de confianza respecto del misterio escondido por el sueño. La actitud habitual de abandonarse, de dejarse llevar por una necesidad de distensión física, con la cual uno se enfrenta al sueño, actúa justamente en el sentido contrario de aquel al cual apuntan tales prácticas.

Y ahora, he aquí algunos principios generales que aconsejamos para la meditación a quien se entrega a las disciplinas iniciáticas:

1) Deseo, esperanza, espera alejan inexorablemente de los resultados; 2) todos los ejercicios esotéricos dan fruto sólo cuando se llega a amarlos y a quererlos por sí mismos, casi como que tuviesen en sí mismos su fin; 3) La persistente falta de resultados aun después de prácticas constantes y serias puede no ser sino una prueba; 4) Encontrar todo esto natural, es ya un resultado.

ABRAXA

INSTRUCCIÓN PARA EL “CONOCIMIENTO DE LA RESPIRACIÓN”

Distiéndete recto, horizontalmente.

Abandona el cuerpo.

1) Realiza como si te levantaran un miembro articulado, éste volvería a caer pesadamente, como muerto.

2) Realiza como si se te empujara tu cuerpo desde el lugar en donde yace, éste rodaría a tierra sin movimiento, como una cosa inanimada.

3) Realiza como que no puedes mover más el cuerpo, aun si tú lo quisieras. El mismo yace inerte, pesadísimo. Déjalo, no te ocupes más de lo necesario.

Con calma y firmeza converge entonces en ti. Dirige hacia ti los umbrales del “silencio”.

Después de que no existirá más que claridad-conciencia-de-conciencia, vuelve arriba: hasta advertir el cuerpo más leve de la sensación.

Notarás que en intervalo la respiración se ha hecho lenta, casi imperceptible.

Entonces:

1) Evoca la imagen del aire: como una cosa libre, sin origen, sin causa, sin vínculo, lábil, infinita, que todo lo compenetra, preparada para las variaciones más repentinas, sin apoyos.

2) Hecho esto, de manera lentísima, redesperta la respiración sin “tocar” tu cuerpo; es decir, con un *acto de la mente* y no con un movimiento de los músculos.

Si tu alma está madura, puede entonces acontecer una TRANSFORMACIÓN que se denomina: *Conocimiento del Aire*, y también: *Conocimiento del prâna*.

a) El sentido habitual de ti en el cuerpo resultará *subvertido*. No te sentirás más cuerpo y *en* el cuerpo, sino que serás *aire*, espacio. Aire por el cual tú sentirás llevada, movida y penetrada la masa inanimada y pesada del cuerpo.

b) Antes sentías el aire movido por los pulmones, es decir por una actividad referida al cuerpo. Ahora encontrarás que el aire hace mover los

pulmones: él mueve al cuerpo en la función material de la respiración, ritmiza en él el flujo de la sangre, le infunde vida.

c) La función de la respiración, de *automatismo* que era para ti, se transformará entonces en un *acto* del espíritu viviente.

Si después de todo esto, *fijas* el aliento que viene y va, el mismo se te aparecerá cual *luz* ("La vida era la luz de los hombres", *Juan*, 1, 4).

Si al proceder compenstras de soplo a la sensación "congelada", *petrificada*, desde la forma o estructura de tu cuerpo inmóvil aflorará la percepción ondulante de un *cuerpo hecho de movilidad luminosa*. Es el etéreo o fluídico ♀, como "materia al blanco".

Si finalmente, al estar cumplida tu dignificación mágica, *fijas* el soplo y sabes focalizarlo en los pulmones cual acto de espíritu, convirtiéndose en un punto sin dimensión, podrá brotar de allí silenciosamente en una apropiada visión el *Arcángel del Aire*.

En la vida habitual del día, al comenzar estas experiencias, advertirás un sentido de maravillosa ligereza física y de libertad.

Te será dado un poder natural para vencer fatiga y cansancio, que a los otros les parecerá maravilloso.

Te acontecerá entonces "ver" improvisadamente en el aire unos puntos relampagueantes.

A la noche, al volver a dormirte, podrán producirse adentro de tus ojos unas detonaciones silenciosas y luminosas.

Observa todo con cuidado y con objetividad y *calla*.

Ha sido dicho: "Nos podemos poner a hacer prácticas respiratorias también por decenas de años y lograrlas de manera perfecta, pero hasta que no sea alcanzado en acto el *prana* de la respiración, hasta que el proceso respiratorio no sea desmaterializado y dado en función del flujo de las corrientes de luz animada, todo el trabajo habrá sido vano".

APUNTES SOBRE EL LOGOS

Cuando en las operaciones sutiles se pasa de la esfera del conocimiento intelectual (*intus-legere*) que se desarrolla necesariamente en el TIEMPO FÍSICO (primera dimensión del “tiempo”), es decir en una serie de pensamientos en concatenación lógica sucesiva, a la esfera de la imaginación, o conocimiento por imágenes (*inum-ago = imago = actúo, opero por inum*, por profundidad), se pasa entonces de *leer lo interior a actuar en lo interior*, y se entra, con la inspiración espiritual, en la esfera de la DURACIÓN, o tiempo psíquico (segunda dimensión del “tiempo”).

No se quiere aquí hacer mención a la tercera esfera de operación en la cual no sólo se lee adentro y se actúa en lo interior, sino que se *es* incluso interioridad mundial, y que se hace acto en la ETERNIDAD (tercera dimensión del “tiempo” o tiempo causal): conocimiento que es posible para el hombre sólo en el *instante* y que se denomina intuición espiritual (*intueor = intus-eor = ser llevado adentro = estar adentro de = me identifico a = soy esto o aquello*); entonces no se puede hablar más de conocer alguna cosa, sino de *ser* alguna cosa; y la operación relativa consiste justamente en la de transferirse hacia los entes.

Se permanezca por ahora en aquello que concierne a la DURACIÓN, y se diga que la duración es aquel estado del tiempo que se manifiesta como *simultaneidad*. Lo que ha acontecido, lo que acontece y lo que acontecerá, están triplemente *presentes* (en lo impersonal, se comprende) y entran a partir de su triplicidad el verdadero y propio *espacio*, del cual nuestro espacio de *tres* dimensiones no es sino la imagen reflejada en el tiempo. Es necesario explicarse.

Cuando nuestro ojo o nuestro pensamiento recorre un cierto “espacio” emplea inevitablemente un cierto tiempo, aun fraccionado al mínimo. Y éste es el espacio reflejo, el espacio físico. En vez en el espacio psíquico, o anímico, cuyo verdadero nombre es *duración*, no existe más tiempo físico (o tiempo horario) aunque fuere de manera reducidísima; no existe más la serie, sino la forma-imagen, cuyo cuerpo está entretejido de tiempo:

y existe la *figura*, o mejor aun las *figuras*, del tiempo. Estas figuras se presentan en la segunda visión como seres entramados con psiquidad reluciente y transparente (de aquella manera como los cuerpos celestes están entramados con materia opaca y pensante) y esta psiquidad reluciente y transparente lleva en su profundidad interna (*imum ago*) la actividad simultánea de acontecimientos “pasados”, “presentes” y “futuros” que son sus acciones ya cumplidas, sus acciones actuales y sus acciones futuras: es decir las acciones de estos seres.

Se podría decir que, mientras el perfil y las líneas sagomales externas de estas imágenes (formas) son luminosidad relativamente estable (y desde allí su forma), en vez las líneas internas que se transparentan a partir de estas imágenes sobre los diferentes planos volumétricos de su menor o mayor profundidad, son movimientos; y este movimiento se hace acto manifestándose como *sonoridad*. Se trata pues de una sonoridad interior que resulta perceptible sólo a un oído absolutamente interior, el cual en efecto se llama “oído del corazón”.

Estas imágenes relucientes resuenan por su interioridad-en-movimiento sobre diferentes profundidades de transparencia, y estas diferentes profundidades son aquello que estas figuras fueron, aquello que son y aquello que serán. Ellas *expresan tiempo*; pero expresan simultáneamente tres “tiempos” y esta triple temporalidad resuena en forma sincrónica en un dinamismo interior único, que no se puede llamar otra cosa sino *devenir*. Pero su devenir es a su vez de triple alcance. El devenir de su propia esencia, al resonar en esferas sonoras que se amplían hacia lo exterior (primer alcance) encuentra otras sonoridades de otras figuras (imágenes) con las cuales se templan, sea armonizándose polifónicamente, sea oponiéndose en interferencias de sonoridades detenidas; y en tal drama (actual) de musicalidad ellas se realizan, en aquel plano de simultaneidad, sea como consonantes (armonía, equilibrio, amor), sea como disonantes (aversión, lucha, guerra) y en tal reciprocidad (segundo alcance sonoro) ellas cumplen verdaderas y propias acciones, en las cuales la prevalencia de la una o de la otra de estas imágenes hace de modo tal que la sonoridad psíquica que sucumbe se precipite en la subyacente esfera física (tercer alcance) y sea, digámoslo así, detenida, fijada, cual materialidad del mundo externo.

Los *cadáveres* de esta lucha cósmica son las “cosas” y los “seres” que nosotros vemos con los ojos corporales.

Todos los objetos y las formas, que alrededor de nosotros podemos percibir con los sentidos en el “espacio” físico de tres dimensiones, no son

otra cosa que sonoridades detenidas, sonoridades muertas, palabras embrujadas en materializaciones, las cuales podemos redespertar en nuestra conciencia hasta el grado de palabra, de palabra viviente en la sonoridad interior, a través de operaciones redentoras y conjuratorias de la palabra interior, que se denominan *mantra*, fórmulas mágicas, voces místicas, sílabas de encantamiento, etc.

[Hay que tener presente que el *mantra*, o fórmula, es solo una palanca y un instrumento para llegar a resucitar la sonoridad crucificada; no es para nada en sí esta sonoridad, la cual está sólo en el contenido viviente de inspiración de la conciencia individual despertada, y por lo tanto siempre creativa (*en devenir*) y nunca repetible en fórmulas estereotipadas].

La “muerte” de estas sonoridades no es muerte absoluta en sí en la forma visible; es muerte relativa al arquetipo sonoro cuya forma externa es sólo imagen (símbolo): es una muerte que en realidad es sólo silenciamiento de la interioridad resonante, y por ende expulsión del paraíso de la absoluta actividad, en un detenimiento de inercia provisoria. (Por lo tanto cuando se percibe el mundo físicamente, y no nos damos cuenta de percibir sólo *símbolos*, en realidad no se percibe sino ilusión: *mâyâ*). El estado de silenciamiento, o inercia relativa, pasa por cuatro grados de espesamiento progresivo que, dejando por el momento a un lado las correspondencias cósmicas, tiene relación en cuatro grados de descenso progresivo en la realidad natural:

1) *Mundo mineral*, en el cual ha descendido de la sonoridad sólo el acto absoluto e instantáneo de su propio detenerse, y deriva de ello, en la naturaleza mineral, la *densidad*, o peso específico o masa atómica, etc., cuyas modificaciones vitales son, en primera línea, combinaciones químicas (en efecto en el esoterismo físico la esencia del sonido arquetipo se llama también “éter químico”) y además relaciones “electro-magnéticas”, es decir de gravedad, equilibrio, estaticidad, cohesión, atracción molecular, etc. [Este estado corresponde en la conciencia humana a un estado de sueño más profundo del habitual sueño sin sueños, y que llamaremos coma, o catalepsia, o trance o muerte aparente [= esqueleto].

2) *Mundo vegetal*, en el cual ha descendido de la sonoridad, además del acto de detenerse, también el procedimiento sucesivo de esta detención, es decir las fases (en serie) de un descenso, que se presentan a la inversa en el mundo vegetal como fases de desarrollo, las cuales se denominan crecimiento (vegetal) hasta la flor. Más allá de la flor se tiene el decrecimiento, a través del fruto y el marchitamiento, hasta el secamiento

y la disgregación mineral de la planta. Este estado en el hombre corresponde al sueño profundo sin sueños (=sistema glandular).

3) *Mundo animal*, en el cual ha descendido de la sonoridad, no sólo el acto de detenerse, y el procedimiento sucesivo al detenerse, sino también la renuncia a resonar, la cual se circunscribe en una *forma* que está por sí, despegada, objetiva. El animal está todo entero en su forma (*species*), pero su movimiento no es sino aparente puesto que, mientras que en la *species* (visibilidad de forma) nos es manifestado también el instinto típico de cada especie, en vez el movimiento del animal, por ejemplo con respecto a la planta (la cual crece sólo: se desarrolla), es un ser movida desde su propia forma, no es un verdadero movimiento, sino es la imagen de lo que el animal no tiene en sí, sino afuera de sí. Es el símbolo de aquello que no ha descendido en él, y que opera sobre él, formativamente desde lo externo, como instinto, como sabiduría en él reflejada, que se traduce en movimiento (automático con respecto a la conciencia de cada animal). El animal es soñado en movimiento por entes cuya esencia es ella misma movimiento; y a partir de ello parece que se mueve, pero en realidad es movido. Así como el hombre, durmiendo, sueña movimientos, pero no es él el autor de estos movimientos, no se mueve a sí mismo (no se habla aquí del superconsciente, sino del hombre normal) del mismo modo también la *forma* del animal es un sueño en movimiento, un sueño hecho por entes cuyo sueño crea animales de sonido, animales de sonoridad, los cuales, obstaculizados por adversarios, descienden como especies animales físicas sobre la tierra.

4) *Mundo humano*, en el cual la sonoridad desciende toda entera, como vida interior autónoma en el sujeto. El acto de detenerse (densidad) impregnado de su mismo procedimiento descendente (desarrollo) y de su propia renuncia a resonar (forma), acoge en sí también el *movimiento* de todo el proceso, que en su significado es remodulado desde adentro del ser humano y se vuelve a exteriorizar en lenguaje. El lenguaje del hombre (y como lenguaje debe entenderse cada sistema de signos expresivos; para comprendernos, las diferentes artes) es la imagen del Logos. En el hombre, se ha dicho, vive también el significado de todo el proceso de la sonoridad (es decir del *devenir mundial*) y esto se expresa en todo el aparato del movimiento humano: en la totalidad del sistema de los miembros. Quien mira a un hombre, ve no sólo una densidad que se desarrolla y cuya forma expresa una interioridad, sino que ve siempre una forma en movimiento, es decir que se mueve (también cuando el hombre está en estado de reposo), y se mueve, *para acoger y exteriorizar individualmente el significado universal*.

Esta plena conciencia hablante sería en el hombre el estado de *vigilia* perfecta. Es decir el hombre erecto, que en movimiento expresa *su* propia interioridad como interioridad universal: esto es Hombre.

Todos conocen la concepción morfológica, por la cual la hoja de una planta no es sino la entera planta en pequeño, y recíprocamente la planta no es sino una propia hoja en grande. Ahora bien, la forma corpórea del hombre no es otra cosa que su propio órgano del lenguaje, visto en grande, del mismo modo que el órgano del lenguaje es, en pequeño, el hombre entero. Y puesto que el hombre retoma y sintetiza en sí los otros estados precedentes (mineral, vegetal, animal), se llegará rápidamente sobre este camino por intensidad progresiva, a la percepción trascendental de que en la palabra humana vive la esencia en la que resuenan todas las formas del universo.

Ello sugiere en esencia el significado de la *libertad* del hombre; significado que surge de la conciencia de poder descender o subir en toda la escala de los seres (hacia abajo hasta el mineral, hacia arriba hasta el Padre) a través de su triple entidad interior (pensamiento, sentimiento y voluntad) viviente en movimientos unitarios pero diferentes (relaciones entre los varios órganos humanos) y que habla a través de movimientos externos (palabras, obras, trabajos, movimientos de los miembros, participaciones de la conciencia, actos de supraconsciencia). Esta facultad le da en síntesis el poder de tirar abajo a partir de la sonoridad arquetípica existente dentro de la *forma sensible* (palabra-forma) a los seres de la creación dentro de sus propias creaciones humanas, como también le da poder de volver a liberar hacia arriba, en la sonoridad originaria del Logos, afuera de la forma físico-natural, a los seres de lo ya creado, en la Palabra creativa de las jerarquías. De aquí se transparenta primariamente el sentido profundo de que los aspectos y los seres del mundo, en realidad, no son otra cosa que *nombres* y que el nombre de los nombres es el *Hombre* enteramente consciente de la palabra cósmica individuada en el Yo.

Una de las conclusiones de estos apuntes puede ser la siguiente: No tanto es verdad que todas las cosas pueden ser transpuestas sobre el plano de la palabra consciente, para ser *traducidas* en palabras, cuanto es verdad lo opuesto, que los aspectos y los entes del mundo (las criaturas, los objetos, etc., los ángeles, los demonios, etc.) no son en sí mismos sino letras en mayor o menor medida alfabetizadas (fijadas) del lenguaje universal, del Logos.

En este alfabeto el Hombre expresa realmente (y solamente) todo el ser suyo, en movimiento progresivo hacia la puesta en acto consciente de su propio ser, que no es pues un ser determinado por el mundo, sino, por

el contrario, un articulador, un redentor y creador del mundo. Criaturas y cosas son palabras del hombre detenidas. Que él se arrastre en movimiento, con pies físicos, en la selva fijada de sus propios movimientos interiores (convertidos luego en exteriores) ello es la prueba de su pérdida conciencia unitaria de sí con el mundo, y es conjuntamente como la *medida* de los obstáculos internos (es decir de las ilusiones) que él debe vencer para reconocer y querer actuar en sí el Logos en el cual él mismo volverá a llevar afuera de sí a la naturaleza externa al estado de Logos.

Es entonces cierto que en su principio originario (no ya en el tiempo), en el principio co-sustancial a las sustancias y a los aspectos del mundo externo, todo es absolutamente Palabra Viviente. Al volver a adoptar, paulatinamente como Palabra Viviente, aquel mundo de muerte que lo circunda, el hombre vuelve a apacentarse de su Pan celeste, del cual el pan terrestre no es sino la imagen de símbolo, embrujada en la pesada materialidad.

PRIMERAS EXPERIENCIAS

A los 35 años, tras una vida dura, empeñada en intensas luchas, el extraño título y el contenido aun más extraño de un libro: *"El dogma y el ritual de la Alta Magia"*, de ELIPHAS LEVI, me conquistaron para el estudio de las ciencias esotéricas.

Por el modo con el cual yo fui interesado fulmineamente, diré que casi suscitó en mí una sensación de "ser llamado".

Desde entonces (y han ya pasado muchos años) he leído una variada gama de obras de tal tipo. Una inmensidad de libros, entre los cuales alguno, más leal y amigo, me repetía: *"¡Prueba! ¡Osa! El reino de Dios padece violencia y es un don que recibe quien lo sepa conquistar"*.

Decidí, y me apliqué resueltamente a la práctica, con voluntad conciente y tenaz. Casi enseguida conseguí resultados inesperados.

¿Vale la pena que hable de ellos un poco extensamente? Quizás sí, puesto que son muchos los que sólo leen y que por lo tanto permanecen dubitativos o divagan en la fantasía; y pocos, demasiado pocos los que se atreven a transformar en la realidad viviente de una *experiencia* el patrimonio de la enseñanza secreta.

He dicho que casi enseguida obtuve resultados. Ahora agregó que la firmeza natural de mi mente, el sentido exacto de la realidad, el espíritu siempre vigilante y despierto en las prácticas y la ausencia de cualquier predisposición de *medium* me conducen a excluir cualquier elemento de "anormalidad" y de "fantasía".

Casi toda la fenomenología, de la cual se ha hablado aquí en especial en los escritos de ABRAXA, yo la he vivido en el mismo orden y con el mismo crescendo de intensidad, desde los primeros sobresaltos de la carne inmovilizada por el querer, hasta la soberbia y terrificante visión del propio "yo" luminoso y siempre presente desde el día de su primera aparición.

Hoy hablo de "esta cosa" con una cierta desenvoltura, pero confieso que no habría podido hacerlo así antes. Mi cultura, constituida por una literatura "ocultista" más bien nebulosa, no me había puesto lo suficientemente en guardia sobre la verdadera realidad de los fenómenos, o bien la había falseado. Y por lo tanto yo caí en errores de evaluación, de los cuales pudo salvarme tan sólo una fuerte dosis de coraje.

No es aquí el caso de que me extienda sobre los métodos: algunos años de estudio alternado y sucesivo, con una lenta y tenaz obra para un dominio siempre más perfecto del pensamiento y para una purificación del “ente del deseo”. Luego prácticas de atención, meditación, concentración, que combiné intuitivamente con ejercicios respiratorios.

Tuve en 1925 las primeras manifestaciones. Un día, luego de la meditación, improvisamente, aparecieron a mi alrededor unas comillas luminosas animadas por un rapidísimo movimiento rotativo. Estas, en otros ejercicios se hicieron más fúlgidas, y al final, se fundieron en una nube única detrás de la cual, resquebrajándose, aparecía un fondo opalino oscuro, con una vivísima luz en el centro ¹. Prosiguiendo en los ejercicios las dimensiones del fenómeno crecieron siempre más y muchas veces he tenido la sensación de la *presencia* de una fuerza que aspira y contra la cual yo incocientemente reaccionaba.

Y por constantes prácticas de acumulación de *prâna* con respiración rítmica (a veces con *mantra*) y concentración, que prolongué por meses, en la oscuridad de una pieza, en las medias horas de la tarde, me desperté al sentido de un centro centellante en correspondencia con el medio de la frente: casi como una vertiente de fuego vivo que el trabajo de la mente (...) dinamizaba y el sople de *prâna* (...) potencializaba.

Fue entonces que tuve la primera experiencia de aquello que en ciertas escuelas es llamado “*estado de las aguas*” en donde fluctúan los diáfanos fantasmas y las “brillantes medusas”.

Por muchas noches mi pieza apareció inundada de relámpagos, de pequeños soles que surgían por doquier para brillar un instante y luego desaparecer. Una persistente luz opalina borra todo contorno, y las mismas paredes de la pieza me parecían como anegadas. En determinados momentos era una oscuridad surcada por un relampaguear en todo sentido de rayos llameantes que tendían hacia el rojo, sombras extrañas y negras, a veces gigantescas, se perfilaban lejos, mientras que otras formas relampagueantes de luz se me acercaban hasta compenetrarme y superarme haciéndome sentir en el cuerpo incluso la sensación del calor o del frío. Luego de ésta sobrevenía normalmente una calma reluciente en la cual toda forma oscura se desvanecía, y eflorescentes entidades luminosas entraban en escena con una cierta fijeza que permitía retirarlas en la mente.

¹ Compárese con estas expresiones de un texto hermético (DORN, *Specul. Philosoph., in Theatrum Chem.*, I, 275): “Así pues él verá de a poco relampaguear una cantidad de centellas, siempre más cada día, con los ojos de la mente, y crecer en una gran luz.”

¿Cómo tenía que considerar aquellas manifestaciones? ¿Y cómo liberarme de ellas tras haberlas suscitado? ¿Cómo descansar en el medio de semejante orgía de luces? Quien ha pasado por tales pruebas sabe muy bien cómo sea vano cerrar los ojos, *puesto que esto es como un ver sin ojos, como un sentir sin oídos*. ¿Cómo desvincularme de la sensación de estar flotando como una pluma inconsistente, aun sabiéndome en plena conciencia, inmóvil en el lecho?

¿Y constatar, en todo momento, sobre la frente, entre los dos ojos, inexorable, el centro centellante de luz como un mazo que desparrama chispas de fuego sobre toda cosa y por doquier? ¿Y con cuál ánimo considerar finalmente y contemplar el aparecer de la propia imagen trazada en líneas de fuego sobre el fondo negro de la noche?

Actualmente puedo considerar con frialdad mis miedos y denominarlos vanos, puesto que he aprendido a dominarlos; pero así no podía hacer en aquellas primeras experiencias, y por lo tanto no osaría reirme de ello ahora, en consideración de la grandeza de aquellas manifestaciones.

Fatigado por la larga tensión, hacia la mañana, tras un breve sueño, me despertaba. Y entonces he aquí que, como un refrigerio de la dura lucha, se me abría de repente toda una nueva visión transfigurada de la naturaleza. Ante mis ojos apenas abiertos se presentaban las cosas y los seres en una forma maravillosa, en una evidencia, en una vivacidad y en un significado del cual antes no sabía nada y que ninguna palabra sabría comunicar jamás. Percibía, en la libertad de la contemplación, las fuerzas profundas de la naturaleza y de la vida; y nada de lo que sabía yo, que he sido también un estudioso apasionado de las ciencias naturales, puede compararse por su plenitud, por su sutileza de detalle, por su conexión orgánica y directa, con todo aquello de lo cual en tal modo llegaba al conocimiento sin ningún esfuerzo, hallándose en vez todo mi ser en el estado de la neutralidad más completa.

Estas experiencias serán poca cosa en relación con aquello que otros pueden haber realizado y que aun hoy realizan.

A pesar de ello, yo tengo la firme convicción de haberme abierto el camino a conquistas más altas. Hoy, “yo sé”. Ahora se trata de empuñar este conocimiento y de hacerme capaz de operar en aquel mundo del cual me son cerradas las puertas.

¿Es quizás una presunción, la mía? Una voz profunda me dice que no. Ella me dice que yo estoy en el justo camino, que el primer paso está cumplido y que se trata sólo de tener bastante fuerza para querer ir más allá.

EL PROBLEMA DE LA INMORTALIDAD

En las actuales notas queremos indicar brevemente cómo el problema de la supervivencia y el de la inmortalidad misma se presentan desde el punto de vista iniciático que, como ya se ha dicho, es esencialmente un punto de vista de *experiencia* y de *realidad*.

El primer punto a precisar es éste: ¿para quién se plantea el problema de la supervivencia respecto de la muerte? Aquí no puede importarnos alguna entidad abstracta concebida por la filosofía o por la teología, sino aquello que concretamente se es, es decir aquello que se puede denominar como la *conciencia viviente*. Esta es una conciencia individualizada que prácticamente recaba el sentido de sí de la correlación con la unidad de un determinado organismo psico-físico, además que con la experiencia sensorial en general.

Ahora bien, afirmar sin más la supervivencia, o aun la inmortalidad, para una tal conciencia no es una cosa que se pueda hacer despreocupadamente. En efecto, se debe sobre todo tener en cuenta la medida en la cual las facultades de una tal conciencia, comprendidas las que sirven de base para su unidad organizada, se resienten de las contingencias corporales. Se ve luego que ya con el sueño, en razón del venir a menos de las percepciones sensoriales, también viene a menos la conciencia, o bien permanecen de ella tan sólo las formas reducidas, propias del soñar común. Por cierto, nosotros despertamos del sueño y la conciencia retorna; pero ello es así porque la unidad orgánica subsiste. Sin embargo no se deberían descuidar algunos datos de la patología. Hay algunas enfermedades que atacan gradualmente a la unidad orgánica, avanzando, pero también retrocediendo, de modo tal de hacer sentir de nuevo la vida con una mediana salud, y retomando luego su curso. Ha sido justamente resaltado que en casos de tal tipo se prueban sucesivamente las impresiones de quien nace a la vida y luego va hacia la muerte; al desarrollarse el mal, se tiene una especie de *experiencia de la muerte*, nos acercamos bastante a que, por

medio de lo que en matemática se denomina pasaje al límite, se pueda sentir su sentido: sentido que es de un hundimiento, de una disolución ¹.

De hecho no sería legítimo esperarse otra cosa allí donde se trata de aquella conciencia que está amalgamada con la vitalidad animal. Entonces el problema debería plantearse de manera diferente: sería necesario ver en cuáles casos y bajo cuáles condiciones en el hombre sea actual *de hecho* alguna cosa diferente, superior a lo que se ha llamado la “conciencia viviente”. Aquí la enseñanza iniciática se diferencia netamente de la gran mayoría de las concepciones religiosas (por lo menos de acuerdo a su acepción exotérica), porque no plantea el problema de la supervivencia y de la inmortalidad en manera abstracta y genérica —para el hombre en general— sino teniendo relación con varias posibilidades y condiciones.

Mientras tanto, si no es a una conciencia organizada y centralizada que se tiene en vista, como aquella en la cual se piensa cuando se dice “yo”, puede admitirse desde ya la supervivencia de algo a la crisis y al hundimiento de la muerte. Así como el organismo físico con la muerte no se disuelve en la nada, sino que da lugar primero a un cadáver, luego a productos de disociación del mismo que seguirán las normas de las diferentes leyes físico-químicas, debe pensarse lo mismo en forma aproximada respecto de la parte “psíquica” del hombre: sobrevive a la muerte, por un cierto tiempo, algo así como un “cadáver psíquico”, una especie de facsímil de la personalidad del difunto, que, en ciertos casos puede dar lugar a manifestaciones diferentes. Son justamente estas manifestaciones o del cadáver psíquico, o bien de partes del mismo (en el caso de que su sucesiva disociación haya acontecido) que son ingenuamente asumidas como pruebas “experimentales” de la supervivencia del alma por parte de los espiritistas, cuando, con una mirada más aguda, ellas más bien demostrarían lo contrario. El carácter automático propio de esas fuerzas sobrevivientes y ya convertidas en impersonales no impide que a veces las mencionadas manifestaciones tengan una particular intensidad. Este es por ejemplo el caso cuando sentimientos, pasiones e inclinaciones profundas fueron despertadas a la vida y alimentadas hasta la muerte. Son tales fuerzas ahora las que *llevan* la imagen vaciada del muerto, tomando, por decirlo así, el lugar de su “Yo”, como por lo demás, si bien en menor medida, en tales casos muchas veces había ya

¹ Sobre estas anticipaciones de la experiencia de la muerte en algunas enfermedades orgánicas véase J.M. GUYAU, *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, París, 1885, cap. I.

acontecido en vida. Son siempre acciones “elementales” que no tienen nada que ver con lo que puede llamarse personalidad espiritual del muerto ².

El uso de esta última expresión reclama sin embargo una clarificación, porque ella implica evidentemente alguna cosa más que no la que hemos denominado conciencia viviente. A nivel ontológico está claro que sin alguna relación con un principio trascendente no sólo el hombre, sino también cualquier ser de naturaleza no podría tener una existencia, ni siquiera una existencia ilusoria. Desde el punto de vista iniciático debe decirse que nos sentimos “Yo” justamente por el *reflejo* de un principio superior, y la condicionalidad ya indicada por la conciencia ordinaria viviente puede ser entendida como la que existe entre una imagen refleja y el medio en el cual tal imagen se forma. Entre la una y el otro hay en efecto una estrecha relación que define y, es más, organiza lo que en términos hindúes se podría llamar el “Yo de los elementos” o, mejor aun, el “Yo samsârico”³, mientras que la noción que corresponde en la terminología clásica es el alma, en cuanto contrapuesta al *νοῦς*, a la mente comprendida como un principio olímpico incorruptible.

Cuando un espejo se rompe, ello no afecta al objeto que en él se refleja, sino que sólo desaparece su imagen refleja. En tales términos es necesario interpretar el fenómeno de la muerte cuando el mismo tenga un final sólo negativo, como hace poco se dijo al hablar de la conciencia viviente. Lo que tiene naturaleza de Yo humano en tal caso no sobrevive. Más exactamente interviene un verdadero y propio cambio de estado y, aparte del espectro y de los residuos psíquicos de los cuales se ha hablado, y que son como automatismos subsistentes por fuerza de inercia, aquello que es propiamente vida del Yo samsârico es reabsorbido en una cepa subpersonal, a la cual se pueden dar los caracteres de un “ente-raíz”. Sobre este plano es nuevamente concebible una supervivencia *sui generis*, puesto que este ente no sólo ha dado vida a un determinado cuerpo, sino que sólo puede darla también a otros, antes y después de ello; al disolverse de una determinada

² Hay otro caso a ser considerado: aquel en el cual los residuos psíquicos y los facsímiles sean animados y asumidos por fuerzas oscuras del más allá, y es sobre esta base que debe explicarse un número de fenómenos metapsíquicos mayor de lo que se crea. Hay en fin una posibilidad de la *necromancia*, en la cual el operador presta la vida y el “Yo” a una larva, extrayéndola momentáneamente del estado apagado que en las tradiciones clásicas correspondía al *Hades*.

³ Un término sumamente expresivo usado por los Gnósticos para este mismo principio es *espíritu contrahecho*.

agregación psicofísica y del reflejo del Yo llevado por ésta, aquella fuerza persiste, se convierte sólo en latente, como la potencialidad de un fuego capaz de volverse a encender en una nueva combinación, la cual significa un nuevo individuo, una nueva existencia. Naturalmente no se trata aquí sólo de especie o de la cepa biológica, ni de las vidas producidas por una misma sangre a través de la generación sexual. Las existencias, que son diferentes manifestaciones de aquel ente, salvo excepciones rarísimas, pueden aparecer absolutamente despegadas y extrañas la una a la otra. Las une un nexo que huye a los sentidos físicos, un nexo invisible que no tiene una base material. Es forzoso limitarnos aquí a esta mención, necesaria para una orientación en su conjunto, porque el problema de las relaciones entre las diferentes herencias que el hombre resume nos conduciría demasiado lejos y, eventualmente, será tratado en otra ocasión.

De cualquier modo, en razón de las confusiones que pudiesen expresarse, es indispensable disipar el equívoco de la *reencarnación*, concepción que, contrariamente a lo que piensan muchos “espiritualistas” y teósofos de la actualidad, no corresponde para nada a una enseñanza esotérica, sino que cuando diferentes textos antiguos de Oriente y de Occidente parecieran referirse a ella, no se trata de otra cosa que de una forma simbólica y popular para exponer una doctrina con un significado muy diferente. En general es una contradicción en los términos suponer que un “Yo samsárico” —que para la inmensa mayoría vale como su “Yo”, como el Yo *tout court*— pueda reencarnarse; es una contradicción en los términos porque la relativa identidad de un tal Yo existe en función de un determinado organismo psicofísico, es decir de una determinada combinación que, una vez disuelta, no se volverá a presentar más como era antes. Aquello que en vez, en una serie continua de existencias, se continúa, no es lo que es producido, sino la fuerza que produce, es decir el poder subpersonal del cual se ha hablado antes. En otros términos: si llamamos A,B,C, etc. a los diferentes “Yo” que han respectivamente tomado forma en varias existencias de la serie, no es A quien se reencarna en B y de B en C y así sucesivamente, sino que es más bien la fuerza que ha actuado en A, y en la cual A se vuelve a disolver, la que se manifiesta en B,C, etc. La *continuidad* se encuentra únicamente en la parte de esta fuerza que no es ni un Yo ni la conciencia viviente. En vez, si en virtud de un prodigio, A —el Yo de una determinada existencia— pudiese ver ante sí a B, C, etc., es decir a los seres que serían sus “reencarnaciones”, ellos se le aparecerían y deberían aparecérselo tan extraños como otros hombres o Yo diferentes de él en el espacio.

El plano en el cual la reencarnación puede ser verdadera es el plano samsârico (el mundo de las Aguas, el helénico “ciclo de la necesidad”) y no tiene nada que ver con el de la personalidad espiritual. Por lo cual —sea dicho de pasada— hay un motivo fundado de sospecha en lo referente a toda doctrina que otorgue relieve a la idea de reencarnación, a no ser que la finalidad sea sólo la práctica de crear un encuadre para dar relieve a una dirección totalmente opuesta, a la dirección de la “liberación”. Que existan experiencias especiales, las cuales pueden dar a la doctrina de la reencarnación una especie de prueba, ello no se lo rebate, se trata tan sólo de interpretarlas bien. Experiencias de tal tipo se han convertido hoy en día, y en especial en Occidente, como sumamente raras por el hecho de que el Yo individual ha asumido una forma siempre más rígida, se ha cerrado cada vez más en sí mismo. Es sin embargo posible que por alguna improvisa rendija, o también por prácticas iniciáticas, la limitación sea removida y se tenga un cierto conocimiento de la raíz más profunda de la propia vida: surge entonces la *conciencia samsârica*, la cual puede también asumir la apariencia de un recuerdo; en el tronco profundo, subpersonal, existe efectivamente la memoria de otras existencias, de aquellas que en una serie discontinua de Yo surgieron como manifestaciones caducas de un mismo e inexhausto tronco. Ello posee pues el solo significado de una remoción momentánea de la conciencia individual y de un “descenso en los infiernos” *sui generis*. Y la cosa, de acuerdo a los casos, va a corresponder o a una regresión, o a una cierta y por lo menos virtual superindividualidad. En efecto, una vez removido el límite de la conciencia individual, en rigor la misma conciencia despierta vendría a menos como en el sueño y no se tendría más ninguna experiencia. Sólo por una especie de eco de estados más antiguos una semiconciencia samsârica fue a atenuar en Oriente aquel sentimiento de la única vida del Yo en la tierra, que en Occidente es hoy el sentimiento normal y general. Pero si no debe tratarse de regresiones y casi de franjas o prolongaciones de una conciencia no del todo definida y estabilizada, la conciencia samsârica debe considerarse como una forma de la conciencia iniciática ⁴. Y cada uno puede acordarse de que en los textos budistas de los orígenes en donde se habla de la visión de las múltiples vidas, esta visión está justamente ligada, y de manera inequívoca, a estadios de la alta contemplación. Es una experiencia que presupone el *desapego*.

⁴ Véase el escrito de ABRAXA del cap. I.

Y por tal camino se ha llegado al núcleo central del problema iniciático de la supervivencia y a la doctrina de la naturaleza condicionada, sea de ella, sea de la inmortalidad. Se ha usado para el Yo la imagen de un reflejo ligado al medio en el cual el mismo se ha formado. Ahora se puede concebir un volver a elevarse del reflejo hasta el origen, cosa que implica justamente una separación, una revulsión, un desapego que corresponde él también a un cambio de estado o a una crisis profunda, puesto que se realiza allí como en la muerte en mayor o menor medida un venir a menos del apoyo habitual provisto por el cuerpo y por la vitalidad samsárica. Tal es la *muerte iniciática*, la cual puede muy bien llamarse como una muerte efectiva realizada a nivel experimental, después de lo cual a la persona en cuestión le ha sido transmitido un poder capaz de sostener su conciencia⁵. Quien ha pasado efectivamente a través de esta muerte ha dejado de ser hombre; él no se encuentra más vinculado por la forma individual, su Yo no es más un reflejo, sino en vez un *ente*. El ha llevado justamente al acto la “personalidad espiritual”. Arribados a tal punto puede venir a menos el apoyo del cuerpo y de la experiencia sensible sin que la conciencia se disuelva y se hunda. La condición *positiva* para la supervivencia resulta en estos términos realizada y es susceptible eventualmente de pruebas en contrario. En determinadas condiciones pueden ser provocados estadios en los cuales se puede decir: “Todo lo que me viene del mundo de los sentidos está ahora suspendido, y sin embargo siento mi conciencia clara, transparente, intangible”. En cuanto al carácter concreto de la transformación iniciática, bastará recordar el dicho, que tanto escándalo despertó en la Grecia ya entonces “iluminista”, de que un delincuente, si está iniciado en *Eléusis* no puede compararse su destino tras la muerte con el que le espera al hombre más virtuoso e ilustre, pongamos un *Epaminondas*.

En este punto vale la pena poner de relieve que la supervivencia conciente no se identifica sin más con la *inmortalidad*. Esto nos remite a la teoría de la jerarquía de los mundos y de los estados del ser, como también a las

⁵ La “separación” hermética, que en los textos es dada muchas veces como sinónimo de “mortificación” y de “muerte”, tiene justamente este significado. Se puede también recordar el pasaje en donde SAN PABLO (*Hebreos*, IV, 13), dice: “La palabra de Dios es una *espada viviente* que penetra hasta la *división* del alma y del espíritu y *escinde* la mente de los movimientos del corazón”. ORÍGENES (*De princ.*, III, 3) habla de un alma de la carne —el “Yo samsárico”— opuesta al espíritu, agregando que ella está ligada a la “sangre del hombre”. Véase la expresión iniciática: “convertir en fría a la sangre”.

denominadas leyes cíclicas. Sobre todo esto por ahora sólo puede hacerse una mención. Inmortal, en sentido absoluto, es sólo lo incondicionado, el principio más allá de toda manifestación. Inmortalidad hay pues sólo como inmortalidad “olímpica” en sentido superior, procedente de un estado de unión con lo Incondicionado. El que ha ya realizado las condiciones para la supervivencia puede tender a este fin supremo. Pero no está dicho que lo logre. Puede buscarse, mientras se viva, la “liberación” completa que convierte en inmortales. Algunas posibilidades son dadas en el momento de la muerte. Otras en estadios póstumos, en los cuales el conocimiento y la conciencia del iniciado, a diferencia de las de los hombres comunes, subsisten ⁶. Es decisivo para la inmortalidad *quemar* toda tendencia que empujaría a asumir ésta o aquella “sede” suprahumana —si se quiere, “angélica” o “celeste”— puesto que todo esto, desde el punto de vista iniciático, pertenece siempre a la manifestación, a lo condicionado y no a lo incondicionado, y no posee carácter “eterno”. Cuando la lucha por la inmortalidad se desarrollase en sede propiamente mágica, la tarea es la de ponerse a la cabeza de los entes con los cuales se entra en relación (personificaciones de determinados modos del ser), creándose, sobre su misma dirección, una intensidad mayor que la de ellos. Aquí el principio es que, una vez que se ha creado la *relación*, no dominar significa inmediatamente ser dominados, y además agregados a una determinada condición de existencia. Pero también en la vía mágica, en su ápice la fuerza se debe transfigurar en pura luz, para la “Gran Liberación”.

En su conjunto debe trazarse una línea bien neta de demarcación entre quienes sobreviven y los “inmortales” por un lado, y la gran masa de los hombres por la otra, de acuerdo a aquello que no sólo las escuelas iniciáticas, sino también casi todas las religiones antiguas, si bien por símbolos, siempre han reconocido. La idea de que cada uno posea un “alma inmortal”, concebida por lo demás como un facsímil de la conciencia viviente y del Yo individual terreno, es una verdadera aberración ideológica, si bien su utilidad como opio para las masas quizás no pueda ser discutida.

Capaz de sobrevivir e inmortal no es el “alma”, sino la mente como *nous*, como elemento sobrenatural. Pero es inútil hablar de ella, decir que ella es indestructible y eterna, cuando entre la conciencia viviente en el reflejo samsârico y un principio semejante no exista contacto alguno, ni ninguna

⁶ Es lo que es considerado en términos sugestivos por el *Bardo Todol*, o *Libro Tibetano de los Muertos*, en parte también en el *Libro Egipto de los Muertos*.

continuidad. El “alma” puede sobrevivir sólo cuando se agrega a la “mente”, convirtiéndose en el *alma que permanece y no cae*, de la cual habla AGRIPA (cfr. pg. 127). Y ésta es la *metabolé*, el cambio de polaridad, de la cual la iniciación es el punto de partida. El alma, en vez de apoyarse en el ser natural, se apoya entonces en el ser sobrenatural y se integra a él. Por tal camino se constituye una forma nueva, la cual no es afectada por la muerte. Al disgregarse el cuerpo, en vez que el residuo espectral, en vez que la que fue llamada como la “segunda muerte”, se libera esta forma, como un cuerpo de luz incorruptible. Ello corresponde a la energía que, por transformaciones congruentes, se manifestará luego sobre el plano del ser que corresponde al variado “conocimiento” y “dignidad” del iniciado. También a nivel particular, rehuirá de la muerte e irá a constituir una especie de sustrato de continuidad todo aquello perteneciente a la conciencia viviente que es integrado al alma que permanece y no cae, la cual, por lo demás, como dice AGRIPA, es también el principio agente de toda operación de alta magia.

LOS DIOSCUROS

LAS DOS RAZAS

I

Desde el momento en el cual el Hombre ha aparecido sobre la tierra en su forma actual se han manifestado en él dos instintos profundos, dos almas, dos razas permanentemente en lucha entre sí en una guerra única cuyos opuestos objetivos tienen por nombre **Espíritu y Materia, Integración y Disolución.**

Dos instintos profundos, pero significando en realidad, una clara y luminosa vocación espiritual contrapuesta a un oscuro perderse de la forma y de las sensaciones; dos almas, pero una de ellas de origen divino y la otra tendiente a convertirse en subhumana; dos razas, pero una es la raza por excelencia puesto que en ella el Espíritu tiende a unirse a la Materia en una armonía perfecta y la otra, la raza de la horda y del caos que brama ansiosamente perderse en las dimensiones ilusorias del tiempo y del espacio.

¿Qué es pues el hombre? ¿Un animal que tiene por derecho propio una jerarquía zoológica, o bien una “cosa” plena de “dignidad” y de “sociabilidad”, que a partir de un oscuro pasado marcha hacia un “luminoso porvenir”? ¿O quizás un prototipo *ante litteram* sobremanera rudimentaria de los futuros *Cyborg*? En realidad y por suerte el hombre no es nada de aquello que los conatos desesperados y corticales de seres apagados y decaídos intentan imponer a masas siempre más hipnotizadas. En toda aquella época y lugar en que existió una civilización normal **el hombre fue considerado no una realidad ontológica que posee valor en sí mismo, sino un “estado”, un pasaje, un puente, un dramático campo de batalla.** Por encima de él, a lo largo de una dirección vertical, se hallaban los héroes, los ángeles, los dioses y finalmente el Dios sin nombre: por debajo se encontraban los quebrados y vencidos, los poseídos, la animalidad, la disolución. Fue así y no de otra manera cómo fue percibida y vivida la condición humana en toda *Vía Espiritual*, en toda auténtica civilización, en toda religión y en cualquier otra manifestación de la sabiduría tradicional. La acción humana tuvo siempre una sola finalidad: **la superación de un modo de ser que implica vínculo, prisión, demonismo y muerte.**

Nacer hombre era considerado como un privilegio, el más precioso de todos lo dones: allí en donde cualquier criatura, desde la piedra hasta el dios, poseía un destino ya prefijado, rígido e inderogable, hasta el límite que a los mismos dioses les era necesario renacer como hombres para poder ir más allá de su propia naturaleza inmortal, pero sin embargo siempre condicionada, al hombre le era dada en vez una libertad única: la de ser dios o convertirse en bruto. Sólo un límite se le había impuesto: el de permanecer hombre, el de fijar y congelar la condición humana y ello justamente porque el ser hombres no significaba ser reales, estables, permanentes: detenerse significaba retroceder, el permanecer reducido al propio estado era sinónimo de caída, amodorrarse como hombre implicaba volver a despertarse degradados y a un nivel puramente telúrico.

Y más todavía, olvidar la propia condición totalmente particular en el ámbito de lo manifestado, presumir de poder vivir como si no se estuviese en el centro de una batalla, malgastar vanamente percepciones, sensaciones, facultades intelectivas y todo aquello que forma el patrimonio recibido en el momento del nacimiento, el cual no es fin en sí mismo, sino medio de elevación y mutación, significaba inexorablemente aceptar la “*vía ancha*”, el descenso, el fin del hombre comprendido como potencialidad espiritual.

Este es el significado más profundo de las decadencias, de los ocasos de las antiguas civilizaciones: en ellas un impulso hacia lo alto vino a menos, una posibilidad fue abandonada. Cerrada la puerta de la superación, no quedó sino el camino sin retorno, hacia abajo hacia un embrutecimiento que se habría manifestado más tarde, por lo demás, incluso en el cuerpo, dando lugar así a formas subhumanas.

Recordemos de este modo a la *civilización egipcia*: la misma tuvo una duración milenaria y ha dejado vestigios insuperables, los cuales sin embargo pueden compararse a una crisálida que se convierte en una cáscara vacía cuando el insecto toma vuelo; a las *civilizaciones precolombinas*, cuyo derrumbe puede ser comparado al de un mueble devorado internamente por termitas al cual un ligero roce de la mano hace caer en polvo; a *Roma*, la que se descompone lentamente como un gran cuerpo privado de alma y finalmente a aquel *Sacro Romano Imperio* que cede justamente en el momento en el cual habría podido convertirse en una de las más grandes civilizaciones que la tierra haya conocido jamás.

En los individuos, en la elites, en los pueblos y en las razas, el origen de toda decadencia es debido al oscurecimiento progresivo del Principio Superior, al venir a menos en la lucha, a la incapacidad de resistencia ante una tensión que compromete totalmente.

Esto es para los que sucumben: para los otros, para los que van más allá, no puede existir historia escrita o testimonios “científicamente” aceptables, el campo de batalla se desplaza sobre un plano cualitativamente diferente y permanecerá desconocido, no pudiendo quien permanece en lo bajo comprender aquello que le es superior, por ley inexorable de naturaleza.



II

Al ser el hombre un “estado”, el único fin que posee en el breve arco de su vida es el de buscar adentro de sí aquel Grano de Oro, aquel principio de conocimiento y de potencia que le dará la posibilidad de superar la condición humana, liberándola de cualquier limitación, partiéndole la capa de plomo que lo envuelve y que le impide llevar la mirada más allá de su estrecho horizonte físico.

Todo lo que existe tiene sólo razón de ser como medio para esta tarea, se trate de un Iniciado, de un guerrero, de un sacerdote, un artesano o un mercader, el hombre debe dirigir todo átomo de sí mismo hacia esta búsqueda y debe seguirla de acuerdo a los medios a su disposición, es decir de acuerdo a su propia naturaleza. Una comunidad de hombres diferenciados de acuerdo a una jerarquía orgánica y que tienen en común exclusivamente este objetivo espiritual forma una civilización tradicional. Cuando no sea cumplida tal búsqueda, cuando la dirección, la única que cuenta, sea perdida, el ser hombres no querrá decir más ser los últimos en una jerarquía divina, sino convertirse en los primeros dentro de un orden zoológico, primeros en cuanto a la inteligencia, en grado de cumplir con cualquier prodigio físico, libres de agitarse por doquier, pero inexorablemente arrastrados y atraídos hacia lo bajo, hasta hormiguar dentro de miles de formas de vida inferior: no más creador de Dioses sino progenitor de criaturas demoníacas, sin siquiera la conciencia del propio y gradual embrutecimiento, sino con una especie de desesperado y exaltado orgullo, que le dará a su vez la férrea seguridad de que el camino que se recorre es el de un perfeccionamiento y de un progreso.

Se trata por lo tanto de dos razas: una en ascenso hacia los cielos y la otra deseosa de disolución de sí misma y de los otros.

Reveamos los mitos, las leyendas, las fábulas, estudiemos esta perspectiva de la historia humana, hallaremos en lucha perenne a dos razas, a terribles y grandiosas potencias de luz y de tinieblas, que quieren imponer en modo total cada una de ellas la propia concepción del mundo. Allí donde es la primera la que domina se encuentra el Imperio, el Orden,

la Jerarquía, la Virtud, el Rito, la guerra santa, el ascetismo, la fe. Luego cuando por el cumplimiento de la propia misión, en razón del destino del ciclo, o bien por renuncia y decaimiento, ésta viene a menos, he aquí avanzar entonces desde lo bajo a la otra que frenéticamente quiere imponer sus “valores”: la Horda, el Caos, la Nivelación, el embrutecimiento, la gris escualidez, la disgregación del todo.

Pero puesto que todo inicio posee en sí el germen del final y toda muerte presupone un nuevo nacimiento (no perteneciendo a esta tierra la “perennidad”), así pues en toda concepción del mundo se encuentra presente, en lenta e inadvertible coagulación, la concepción del mundo contrapuesta. La *Hélade* de la Edad de los Héroes de Hesíodo posee en sí el germen de la Grecia filosofante y profana de la decadencia, entre las ruinas de una remota civilización megalítica y en medio de aquellos etruscos que vivían tan sólo para prepararse para la muerte, como si fuesen concientes de ser simplemente “mortales”, es trazado el mágico y viviente cuadrado de Roma. Pulsaciones, ritmos, ciclos. La verdadera y profunda historia del hombre no es por cierto una simplificadora línea en regular ascenso, ni por suerte los acontecimientos se desarrollan de acuerdo a los infantiles dogmas de la “cultura” oficial.

El que pertenece a la raza que tiende hacia lo alto **siente**, antes aun de aprender, cómo acontece el transcurrir de los tiempos; es decir siente que, cuan falange de valerosos que en forma repetida apuntan hacia la conquista de una ciudadela, los hombres han intentado desde siempre escalar los cielos.

La reconquista del reino perdido, el reencuentro de la sede central, la reunión con los “*Salvados de las Aguas*”, el retorno a la *Tierra Verde*, el reino que no es de esta tierra, la búsqueda del *Grial* desde siempre, desde que existe la historia, desde que el hombre se ha encontrado aprisionado en los cepos sofocantes de un cuerpo reducido a prisión, una raza, la raza de los hombres, ha querido que se encontrara más allá y por encima de sí, algo que tuviese un poder transfigurante, que hiciese volver a los hombres a ser aquello que en realidad son: Señores de los Tres reinos.

III

Al hablar de dos razas, raza del espíritu y raza de las tinieblas, sería un deber definir qué se entiende por la una y por la otra, no sólo a través de imágenes y alusiones, sino con rigor y precisión. Sin embargo ello escapa al fin de este escrito. Dos autores, EVOLA y GUÉNON, han sabido tratar el tema de la Tradición en modo tan claro y completo como quizás desde siglos nadie lo había hecho: en particular el concepto de raza entendida no como hecho exclusivamente biológico, sino sobre todo como raza del alma y del espíritu, ha sido tratado por el primero con una rara eficacia. Remitimos pues a EVOLA a todos aquellos lectores que, sensibles a una realidad tan en las antípodas de aquella impuesta artificiosamente en la actualidad, tengan necesidad de desarrollar un estudio vasto y profundizado. Aquí daremos sólo algunas precisiones para consolidar los puntos elementales ya afirmados.

La ciencia oficial, siguiendo el mismo esquema que utiliza para los animales, subdivide a los hombres en razas, variedades y cruza, reuniendo el todo en la especie humana, la cual, a su vez, a través de una serie de pasajes, nunca esclarecidos sino tan sólo formulados hipotéticamente, derivaría del mundo animal. Esta, que al inicio era tan sólo una hipótesis de trabajo, fue generalizada y codificada en el siglo pasado y luego impuesta a todos, en particular en los últimos decenios, como un hecho obvio y descontado.

Como ejemplos más aptos para hacer comprender el tipo de lógica que utiliza la denominada oficialidad académica, tomaremos al *Moisés* de MIGUEL ANGEL y la pirámide de *Keops*. Tras pormenorizados estudios sobre la forma, análisis de microscopio de minúsculos fragmentos, observaciones sobre las vetas y estudios sobre las leves modificaciones aportadas por el tiempo y excluyendo cualquier factor que no sea “concreto” y “objetivo”, tendría perentoriamente que afirmarse que la estatua del *Moisés* “deriva” del mármol de Carrara, a partir del cual ella ha evolucionado hasta adquirir la forma actual. Con respecto en vez a la pirámide de *Keops* es suficiente con observar su forma y sus dimensiones para entender enseguida que su

origen se debe a una excepcional, imprevista caída de piedras del cielo (a través de un huracán de singular potencia o por una lluvia de meteoritos) por la que se han dispuesto en esa manera y no de otra tan sólo por casualidad.

Quien razonara así sería considerado loco o por lo menos extravagante, mientras que la descendencia del hombre del mono, demostrada en manera análoga, es presentada como un parto de la más alta inteligencia creativa.

La igualdad sustancial de las razas humanas es un corolario de la ley sobre el origen de la especie. Las ramas de los *Neanderthal*, *Cro-magnon* y similares, al separarse del tronco central de los primates y “convertidas” en más inteligentes, se han difundido por toda la tierra, adaptándose a todos los ambientes y generando así variedades que han dado lugar a las diferentes razas.

Obviamente no queda excluida, entre las diferentes hipótesis de trabajo, aquella según la cual, tras un congruente número de generaciones, un esquimal transplantado al *Africa* adquiere caracteres negroides y viceversa.

Las diferenciaciones raciales estarían dadas por lo tanto por factores ambientales, climáticos, socio-evolutivos, por lo cual a condiciones similares corresponderían los mismos hombres, prescindiendo de “obviales” diversidades de piel y de carácter que tuviesen que subsistir.

Al no estar este breve ensayo dirigido a convencer a quien sienta muy profundamente su origen animal, dejaremos a un lado al respecto cualquier comentario. Agregaremos tan sólo que, en las sociedades tradicionales, sin excepciones, mientras que no estaba en auge el concepto de raza, la animalidad era sentida como una “caída” desde estadios superiores y el cuerpo humano era considerado como la “vestimenta” de un principio intelectualivo espiritual, prisión oscura o templo de acuerdo al estado en el cual cada uno llegaba a encontrarse.

El concepto de raza va por lo tanto tomado a préstamo de la ciencia moderna, del mundo cultural y profano y del lenguaje común para enunciar luego más eficazmente nuestros principios.

Para nosotros ontológicamente no existen razas sino sólo hombres cercanos o alejados con respecto al centro espiritual, única y efectiva Realidad viviente. Toda concepción racista que partiese del cuerpo o que tuviese como soporte tan sólo el aspecto biológico del hombre no podría sino ser antitradicional y por lo tanto absurda.

Resultará por ende claro que, entendiendo por dos razas a dos direcciones opuestas, no hacemos coincidir el concepto de raza con la raza ariana, la

raza blanca, la negra y así sucesivamente. Más bien allí donde un hombre se reencuentra a sí mismo o se dirige hacia la justa dirección es en donde aparece la “raza” superior y, al contrario, cuando un hombre se deja abandonar a los instintos más bajos o se aisle del cosmos real para encerrarse en un mundo artificial y cerebral, como es el del “hombre moderno”, entonces allí aparece la subraza.

Entre los escandinavos, que se presentan físicamente como una raza excelente, los que llegan a degradarse en un pansexualismo grotesco y al mismo tiempo árido y cerebral, que se convierten en esclavos del alcohol y de la droga, que en el límite, tienen como único medio para salir de la jaula dorada del bienestar artificioso un oscuro suicidio, pierden su dignidad de seres humanos, descienden por debajo de los mismos animales, y ni siquiera son seres, sino que se convierten en “cosas” vendibles a un hipotético mercado de esclavos, si es que fuese posible hallar a alguien que adquiriera tal mercadería.

Tribus de pieles rojas las cuales, rechazando la civilización moderna como alienante, antihumana y contraria a la naturaleza, permanezcan fieles a la propia tradición y a la propia sangre, al patrimonio ritual heredado de los ancestros y defiendan tenaz como silenciosamente un cosmos para ellos todavía viviente y vibrante de fuerzas y potencias, son y permanecen en cambio como “raza” verdadera.

Afirmar que un blanco, por el mero hecho de ser blanco, será superior a un bantú significaría absolutizar la forma externa y por lo tanto ser superficiales: un blanco que, por ejemplo, se haya reducido al estado de ser alcoholizado e invertido, no podría más desarrollar funciones de guía, como en vez un hotentote o un bosquimano quienes, aun en el límite más bajo tras milenios de crepúsculo y de degradación, defienden con los propios ritos la “presencia” humana en sí, tendrán un mayor derecho a llamarse hombres. Allí donde el señor desciende en degradación por debajo de los siervos, queriendo al mismo tiempo mantener privilegios meramente mercantiles, los siervos tienen el derecho de insurgir. Por cierto, permanecerán siervos, habitarán un mundo hecho a su medida y anhelarán, si bien sólo oscuramente, el retorno de “aquellos que saben”.



IV

También, y sobre todo en los últimos tiempos, vale la ley despiadada pero justa de no defender a cualquier precio aquello que está perdido y a quien se ha perdido, sino **al contrario es necesario cerrar las filas de aquellos para los cuales las pruebas de la edad última no son causa de ruina y de muerte espiritual sino una ocasión para el despertar.**

El antiguo dicho: “aquello que no me destruye me hace más fuerte” muestra su evidencia más dramática, en especial en los tiempos actuales, tiempos de disolución que preludian el inicio de un nuevo “*saeculum*”. Vivimos en efecto en la última recta de la edad de hierro. Observad con cuál velocidad las drogas se están difundiendo en todo el mundo, cómo la presión demográfica se convierte en espasmódica e inversamente proporcional a la cualidad considerada bajo todos los aspectos, cómo las masas se encuentran siempre más estupidizadas y cómo en ellas se anula a la persona: notad cómo una sexualidad, privada por lo demás de cualquier intensidad, tiende a explotar en las formas más aberrantes; cómo se desintegra la familia; cómo decaen y desaparecen, arrastrados y fríamente destruídos, los Centros Tradicionales sobrevivientes; cómo se amplían a desmesura las destrucciones de la naturaleza, cómo el decaimiento intelectual, hasta el nivel de la subnormalidad, es aceptado y querido; cómo las religiones se han reducido a parodias de lo sagrado, con cuál frenesí histérico se vulgariza y se ensucia todo aquello que pueda hacerse eco de valores superiores.

Un coro universal se escucha: *cupio dissolvi!*

No más ilusos, sino pobres tontos serían quienes pensasen que algo pueda resistir y que el proceso de caída pueda ser amortizado. ¿Y por qué? ¿por qué el estado de desorden tiene que durar más de lo que es natural que dure? En este punto no pueden más admitirse hesitaciones: **es necesario que cada uno, sobre su plano según la función que le es propia, acepte el rol de combatiente para la inminente confrontación final.** El resultado es cierto: el “Orden” y la “Virtus” volverán a reinar sobre la tierra: para los otros, residuos del viejo ciclo, quedará la vida larval, allá abajo en donde bra-

man dirigirse, en la negrura, entre los humanoides; consistiendo la verdadera libertad en dejar en efecto libre a cada uno de seguir el destino que se ha elegido y de recoger los frutos de la propia acción a la luz de la Verdad tradicional.

No apuntalar a cualquier precio construcciones en un tiempo magníficas, pero hoy decadentes, no llorar por aquello que fue y que no podrá más ser, no intentar penosas y artificiosas restauraciones, no perseguir fantasmas de mundos de los cuales quedan sólo restos calcinados, sino atenerse exclusivamente al propio instinto más profundo.

Allá, en el centro del propio ser, hay un punto firme, perenne, privado de dimensiones que, individualizado y conquistado, permitirá la construcción del Hombre de la Edad Aurea, del Hombre Nuevo que plasmará a su imagen una tierra regenerada (véase *Apocalipsis*, 21-1: “Luego vi un nuevo Cielo y una nueva Tierra porque el primer cielo y la primera tierra habían ya pasado...”) y convertirá en viviente en sus símbolos y en sus fuerzas aquella naturaleza que hoy aparece como tan inerte y sin alma.

Ahora, aquel Centro, en la raza “que va hacia lo alto” es sólo oscura intuición, percepción vaga, instinto e inquietud por algo que parece no estar más, una quimera que se persigue vanamente en el mundo externo, una rabiosa agitación.

Calma, frialdad, desapego en la acción, serenidad olímpica (y por lo tanto romana) clarificación intelectual, presencia a sí mismos, coherencia hasta en las mas pequeñas acciones cotidianas, éstos pueden ser los primeros pasos en la justa dirección hacia la conquista conciente de tal **Centro espiritual**.

Estratificaciones de costumbres parasitarias, escorias anímicas, estados de pesadumbre y de inercia esconden y sofocan aquello que de más precioso se encuentra en nosotros; es pues un trabajo de severa purificación el que debe ser cumplido aquí y por todos, sabiendo bien distinguir, para decirlo con EVOLA, **lo contingente de lo esencial**.

La lucha contra el sistema es un “slogan” convertido actualmente en un banal lugar común; ni hay que maravillarse por ello: todo esto se hará “de moda”, siendo la horda siempre deseosa por copiarse y por poseer, aun en forma arlequinesca como superficial. Esta “lucha contra el sistema” debemos en vez conducirla de manera seria y radical, hasta las extremas consecuencias, hasta poner al desnudo el mundo moderno en todos sus aspectos, no excluyendo ninguno. Seamos capaces de ver cuánto este “sistema” se encuentra compenetrado en nosotros mismos, cuánto nos

influye, cuánto nos esclaviza, hasta qué límite nos encontramos narcotizados. **No basta retener en manera sólo mental de pertenecer a la “raza superior”, para que tal pertenencia sea efectiva.**

Se debe llegar más bien al choque con el propio impulso interior, ponerse a prueba, para ver si se es realmente capaces de despegarse de una visión del mundo artificiosa y mentirosa, para ser y para actuar verdaderamente como Hombres. Una vez acertada una vocación, aun si inicialmente lábil, por una dirección vertical y que se haya decidido recorrer la más difícil, es necesario iniciar una severa ascesis intelectual para liberarse de toda superestructura mental. Si este trabajo será conducido con el debido rigor (y para ello no es necesario leer una enorme cantidad de libros sino meditar bien unos pocos, especialmente elegidos), a poco a poco nos liberaremos de la pesada manta de percepciones y pensamientos totalmente inútiles y dañinos, **el mundo externo se nos revelará en lo que realmente es: una babel para la vista y una cacofonía auditiva, privada de significado, de realidad, de vida y se llegará a adquirir un primer desapego efectivo de la realidad que nos rodea.**

En tanto tal clarificación intelectual es siempre más profundizada, se comience por observar las propias acciones, el desarrollo de la propia vida en todos sus aspectos, de los más elevados o reputados como tales a los más modestos y banales y se note la “acción” del mundo sobre nosotros, cómo se padecen pasivamente los mil estímulos impuestos desde lo exterior y se comience a ejercer concretamente un desapego, que deberá convertirse en espontáneo y natural.

Todo ello debe proceder sin mutaciones exteriores, la *routine* cotidiana procederá como ayer, pero hoy será diferente la cualidad del propio accionar.

La raza de los antiguos *Arya* se distinguía de los residuos de las precedentes civilizaciones, que hallaba durante sus migraciones hacia el sur, por una cualidad innata ya llamada *solaridad olímpica*, que no significa otra cosa que toma de posesión conciente de sí y de la realidad circundante. Allí donde eran padecidos pasivamente los espejismos de la vida, de la naturaleza y de los instintos, en donde un panteísmo pasivamente místico enturbiaba las mentes y cultos maternos y femeninos representaban la máxima expresión espiritual, Hombres, para los cuales el Centro y el Eje no estaban aun perdidos, supieron transmutar todo aquello en cualidad viril, dominando un mundo que parecía no esperar otra cosa que renacer a nueva Vida. La misma decadencia se encuentra en el mundo actual, los nombres y las formas del derrumbe son tan sólo diferentes, pero la sustancia es idéntica,

como idéntica es también la espera inconciente y angustiosa de la liberación del estado de petrificación al que ha llegado el Hombre tras largos siglos de decadencia y de caídas.

Pero no será por cierto rectificado y reconducido al **Eje que no vacila** por hombres que se limiten a un mero intelectualismo de salón, o que manifiesten confusas instancias sociales (y por ende místico-femeninas), o bien se agiten en la búsqueda de fantasmales espacios políticos o preparando revolucioncitas quijotescas.

Vanos activismos, descompuestas emotividades, romanticismos decadentes, reacciones descomedidas, se deje todo esto a quien lo ha inventado justamente para perder al Hombre, para reducirlo a paria: **volverse a levantar, resurgir interiormente, darse una forma, crear en sí mismos un orden y una rectitud, he aquí lo que en vez se impone.**

Se lo repite todavía para que no haya excusas en quien lee: es necesario empezar un radical proceso de transformación interior, la acción de pasiva como es se volverá ahora en activa, será conciente y meditada, una mirada calma y severa nos acompañará a lo largo del arco de la jornada y será la de un yo renovado sobre el cual la sugestión hipnótica del mundo vendrá gradualmente a menos. Apuro y agitación deberán ser abandonados, completa soltura en lugar de rigidez que muchas veces suplanta como coartada una interna debilidad, ni se llegue a un compromiso consigo mismos fingiendo encerrarse en una torre de marfil en la cual se espera el último derrumbe, el dicho justo sea en vez: **“si cae el mundo, un Nuevo Orden ya está listo”.**

Habiéndose asegurado que la propia actitud es genuina, y habiendo percibido que en la propia sangre y en cada fibra del propio ser se vibra en la manera justa y que no podrá más ser de otra manera, tras haber cumplido el proceso de clarificación intelectual del cual se ha hablado, y haber realizado un desapego preliminar de aquello que nos atrapa exteriormente, se comenzará a mirarse alrededor en la búsqueda de los propios semejantes para luego unirse a ellos; no para “agitarse”, sino para estudiar y practicar una severa ascesis de la acción por la cual se deberá evitar cualquier plebeyo e histriónico exhibicionismo.

Cuando hombres preparados para cambiar su vida, de cualquier parte ellos provengan, cualquier experiencia hayan tenido, comenzarán a unirse y a concentrarse hacia un solo objetivo, entonces comenzará a delinearse una **Orden**, una Orden de Hombres que, en silencio, se expandirá inexorablemente, preparando contemporáneamente en su interior una élite en mayor medida diferenciada y articulada, espartana en la vida a llevar, privada de necesidades superfluas, impersonal en las acciones a cumplir.

Es luego necesario que quienes sienten tal vocación para la lucha por el nacimiento de la Orden se liberen de toda tendencia hacia el aislamiento individual y hacia el encierro en pequeños grupos.

El aislamiento individual conduce, muchas más veces de lo que se crea, a una aridez interior, a una abstracción de la realidad por la cual la íntima esencia de la Tradición no es más sentida como una fuerza viva, vibrante en lo profundo del propio ser e independiente de aquellas formas contingentes con las cuales se ha revestido, de vez en vez, en el curso de los siglos. **Fatalmente tales formas contingentes, actuales o remotas, tienden a ser llenadas de sustancia ilusoria de parte de los que están aislados, hasta ser confundidas por la Tradición misma; de lo cual no puede emanar sino una adhesión a instituciones que no conservan de tradicional nada más que vestigios.**

Entonces comienza una lenta caída, un ofuscamiento de la visión intelectual, un apagarse del fuego interior, a lo que le seguirá fatalmente una

pasiva adhesión a chatas ideologías del momento, la apertura siempre más condicionada hacia el mundo moderno y finalmente la muerte espiritual o, ateniéndonos a la figuración preestablecida, la degradación en la raza inferior.

A la misma triste conclusión serán conducidos aquellos seres aislados que quisiesen renunciar a comprometerse en la Revolución Tradicional, contando sólo sobre una presencia en sí mismos cual don inalienable. Ellos deben tener bien presentes las características propias de las últimas fases de la Edad de la disolución, durante las cuales, a través del venir a menos de la misma, ya de por sí relativa, estabilidad del componente psicofísico del hombre, se va realizando, de acuerdo a ritmos siempre mas rápidos, una manifestación propia y verdadera, aun en el plano externo, de las “fuerzas de lo bajo”, de modo tal que el estado de masificación total, que ya posee dimensiones planetarias, puede ser asimilado a un verdadero y propio estado de obsesión y posesión. **En el tiempo en el cual los demonios de la mente se funden en una legión única con los demonios del mundo, también la Pequeña (exterior) y la Grande (interior) Guerra Santa tienden a coincidir;** de aquí la extrema problematicidad, en la actual situación existencial colectiva y singular, de la acción aislada. “Existe quien no tiene armas, pero el que las tiene que combata. No hay un Dios que combata por aquellos que no están en armas” Tal es la invitación a la lucha dirigida por el maestro pagano PLOTINO.

Por lo que además respecta a la clausura en pequeños grupos, sospechosos o inclusive hostiles el uno respecto del otro, bastará observar los tristes resultados a los que han arribado los que se han formado hasta hoy: disoluciones, esclerosis, infección ideológica; lo mismo acontecería también en el futuro no siendo posible ninguna resistencia cuando llega a faltar vinculación y armonización en una superior unidad. Lógicamente, no conociendo, es más, repugnándonos, cualquier aglomeración colectivista, la Orden que debería nacer en el frente de la Tradición, no podría nunca conducir a una nivelación planificada: desde los comienzos se debería tener cuidado en dejar la máxima libertad de expresión a las cualidades de cada uno, de acuerdo a la propia aptitud fundamental, para que cada uno ocupe el lugar y la función que siente como propia.

En esta unión efectiva, en donde el impulso central será exclusivamente espiritual, en donde la tarea primera de todo militante será el mejoramiento de sí mismo, en donde finalmente la actividad inmediata y urgente será la recuperación de los elementos más calificados, no podrá existir el peligro

del endurecimiento y la fascinación siniestra por la organización sin alma. Así también toda programación burocrática será vana e inútil; cuando un número suficiente de hombres estará listo, la Orden se consolidará espontáneamente. Es superfluo, si no dañoso, pensar ahora en formas y modalidades de acción, tratándose de cuestiones contingentes que apartan de lo esencial; **es fundamental ahora preparar a los hombres, seleccionando y poniendo en contacto entre sí a aquellos que pertenecen a la misma raza del espíritu.**

Ni tampoco es todavía el momento para una competencia con las fuerzas dominantes, para reconducir hacia la justa dirección a aquellas turbas que parecen ya privadas de instancias supramateriales: esto será hecho en el momento oportuno. **Puesto que una llama enciende a otra llama debemos en vez dirigirnos por ahora a los mejores, suscitar en ellos entusiasmo, activar su voluntad, volver a darles confianza, barrer con superestructuras de falsos mitos, resistencias, personalismos, coartadas, hesitaciones y recuperar a quien por error busca la Vida en las modernas tumbas, indicándoles en la formación de una Orden la vía de la verdadera salvación.**

Arribando luego a otras consideraciones, debemos recordar que, mientras el hombre que no se ha aun iluminado a sí mismo, se distingue por la facilidad con la que cae en los engaños que la subversión le tiende bajo la forma de cientificismo, evolucionismo, psicoanálisis, progresismo, etc., y todo aquello que día tras día es **horneado** por las centrales pseudoculturales modernas, el Hombre que por naturaleza o tras una larga lucha, se ha orientado hacia el centro de su verdadero Ser, reacciona en vez intuitivamente, en la manera justa, **“sabe” antes todavía de aprender aquello que es recto y lo que es desviado, aquello que lo puede elevar y lo que lo puede embrutecer.**

Ello sin embargo no lo dispensa de un trabajo de profundización cultural de los valores tradicionales que, además de tener un valor en sí mismos, es indispensable para aquella obra de transmisión de la verdad a quienes la buscan, aun si sólo sobre el plano de una vocación más espontánea que conciente.

Otra coartada de la subversión es aquella de que “antes” se tiene que pensar en satisfacer las necesidades materiales, proveyendo a dar lo necesario a todos (y también lo superfluo), “antes” hay que hacer progresar la investigación científica, “antes” se tienen que resolver todos los problemas que se presentan o se presentarán al hombre relativos a la existencia física,

al mundo y al futuro: y después, pero mucho después, se podrá pensar en los problemas del Espíritu. Se trata de una excusa tan vulgar que puede ser sólo aceptada por espíritus desprovistos e ingenuos, o bien por quien tiene necesidad de una justificación semejante para poder continuar a vivir en la orgía de los sentidos y de la materia, en la medida que se siente incapaz de otra cosa.

El “antes y después” no es en vez ni siquiera discutible, en cuanto el primer deber de cada hombre verdadero es de apuntar a salvarse a sí mismo, a sanearse a sí mismo, a dirigirse a sí mismo hacia el Espíritu. Sólo cuando habrá hecho esto podrá ser de verdadera utilidad para el prójimo en cuanto la acción, para ser verdaderamente eficaz, debe emanar de una reconquistada fuente espiritual y no de condicionamientos emotivos, de complacencias exhibicionistas, o de algún otro tipo de veleidad simplemente humana y por ende profana.

Debe agregarse que habitualmente aquellos problemas que hoy son considerados fundamentales y de importancia absoluta, revisten para nosotros un carácter insignificante o de simple consecuencia: esto debe ser subrayado puesto que **el antes y el después no es una cuestión secundaria, sino algo que escarba un abismo inagotable entre dos grupos de hombre.**

Queda por hacer una última observación sobre la postura a tomar, en el momento actual, en lo relativo a la política activa. De lo que hasta ahora se ha escrito tendría que resultar evidente que nuestra lucha, al ser una lucha espiritual, comprende en sí todos los planos y no puede por lo tanto identificarse o limitarse al solo **plano político, que permanece y permanecerá sólo como un instrumento para la creación de aquel ambiente apto para que fuerzas de lo alto se manifiesten hallando Hombres en los cuales no han prevalecido las tinieblas.**

Es bueno por lo tanto precisar también que el peligro no consiste en la acción política en sí misma, que, es más, es uno de los modos normales de exteriorización de la Acción tradicional, el peligro reside en vez en conducir una acción política tal como hoy es habitualmente comprendida, es decir una actividad que se encuentra privada de cualquier influencia formativa desde lo alto y que es por ende incapaz de convertir en operante un mundo de valores superiores.

Lo que importa es que Hombres llamados a la acción política puedan siempre referirse a tales valores metapolíticos, que pueden ellos solos iluminar siempre y en todas partes cualquier actividad concreta.

Cuando esto sea lúcidamente comprendido, resulta bien claro lo que debe ser hecho y se revela como sea necesario, también bajo tal aspec-

to, un Centro de cultura metapolítica y tradicional que recoja a su alrededor a los elementos más calificados, que deben operar ante todo en aquellos ambientes con mayor posibilidad de redespertarse al llamado de lo que supera a los pequeños ideales en los que se han apoltronado hasta hoy aun varios elementos de un indubitable valor.

Una acción de guía en lo que se refiere a tales ambientes es no sólo oportuna, sino incluso necesaria, en cuanto el primer objetivo a alcanzar es la toma de conciencia de aquellos Valores espirituales que deben ser atribución de una verdadera Derecha, de modo tal de conducir a aquellos que se han hasta ahora batido sólo “en contra de algo” (las tropas de la subversión) a batirse “por algo”, y por lo tanto por la creación de una verdadera Civilización en grado de rescatar al hombre del demonismo de lo colectivo, reconduciéndolo hacia la justa dirección, que es la espiritual por excelencia.

Es por lo tanto evidente, también por todas las consideraciones hasta ahora desarrolladas, cómo pueda ser estéril la actitud de quienes consideraran degradante salir de cerrados encuadramientos sin futuro, casi como guerreros que rechazaran salir de la fortaleza para combatir al enemigo a campo abierto.

Hay en vez un desafío a recoger, digno de quienes se llaman Hombres: es el de reclamar en el mundo, haciéndose sus portadores, aquellas fuerzas espirituales, sin las cuales cualquier intento de reconstrucción sería puramente ilusorio o incluso, al faltar la justa orientación, podría ir a favorecer a la misma subversión, aquella subversión que querría ver a estas Ideas-fuerza congeladas y embalsamadas, un pasto privado y restringido de áridos y cerebralizados eruditos.

Una lucha política así comprendida que no prevarique de estos límites, podrá convertirse en seria y constructiva para aquellas individualidades que, apartándose en primera línea deberán para su acción basarse en aquello que posee el hombre de más precioso: la lucidez de la vista y de la mente y la integridad del corazón y de la actitud interior.

VI

Con lo que hemos escrito hasta ahora hemos querido en forma sintética delinear un cuadro de la situación general, proponer una línea de conducta para considerar aquellos elementales puntos firmes que cada uno debe poseer para llamarse verdaderamente Hombre y actuar como tal y, en fin, hacer mención a algunas modalidades para la formación de una Orden. En especial para este último punto ha sido necesario ser genéricos para evitar fáciles ilusiones, peligrosos entusiasmos o la reafirmación, también en esta circunstancia, de una manía activista.

La creación de una Orden, que debería ser el presupuesto fundamental para la preparación de un renacimiento espiritual, presenta tales caracteres de problematicidad, como para hacerla aparecer como una tarea extremadamente ardua y a ser desarrollada en un arco de tiempo no breve. Los hombres que se empeñarán en tal empresa deberán siempre tener presente que la acción exterior, por más importante que la misma parezca, no sólo está subordinada a la búsqueda interior del **“Eje que no vacila”**, sino que es también y en primer lugar un instrumento de esta última y que deberá permanecer así en cualquier circunstancia de la vida para que siempre se esté del lado de la Verdad. El principio a adoptar siempre, toda vez que estímulos urgentes y acuciantes nos vengan desde afuera, no podrá pues ser sino: **“apurarse con calma”**.

Como conclusión debemos reafirmar que la Edad del hierro en la cual vivimos no es una mordida paralizadora y un final de todo y de todos como muchos de nosotros reputan: es por el contrario **la hora antelucana, aquella hora en la cual los espíritus débiles vienen a menos no resistiendo a las sugestiones nocturnas o reputando a la noche como perenne y en la cual en vez los espíritus fuertes se preparan para la Aurora que ya sienten cercana por miles de señales desconocidas para los demás.**

La edad del hierro es también la edad de los héroes, de quienes hasta ahora se han mantenido firmes **a pesar de todo y sin compromisos**, que han sabido resistir a las sugestiones y no han confundido fuegos fatuos con luz solar, que han permanecido de pie ante todas las pruebas. Sólo que

ahora no es más suficiente con mantenerse de pié y esperar, pues de tal manera el acto, de heroico, se convertiría en místico y pasivo.

Se trata de tomar conciencia del **Lugar y de la Hora**, de volver a tomar las armas, no ya para una simple resistencia, sino para la batalla del mañana para la cual es necesario prepararse con absoluta seriedad.

Sólo del hombre y exclusivamente de él dependerán las elecciones futuras: un nuevo ciclo no comenzará en efecto fatalmente como una nueva mañana porque si no hubiese más individualidades dignas de recibir el Espíritu en el momento de su nueva manifestación, entonces sobrevendría la noche perenne.

Pero si todavía quedan Hombres y éstos se redespertan y se dirigen a sí mismos hacia la búsqueda de la fuerza transmutante del Espíritu, entonces esta Edad oscura, perdiendo el carácter exclusivamente disolutivo, se convertirá sobre todo en la Edad de los Héroes, en preludio de un posible renacimiento de la Edad de Oro en la Tierra.

Al ser nuestro deber altísimo y el único en ser intentado, al haber venido a menos toda otra posibilidad de restauración o corrección de lo que ya se está muriendo, deberemos medir nuestras fuerzas y certificar cuan profunda sea nuestra voluntad para una transformación existencial.

A través de la actitud de quien sabe haber cortado los puentes detrás suyo y clausurada por lo tanto cualquier posibilidad de un retorno a la normalidad, halláis en vosotros mismos las cualidades del hombre de raza que son: coraje, rectitud, fe, virilidad, compuesta dignidad; con el control de la mente, de los instintos, de la acción, Hombres reintegrados en la Tradición estarán listos.

Entonces nacerá la Orden, la Orden para una Edad de los Héroes.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
I. INTRODUCCIÓN	17
Pedro Negri. <i>Sub specie interioritatis</i>	23
Leo. Barreras	29
Abraxa. Conocimiento de las aguas	31
Lux. <i>Opus Magicum</i> : La concentración y el silencio	37
Ea. Sobre el carácter del conocimiento iniciático	43
II. Lux. <i>Opus Magicum</i> : El Fuego	51
Abraxa. La Triple vía	57
Leo. Actitudes	63
Glosas al " <i>Opus Magicum</i> " para el capítulo II	67
III. Leo. Encaminamiento hacia la experiencia del "cuerpo sutil".	71
Abraxa. El Caduceo hermético y el espejo	75
Lux. <i>Opus Magicum</i> : Las "Las palabras de Potencia" y los caracteres de los entes	83
Pedro Negri. El conocimiento del símbolo	87
IV. Ritual Místico del "Gran Papiro Mágico de París". Introducción...	101
V. Recapitulación	131
Abraxa. Instrucción para el "conocimiento de la respiración".	135
Oso. Apuntes sobre el logos	137
Arom. Primeras experiencias	143
Ea. El problema de la inmortalidad	147
Los Dioscuros. Las Dos Razas	155
I.	155
II.	159
III.	161
IV.	165
V.	169
VI.	175



El público de habla hispana conocerá, a través de la lectura de esta obra, la visión más crítica y contundente que se haya escrito jamás contra el mundo moderno.

Simultáneamente a ello y, a la manera de un preciso contraste, Julius Evola nos expone en modo magistral lo que es una morfología del mundo de la Tradición, es decir de una realidad absolutamente antagónica a la actual, rastreable en el más remoto pasado y de la cual quedan sólo vestigios en las aun sobrevivientes y mal llamadas comunidades primitivas o “salvajes”.

Dicho texto, escrito originariamente en 1934 y más tarde revisado y ampliado por el autor en sucesivas ediciones, representa

la obra cumbre de unos de los más altos exponentes del pensamiento occidental de este siglo, lamentablemente poco conocido por el silencio intencionado del actual sistema decadente al cual Evola nunca ahorró críticas.

No nos cabe duda de quien lea con atención este libro consecuentemente, como muchos, verá de una manera muy distinta el mundo que lo rodea.

444 págs. 14 x 20 cm. \$ 30.-

Este libro puede ser considerado como una especificación de su anterior obra fundamental, “Rebelión contra el mundo moderno”. Tras haberse allí hecho una precisa descripción de la situación de caos e irreversible caída de esta civilización y haberse al mismo tiempo señalado su antítesis exacta, el mundo de la Tradición, Evola elabora en este libro los puntos esenciales que debería enarbolar un movimiento verdaderamente alternativo, los cuales no deben ser confundidos con una mera plataforma política, pues nuestro autor rechaza el concepto caduco de partido, sino que para él se trata en cambio de constituir un Orden que sostenga una concepción del mundo.

251 págs. 14 x 20 cm. \$ 17.-

